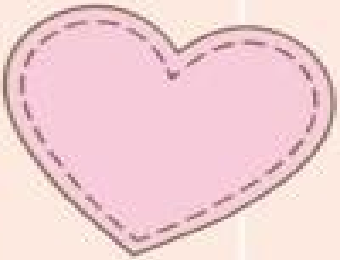




A LO PEOR TE QUIERO









OLGA SALAR

A lo peor te quiero

Olga Salar



A LO PEOR TE QUIERO







OLGA SALAR

A lo peor te quiero
©1ª Edición. Noviembre 2023.
©Olga Salar.
www.olgasalar.com
©Diseño y maquetación: Olga Salar (Canva y Flaticon).

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo
Sobre la autora
Conoce el resto de sus obras:

Playlist de A lo peor te quiero

“El amor y el odio son pasiones recíprocas”.

Gabriel García Márquez.

Prólogo



Londres, fiesta de Navidad de la revista Simply Chic.

—Vamos, Alden. He renunciado a una cita con un chico sexy para sacarte de casa —bromeó, Sophie.

—Estoy seguro de que a mi hermano le encantó la idea de que dejaras al chico sexy y te optaras por mí —se burló él.

—Mi marido no estaba preocupado. Confía en mí —le sacó la lengua en un gesto infantil de burla.

Alden suspiró, fingiéndose exasperado. Su cuñada era una de sus personas favoritas. Su hermano mayor había tenido suerte de casarse con ella, y parte de esa suerte, se la debía a él. De no haber sido por Alden que fue quien se la presentó, jamás la habría conocido. Aaron y Sophie no se movían por los mismos círculos sociales, ni siquiera en la universidad. Mientras su hermano estudiaba medicina y hacía su residencia, Sophia y Alden estudiaban periodismo y soñaban con hacerse un nombre en el mundillo. Finalmente, cada uno en su especialidad lo había conseguido.

Alden era uno de los periodistas de investigación más valorados del país y puede que del planeta, mientras que Sophie era la flamante directora del magacín de moda número uno en Inglaterra: *Simply Chic*.

—Por supuesto, pero ya que él no podía acompañarte a la maravillosa fiesta de Navidad de tu revista, estoy seguro de que aplaudió internamente la elección de su sustituto.

Sophie no hizo el menor caso a la pulla y sonrió, encantada por el ambiente de la fiesta.

—Lo vamos a pasar de maravilla. Voy a presentarte a unas amigas y quizás acabes agradeciéndome que te haya arrastrado hasta aquí.

—Lo dudo, pero gracias. En cuanto a las presentaciones… mejor no.

—No seas así —protestó con una mirada de cachorro que Alden estaba seguro de que derretía a su hermano mayor.

Sin embargo, él no se dejó engañar.

—Te conozco y no va a ser una presentación sin más. Y lo cierto es que no me interesan tus compañeras de trabajo. Busco otra cosa en una mujer.

Sophie le lanzó una mirada fulminante.

—Estás siendo un *snob*.

Alden se encogió de hombros.

—Respeto el periodismo serio.

—Yo misma soy periodista y trabajo en una revista de moda —protestó con el ceño fruncido.

—No es cierto. Tú la diriges, que es otra cosa completamente distinta.

—Definitivamente eres un *snob*.

—Jamás lo he negado.

Sophie dejó el tema momentáneamente, pero Alden no era tan optimista y sabía que volvería al ataque. La conocía y estaba al corriente de que cuando se le metía algo en la cabeza no paraba hasta conseguirlo. Por ello, ni siquiera se inmutó cuando la vio hacerle gestos a alguien para que se acercara hasta donde se encontraban.

La mujer que caminaba en su dirección era rubia, alta y delgada, y si no hubiese sido por el tonto gorro de elfo que portaba en la cabeza, Alden hubiese dicho que era atractiva.

—Querido, deja que te presente a…

No la dejó terminar.

—Sophie, te he dicho que no quiero conocer a ninguna de tus subordinadas —protestó, sin tener en cuenta la presencia de la joven frente a ellos.

Avergonzada por su arrebato, Sophie enrojeció mientras que la chica se echó a reír con tanta naturalidad que desconcertó a Alden.

No estaba acostumbrado a que la gente se tomara con tanta indiferencia su mal carácter. Normalmente se sentían ofendidos o molestos, hasta ese instante nadie se había reído.

—¡Vaya! Eres todavía más imbécil de cerca que de lejos —anunció la rubia con toda la franqueza que cabía en su pequeño cuerpo—. Ahora ya entiendo por qué siempre he pensado que tus artículos eran prepotentes y llenos de sarcasmo —se encogió de hombros—. Van acorde con tu brillante personalidad.

—¿Brillante?

—¿Qué? ¿No me está permitido ser irónica, pero tú sí que puedes ser un cretino?, o ¿es porque tú eres el cuñado de la jefa y yo solo una simple subordinada?

Abrió la boca para replicar, pero ella le ignoró por completo. Se dio la vuelta para estar frente a Sophie y la abrazó deseándole una feliz Navidad para segundos después desaparecer entre la gente de la fiesta, acercándose hasta donde estaba un chico alto y delgado con el cabello alborotado. La vio contarle algo y los dos se rieron de buena gana, seguramente a su costa.

Al parecer el poco valor que le había dado a su rifirrafe era auténtico y no un modo de salir airosa de su desplante.

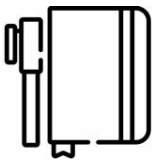
—No puedo creer que hayas sido tan capullo con mi mejor periodista.

—Si ella era la mejor no quiero imaginarme como son los demás.

Sophie le fulminó con la mirada, pero no dijo nada, sino que hizo algo mejor, se dio la vuelta y se alejó, dejándolo solo en un sitio donde no quería estar, rodeado de gente a la que no tenía ningún interés en conocer, y donde se iba a ver obligado a permanecer hasta que su cuñada decidiera que era el momento de volver a casa.

Eso le pasaba por hacer favores.

Capítulo 1



Entrega de premios de la revista *Worldwilde* (Tres meses después).

Alden no estaba especialmente feliz con haberse visto obligado a dejar el trabajo para asistir a una entrega de premios, pero era uno de los galardonados y tenía que estar allí. Aunque, siendo sincero, el premio no era lo que lo había sacado de su casa, sino el hecho de que iba a conocer a uno de sus ídolos periodísticos, por lo que la velada que inicialmente apuntaba como tediosa, se volvió interesante. De hecho, hasta esa misma mañana no había tenido la certeza de que Charles Doyle asistiera a recoger su premio, pero uno de sus contactos en la asociación, le había dicho que el veterano periodista había confirmado su asistencia un par de días antes del evento. Por lo visto, había pasado los últimos meses en una de las zonas más conflictivas de África y acababa de regresar a casa.

Más emocionado de lo que hubiese creído nunca que estaría por asistir a un evento de esas características, se vistió de gala, como se les exigía a los asistentes, y cumplió con lo que se esperaba de él cuando llegó al evento, parándose en el *photocall* para que los compañeros gráficos le hicieran las instantáneas pertinentes. Incluso sonrió para la ocasión. No obstante, se marchó en cuanto la aparición de alguien nuevo le liberó de los flases.

Puede que estuviera emocionado por estar allí, pero eso no significaba que también estuviera feliz. Alden era una persona reservada y distante. Le gustaba observar desde fuera, quizás por

deformación profesional, el caso era que se sentía incómodo cuando el foco estaba puesto sobre él.

El salón donde se celebraba el evento se encontraba en uno de los mejores hoteles de Londres, por lo que si bien había sido una molestia arreglarse y salir de casa, al menos el cóctel estaba seguro de que iba a merecer la pena. Observó desde su posición en un lateral de salón a los asistentes. A pesar de la insistencia de su cuñada, se había salido con la suya al no aceptar que le organizara una cita, por lo que había ido solo y encantado con ello.

No era que no estuviera interesado en los romances, se debía más bien al hecho de que era fan de los de una sola noche y los que le organizaba su cuñada olían a compromiso desde la distancia.

Planeaba acercarse a la barra para pedir una copa cuando notó la presencia de alguien a su lado. Había estado tan absorto en sus pensamientos que no se dio cuenta de que su mejor amigo, y presentador estrella de las noticias del mediodía en la televisión nacional, Cayden Archer se había acercado hasta él.

—Dime que estabas tan despistado porque alguna hermosa mujer te ha fascinado —pidió este con guasa.

No se molestó en contestarle, sino que se limitó a lanzarle una mirada fulminante.

—Me apetece una copa, ¿vienes?

Cayden se encogió de hombros.

—Sabes que nunca rechazo una invitación —bromeó.

Cuando por fin llegaron a la barra, tras verse obligados a detenerse para atender a las personas que querían hablar con ellos, pidieron sus bebidas.

Tras recibirlas se quedaron allí, menos a la vista que en su ubicación anterior, y Cayden aprovechó el momento para detener a uno de los camareros que se paseaba por el salón con grandes bandejas de canapés, para comer algo antes de comenzar con el alcohol. Consciente de que beber con el estómago vacío no era lo más inteligente, Alden hizo lo propio. El camarero iba a marcharse cuando otro invitado le detuvo.

—Me encantan estas cosas —rio el hombre y su voz activó el interés de Alden, quien la había escuchado infinidad de veces hablando de conflictos armados en los que ejercía de corresponsal.

Se dio la vuelta para toparse con Charles Doyle zampándose un canapé.

Sin perder el tiempo y sin molestarse en que Cayden estuviera delante, aunque sabía que le estaba dando munición para que se burlara de él, después de tantos años de amistad era capaz de adivinar sus movimientos, aprovechó la oportunidad de cruzar unas palabras con el mítico periodista.

—Señor Doyle —dijo al tiempo que le ofrecía su mano—, soy Alden Holmes y es un honor conocerle.

—Sé quién es, señor Holmes. Recientemente he leído su último libro —confesó estrechando su mano—, pero por favor, llámame Charles y no me hagas sentir mayor —bromeó con una sonrisa amable.

—Charles, entonces. ¿De veras has leído mi libro o solo tratas de ser cordial?

—Lo he leído. Alguien me lo recomendó, aunque he de decirte que hemos discrepado bastante en nuestras opiniones sobre él —dijo con una sonrisa que despertó la curiosidad de Alden.

—¿No te ha gustado?

El hombre rio de buena gana antes de negar con la cabeza.

—Para nada, me ha encantado. La forma en que planteas el conflicto y luego lo resuelves es, cuanto menos, brillante.

Alden sonrió complacido por sus palabras.

—En ese caso deduzco que es a tu amigo a quien no le ha gustado —aventuró—, lo que me lleva a preguntarme ¿por qué te lo recomendó si no lo disfrutó?

El hombre sonrió y Alden creyó ver una pizca de orgullo en el gesto.

—En realidad no fue un amigo sino mi hija, y me lo recomendó precisamente por eso, porque no le había gustado, es un juego que tenemos desde que era una niña. Mi hija ha viajado conmigo a todas partes desde que su madre falleció, por lo que tenía que encontrar un modo de

entretenerla. Digamos que tiene ideas muy personales y que no se deja impresionar fácilmente, por lo que pronto descubrí que necesitaba desafiarla para que de algún modo hiciera lo que yo quería. De ahí que le recomendara libros que para mí eran malos. Ella siempre les encontraba algo bueno solo por el placer de llevarme la contraria.

—Parece una persona interesante.

El veterano periodista rio de buena gana.

—¡Oh! Lo es. ¿No es así, Cay? —inquirió el hombre añadiendo al presentador en la conversación.

—Lo es. Dianna es una mujer muy especial —confirmó con una sonrisa sincera.

Charles se acercó para estrechar su mano y Alden vio cómo este le preguntaba por su familia. Se quedó en blanco durante unos segundos hasta que comprendió que su mejor amigo era cercano al ídolo de su infancia.

Tuvo la suerte de pasar algunos minutos hablando con él sobre lo que estaba pasando en el mundo, e incluso, hablaron un poco sobre la investigación en la que estaba enfrascado. Era lo suficientemente importante como para acabar con la visión idílica que la gente común tenía del mundo de la moda.

Cuando el señor Doyle se marchó en busca de su pareja, Alden reprendió a su colega por no haberle contado nunca su relación con el veterano periodista.

—¿Desde cuándo le conoces?

—Desde hace años. Su hija es amiga de mi hermana Jillian, pero desde que esta se casó y se fue a vivir a Manchester no la veo tan a menudo.

—¿Y pensabas contármelo alguna vez?

—Bueno, perdona, no sabía que eras un *fanboy* —se burló disfrutando de ello.

Ni siquiera se tomó la molestia de protestar. Fue práctico y asaltó la bandeja de otro camarero. La noche iba a ser larga, lo menos que podía hacer era disfrutar de la comida.

Alden estaba seguro de que conocía de algo a la pareja de Charles Doyle. Era una de esas

personas a las que no se les escapaba una cara. Estaba convencido de que la había visto antes, solo era cuestión de tiempo hasta que recordara dónde.

No obstante, lo importante en esos momentos era la diferencia de edad entre ambos. Estaba más que claro que los motivos que habían llevado a una chica joven y atractiva a estar con un hombre tan mayor eran interesados. Sin mucho disimulo los observó moverse por entre la gente, y vio cómo él la iba presentando a las personas correctas. En una sola noche la chica se estaba abriendo puertas que muchos matarían por cruzar. Tampoco era que se vistiera demasiado exagerada, tenía que reconocer que la mujer tenía estilo. El vestido azul índigo que llevaba era largo hasta la rodilla, ajustado a la cintura y con volumen en la falda. Lo que más destacaba eran los hombros semi al descubierto, aunque no del todo dado que portaba una capa de tul que los dejaba visibles sin llegar a mostrarlos. Igualmente, la diferencia de edad era descarada.

Y aunque Alden era plenamente consciente de que no era asunto suyo, no podía apartar la mirada. Ni siquiera se había preocupado por ser sutil en su escrutinio, por lo que se topó con la mirada de la mujer y supo en ese instante de qué la conocía. El recordar que también era periodista aumentó su malestar. Si le quedaba alguna duda de que estaba con un hombre mucho mayor que ella por interés, esta se disipó de inmediato. Aun así, lo que más le llamaba la atención era que Charles Doyle estuviera de acuerdo con ese tipo de relación. Al final, iba a ser cierto aquello de que no era bueno conocer a los ídolos.

—¿Qué haces? Deberías estar socializando y coqueteando con todas las mujeres que te miran disimuladamente —le regañó Cayden, acercándose a él.

—Estoy viendo cómo actúa una arribista.

—¿Perdón?

—La pareja de Charles Doyle. Esa mujer trabaja en la revista de Sophie y ahora es la pareja de uno de los periodistas más importantes del país. ¿Crees que es casualidad? Está con él para promocionarse.

Cayden le miró durante unos segundos sin decir nada. Parecía completamente conmocionado por sus palabras.

—Eres el tipo más imbécil que conozco —soltó por fin—. Ni siquiera entiendo por qué somos amigos.

Alden iba a protestar, pero antes de que pudiera decir nada, Cayden se alejó, yendo directamente hasta donde estaba la rubia de la fiesta de Navidad. Para su sorpresa, su amigo no se limitó a saludarla, sino que la abrazó como si tuvieran una relación estrecha. Los vio hablar durante unos minutos y luego el traidor de Cayden lo señaló. Parecía como si pretendiera que le acompañara para presentárselo. Alden se envaró, poniéndose en guardia cuando los vio acercarse hasta donde él seguía parado.

Antes de que pudiera alejarse se encontró con ellos frente a frente.

—Alden, permíteme que te presente a alguien —dijo Cayden en un tono que dejaba entrever lo mucho que estaba disfrutando la situación.

—No creo que te lo permita, Cay. Creo que es alérgico a conocer a gente nueva —dijo ella con una sonrisa falsa.

Cayden se rio sin disimulos, disfrutando de ver a su amigo enfrentarse a alguien a su altura.

—Diría que ya nos conocemos, pero ni siquiera sé su nombre, señorita.

Dianna se dio cuenta de que iba a ser el mismo idiota que recordaba, por lo que decidió que no iba a ponérselo fácil.

—Estamos en la misma situación, caballero. Recuerdo haber leído varios de sus artículos, pero no me quedé con su nombre.

—¿Ha leído mis artículos y no sabe mi nombre?

Ella se encogió de hombros.

—Sophie es mi amiga. Me pidió que los leyera y lo hice como un favor.

—Entiendo.

Ella sonrió con inocencia y le ofreció la mano:

—Dianna Doyle, diría que es un placer conocerle, pero no soy de las que mienten.

Durante unos segundos se quedó absorto en la última parte de su discurso, sin asimilar el nombre que ella le había dado.

—¿Disculpe?

Ella le lanzó una mirada interrogativa, confusa acerca de lo que le estaba preguntando.

—¿Cómo ha dicho que se llama?

No llegó a responder. Charles Doyle le arrebató la oportunidad:

—Alden, veo que has conocido a mi hija —dijo el tan admirado periodista, pasándole un brazo por el hombro a la mujer.

—¿Su hija? —repitió con asombro.

—La misma que me recomendó tu libro —admitió con alegría.

Alden clavó su mirada en ella.

—Así es. Siempre le recomiendo los libros que no me han gustado —admitió sin vergüenza —, es una especie de broma entre mi padre y yo.

Cayden se ahogó tratando de ocultar su risa.

—No se preocupe, señorita Doyle, jamás sería tan tonto para pensar que lo hizo porque lo disfrutó.

Ella le ofreció una sonrisa de triunfo que molestó más a Alden que sus palabras.

—Me alegra comprobar que es usted más inteligente de lo que parece a simple vista.

No había duda de que Dianna Doyle le guardaba resquemor, quizás por el modo en que se habían conocido. Una pena que fuera la única hija del hombre que le había hecho soñar con ser periodista, aunque tampoco es que le importara demasiado la opinión que ella tuviera de él. No era como que la fuera a ver de nuevo.

En cualquier caso, se alegraba de que no supiera lo que había estado pensando de ella esa noche.

Sin dejarse llevar por la situación, se mantuvo impasible, bebió y charló como si no hubiese sucedido nada digno de mención.

—No puedo creer que no me lo dijeras antes —protestó Alden mientras él y Cayden compartían un taxi para volver a casa.

Ambos habían planeado beber, por lo que ninguno de los dos había conducido hasta el hotel, y dada la hora que era y lo complicado que era encontrar un taxi libre, la mayoría de los invitados habían optado por el mismo medio de transporte, de modo que decidieron compartir uno y no tener que alargar la espera.

—¿Te refieres a cuando estabas siendo un imbécil prejuicioso? —pregunto Cayden con inocencia.

—No vas a dejarlo pasar, ¿verdad?

Lo vio sonreír, encantado.

—Me conoces muy bien.

Alden suspiró exasperado.

—De acuerdo, es posible que fuera un poco… prejuicioso al respecto, pero no tuve la mejor de las primeras impresiones de ella en la fiesta de Navidad de Sophie.

—¿Por qué? Tú y Dianna os parecéis más de lo que crees. Cualquiera diría que os llevaríais de maravilla.

—¿Perdona? No me parezco en nada a la señorita Doyle. Ella trabaja en un magacín de moda y vende su vida en las redes sociales —protestó.

—Eso se llama ser *influencer*, y por si no te has dado cuenta sigues teniendo prejuicios sobre ella.

—No he dicho nada que no sea cierto.

—Veamos, teniendo en cuenta que ha estado en más conflictos bélicos que la mayoría de las personas, incluyéndote a ti, que habla más idiomas que tú y que ha crecido entre redacciones, diría que el hecho de que sea periodista de moda es una elección que no tiene nada que ver con sus capacidades intelectuales como tú tan evidentemente has insinuado.

—¿Qué quieres decir con lo de que ha estado en conflictos bélicos?

Cayden le lanzó una mirada que pretendía hacerle saber que dudaba de su destreza para comprender el lenguaje humano.

—Exactamente lo que he dicho. Dianna Doyle se quedó huérfana de madre a los ocho años y

se dedicó a viajar por el mundo detrás de su padre. Ha estudiado en más colegios extranjeros de los que puedo contar.

—¿De veras?

Cayden asintió.

—Según me contó Jillian no fue hasta el último curso de secundaria que se plantó y le dijo a su padre que quería regresar a Londres.

—¿Fue entonces cuando Doyle dejó de ser corresponsal?

—No, Dianna se fue a vivir con la hermana de su madre, que tenía un hijo de su edad. Después, ambos primos se mudaron a un piso cerca de la universidad y conocieron a mi hermana.

Alden se quedó en silencio unos minutos mientras asimilaba todo lo que había descubierto sobre Dianna Doyle. Se obligó a decir algo para evitar que Cayden pensara que se había quedado impresionado por su relato.

—Todavía es peor que dada su experiencia y sus capacidades, como tú dices, haya terminado trabajando para una revista de moda.

Su amigo levantó las manos al tiempo que anunciaba que se rendía.

—No tienes remedio, Alden.

—Gracias.

—No era un cumplido —se quejó Cayden.

—Lo sé.

Capítulo 2



Cuando Dianna llegó a la cafetería en la que cada fin de semana, sin falta, desayunaba con su primo, este ya estaba allí, esperándola.

—Siento llegar tarde —se excusó, al tiempo que depositaba un beso en su mejilla.

—No hay problema. Lo que me sorprende es que hayas podido levantarte esta mañana. ¿Qué tal la fiesta?

—Bien. Nada especial.

—Estoy seguro de que estaba lleno de gente interesante —protestó este por la poca información que estaba recibiendo.

—Bueno… vi a Cayden.

—¿Cayden? ¿Mi Cayden?

—No sabía que era tuyo, pero sí.

—Ya sabes lo que quiero decir —se quejó, consciente de que su prima trataba de tomarle el pelo.

Cayden Archer era su amor platónico desde que le conoció durante su primer año en la universidad. Era el hermano mayor de una de sus mejores amigas. Lo primero que le atrajo de él, además de lo atractivo que era, fue la valentía con la que vivió su sexualidad, sin complejos ni armarios. Triunfando en su carrera al mismo tiempo que se exponía en el escrutinio del público cada día.

Para Ewan era perfecto, y no se refería únicamente a su físico, aunque fuera impresionante: rubio, alto, de hombros anchos, cuerpo atlético y ojos azules, lo opuesto a él que era moreno, con el pelo ondulado, delgado y poco tonificado, por mucho que fuera al gimnasio. Cayden era prácticamente un dios nórdico y no solo porque pareciera el hermano gemelo del actor que había interpretado a Thor en las películas de Marvel, era tan encantador e interesante como atractivo.

—Regresa a la tierra —se burló Dianna al notar a su primo en las nubes.

—He madurado —le espetó al tiempo que le sacaba la lengua.

Dianna rio, pero no le contradijo, sabía que estaba bromeando, y por encima de todo eso, era consciente de lo colgado que había estado del periodista.

—Te prometo que te llevaré la próxima vez.

Ewan le lanzó una falsa mirada resentida.

—Mejor deja que sea yo quien acompañe a tu padre y estamos en paz —bromeó—. Sigue estando de muy buen ver.

—No digas esas cosas de mi padre. Es raro y es familia.

—Tú sí que eres rara y solo estoy diciendo que se ve bien a su edad, no lo retuerzas. —Bufó lanzándole una falsa mirada de reproche—. Ni siquiera sé por qué te aguanto.

—Porque te llevo a fiestas geniales —bromeó ella—. Y porque somos familia, igual que mi padre —apuntó riendo.

—Eres imposible.

—¡Oye!

—No te quejes. He dicho la pura verdad.

—Muy gracioso. Pero no te desvíes del tema, ¿por qué te emociona tanto que me encontrara con Cayden si los dos trabajáis en el mismo lugar?¿No te cruzas con él por los pasillos?

—No trabajamos en el mismo sitio exactamente. Él es el presentador estrella de la cadena y yo un pobre meteorólogo en la sombra.

—Muy dramático.

—Probablemente, pero en mi defensa diré que todavía no me he tomado un café.

Como si la hubiese conjurado, la camarera llegó con una bandeja llena de comida, que no habían necesitado pedir, y café.

—Buenos días, chicos —saludó Sarah—, habéis llegado pronto esta semana.

—Yo me acosté temprano —bromeó Ewan—, y Dianna no se ha acostado todavía.

—Aprende de ella —le siguió el juego la camarera—, es la más lista. Por cierto, vi tus fotos, llevabas un vestido precioso y tu padre es guapísimo —dijo con un guiño mientras descargaba su bandeja en la mesa.

Ewan se rio sin disimulos, recibiendo una patada en la espinilla por debajo de la mesa.

—Gracias, Sarah. Y el vestido es tuyo cuando lo necesites —ofreció con sinceridad.

—Y ahora me restregáis que tenéis más citas que yo —se quejó Ewan—. No tengo suerte con los hombres —lloriqueó.

—Eres demasiado guapo para quejarte de eso —le regañó ella—. Tienes que salir más y darle oportunidad a los que normalmente no mirarías dos veces. Es posible que se te escape el hombre de tu vida por ser demasiado exigente.

—¿Tú crees?

—Estoy segura —zanjó Sarah, muy seria—. Eres todo un partido. Seguro que estás soltero por falta de interés, no de ofertas.

—Puede que tengas razón, tendré que plantearme un cambio.

—No, no lo harás porque te encanta regodearte hablando de tu mala suerte —comentó la camarera con un guiño travieso.

—Di, creo que vamos a tener que cambiar de cafetería. La camarera me tiene calado —bromeó este mientras veía a la mujer alejarse de ellos riendo.

Dianna se había quedado en silencio divirtiéndose como espectadora de la conversación. Sarah, su camarera habitual, no tenía más que tres o cuatro años más que ellos, pero como ya estaba casada y tenía dos hijos, siempre trataba de aconsejarles sobre relaciones. Lamentablemente, ni Dianna ni Ewan habían sido afortunados en ese campo. Los dos tenían éxito en el ámbito laboral y familiar, pero el amor parecía eludirlos. Dianna también tendría que

revisar las palabras de Sarah y plantearse si ella también se estaba pasando de exigente.

—¿Y qué tal la fiesta? —preguntó cuando Sarah volvió tras la barra y se quedaron solos con sus huevos, su *bacon* y sus tostadas.

—No te andes por las ramas y pregunta directamente lo que quieres saber.

—De acuerdo. ¿Cayden asistió con el imbécil de su novio?

—En primer lugar, lo sabrías si te hubieses abierto una cuenta en Instagram como te aconsejé, y en segundo lugar, ¿por qué dices que es un imbécil si casi no le conoces?

—No la he abierto porque mi vida no es tan interesante como la tuya.

Dianna bufó ante su respuesta.

— Y el que no haya hablado mucho con él no significa que no le conozca. Eso se debe a que es un cretino que nos ignora cuando coincidimos. Además, Jillian nos lo confirmó la última vez que estuvo aquí. ¿Te gusta torturarme? —se quejó, al darse cuenta de que su prima no tenía intención de responderle rápido.

—No me desagrada la idea.

—¡Dianna!

—Solo. Y…

—¿Y? —presionó para que continuara porque se quedó callada de nuevo.

—No es oficial, ¿de acuerdo? Es solo un rumor que corrió por la redacción hace unas semanas. Ni siquiera le había dado importancia porque creí que ya habías superado tu enamoramiento.

—¿Puedes, por favor, soltarlo de una vez?

—Qué impaciente.

—¡Dianna!

Ella le lanzó una mirada fulminante antes de comenzar a hablar.

—Como decía antes de que me interrumpieras tan groseramente, se rumorea que se han separado. ¿No se ha comentado nada en la cadena?

—No lo sé. Habito en las catacumbas, ¿recuerdas? Tal vez en la planta de informativos se

haya comentado el tema, pero como no soy el presentador del tiempo no salgo de mis dominios.

—Podrías hacerlo —comentó como si fuera obvio—, tienes un doble grado en matemáticas y física, así como un montón de másteres. Después de mi padre eres la persona más inteligente que conozco.

—Gracias, pero hace falta más que una buena cabeza para presentar el tiempo. Hay que tener muy buen aspecto, y por supuesto, contactos.

—No seas ridículo —bufó—, eres guapísimo.

—No estoy cachas.

—¿Sabes? Estar cachas no lo es todo —dijo en un tono que alertó a Ewan de que había una historia detrás.

—¿Has conocido a algún cachas decepcionante?

—Algo así.

—¿Y por qué me estoy enterando ahora y de rebote? —protestó.

—Ya conoces la historia. Fue una especie de repetición. Me encontré con el cretino de la fiesta de Navidad de la revista.

—¿El cuñado de Sophie?

—Qué buena memoria tienes.

Ewan se encogió de hombros.

—Estabas bastante cabreada esa noche y el tipo era guapísimo, no suelo olvidar ese tipo de cosas.

—Puede que sea guapo y cachas, pero es un cretino.

—Como tan bien me has comentado hace unos instantes no puedes tachar a alguien de cretino si apenas le conoces.

—¡*Touché*!

Ewan se pavoneó unos segundos, feliz de habérsela devuelto.

—En cualquier caso, no le des más vueltas si te va a poner de malhumor. Estoy seguro de que no vas a tener que encontrarte con él nunca más. Sophie debió de haber aprendido la lección y

estará fuera de su lista de invitados de este año.

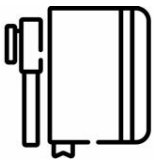
—Es posible que tengas razón. De todos modos, todavía falta mucho para Navidad y puede que para ese entonces haya conocido a un tipo guapísimo que quiera ser mi cita.

—¿Significa que ya no me llevarás?

—Tú estás invitado siempre, lleve acompañante o no.

—Yo también te quiero, Di. Ahora, céntrate en lo importante y cuéntame ¿qué decían exactamente esos rumores?

Capítulo 3



Dianna se había dejado convencer. Tampoco era que Ewan hubiera tenido que insistir mucho, tras su charla durante el desayuno donde los dos se habían quejado de lo triste que era su vida sentimental, su primo le había propuesto salir a cenar y terminar la noche en alguna discoteca donde quemar sus penas en la pista de baile.

La idea de desconectar de todo por una noche, le atrajo más de lo que normalmente lo haría. No quiso pensar en los motivos por los que la gala a la que asistió con su padre le había dejado con un sentimiento agridulce. Por un lado, fue genial acompañar a su progenitor a recoger su merecido premio, pero por otro, su desencuentro con Alden Holmes la había dejado molesta. No solía preocuparle la opinión que otras personas tuvieran de ella, pero la abierta animadversión del periodista, desde su primer encuentro, la había dejado tocada.

Como fuera iba a salir con Ewan y tenía intención de disfrutarlo. Habitualmente, lo arrastraba a los eventos de moda y cosmética a los que la invitaban, pero no era lo mismo que salir una noche sin tener que hacer fotografías de cada plato que comía o de estar estupenda en todo momento.

Por ello, se había vestido cómoda, pero sexy, con una falda vaquera larga, con una abertura por delante, un top negro, un blazer de mismo color oscuro, tacones cómodos y un bolso pequeño en el que apenas le cabía el móvil y las llaves.

Inteligentemente, habían optado por ir en taxi en lugar de tomar el transporte público. Vivían

a solo una calle el uno del otro en el barrio de *Fitzrovia*, por lo que siempre compartían vehículo.

Dianna se había mudado a casa de Ewan durante el último curso de la secundaria, y después se convirtieron en compañeros de piso en la universidad, alejarse demasiado no entraba en los planes de ninguno de los dos. Vivir a solo unos metros les proporcionaba independencia mientras que se mantenían cerca.

Por eso, en cuanto este le envió un mensaje avisándola de que iba a recogerla, se puso la chaqueta, se colgó el bolso del hombro y salió a esperarle.

Además de su padre, sus tíos y Ewan eran la única familia que le quedaba. Su padre era hijo único y su madre solo había tenido una hermana, la madre de Ewan. Por desgracia todos sus abuelos habían fallecido cuando era pequeña.

Tal y como había esperado, su primo ya estaba en el portal cuando ella salió.

—¿Has pedido el taxi? —pregunté mientras se acercaba a él.

—¿Quieres andar o lo pido?

—¿Vamos al tailandés? —preguntó Dianna para asegurarse de lo lejos que iban.

—Por supuesto —zanjó con una mirada de ofensa por la duda.

—Entonces vayamos andando. Está a solo diez minutos. Lo pedimos para la vuelta.

Fitzrovia era un barrio bastante heterogéneo en el que había de todo, lujo exagerado, lujo silencioso y clase media baja, y esa diversidad se plasmaba en que se podía encontrar casi cualquier cosa que necesitaras. Desde pubs con comida casera hasta restaurantes que podían aspirar a estrellas Michelín. Por suerte, ellos se conformaban con platos más asequibles, pero igual de deliciosos.

Complacido por la elección de su prima, Ewan le ofreció el brazo para que se agarrara y los dos se pusieron en camino hacia su restaurante favorito.

Cuando llegaron les dieron mesa sin mayor problema. La dueña y la mayoría de los camareros los conocían, por lo que apenas tuvieron que esperar unos minutos hasta que les sentaron. Pidieron sin necesidad de mirar la carta y estaban disfrutando de la comida cuando Dianna se quedó con la cuchara a medio camino de su boca. Intrigado por su reacción, Ewan hizo el amago

de girarse, pero esta se lo impidió.

—No te gires.

—¿Sabes que cuando alguien dice eso la gente hace todo lo contrario?

—No quieres verlo —dijo en un tono apesadumbrado.

—De acuerdo, ahora tengo más ganas de saber qué hay detrás de mí.

Dianna suspiró, resignada a contárselo.

—Esta noche vamos a disfrutar como locos. No dejes que nada te deprima.

—Suéltalo o me doy la vuelta y me da igual que me pillen mirando.

—Ha llegado un grupo de gente. En él están Cayden y su novio.

—¡Oh! Así que no lo han dejado.

—No lo sé, acaban de sentarse y no están ni siquiera cerca, pero están los dos aquí. ¿Crees que es de los que se lleva bien con sus ex?

—Creo que es demasiado listo para siquiera intentarlo —comentó, muy serio.

—¡Mierda! El estúpido arrogante también está con ellos.

Ewan se rio por el comentario a pesar del bajón inicial al saber que Cayden seguía con Gary. Tampoco era que hiciera alguna diferencia. Estuviera soltero o no, Ewan no tenía nada que hacer con él.

—¿Estás bien?

—Por supuesto. Que los rumores fueran ciertos tampoco iba a suponer ningún cambio para mí —comentó, tratando de quitarle importancia.

—Si realmente está soltero tienes una oportunidad.

Su primo le lanzó una mirada burlona.

—Claro que sí. Soy el mejor partido para el presentador estrella de los informativos.

—Lo digo de verdad. No te quites valor.

—Lo que tú digas, Di.

Al notar que Ewan no tenía ganas de tocar el tema, continuó hablando de cosas sin importancia, y fingió no darse cuenta de las veces que este se dio la vuelta para mirar hacia la

mesa de los recién llegados.

Ya habían pasado a los postres cuando vio a Alden Holmes levantarse de su silla y encaminarse hacia el pasillo en el que se encontraban los aseos. Sin pensarlo mucho se levantó, excusándose con Ewan, y le siguió. Recorrió el pasillo deteniéndose frente a la puerta del cuarto de baño de hombres y espero a que su objetivo saliera. Ni siquiera se preocupó por lo que el tipo pensara de ella. Estaba allí con un fin y no iba a marcharse hasta que consiguiera su objetivo: información.

Cinco minutos más tarde Alden salió y se paró en seco al verla allí plantada.

—Si no estuviera tan seguro de que no eres una fan diría que me persigues —comentó, acercándose a ella.

—Me alegra ver que no eres de los que se autoengañan.

—Y ahí tengo mi respuesta —sonrió Alden.

No sabía si la actitud de la chica le divertía porque había bebido durante la cena, porque realmente su carácter puntiagudo le parecía interesante, o simplemente porque era de las pocas personas a la altura de su sarcasmo.

—Aunque en realidad estoy aquí por ti.

—Me halagas —le vaciló, llevándose la mano al pecho.

Dianna no se inmutó por la velada burla.

—Necesito preguntarte algo, y necesito que seas discreto. No puedes decirle a nadie sobre esta conversación.

Le vio fruncir el ceño, pero en lugar de negarse como había esperado que hiciera, la alentó a continuar:

—Adelante.

—¿Cayden y Gary estás juntos?

Dianna se dio cuenta de que la pregunta le había pillado por sorpresa. Dado su enorme ego seguro que había esperado que esta estuviera relacionada con él.

—¿Pretendes que sea tu informante?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Curiosidad?

—Prueba otra vez.

—De acuerdo, pero es confidencial.

Vio a Alden asentir muy serio, apoyándose en la pared a su lado.

—He oído rumores de que se han separado, y como a Jillian, la hermana de Cay…

—Sé quién es Jillian —la interrumpió él.

—Bueno, pues a Jillian no le cae muy bien Gary… por lo que pensé que en lugar de preguntarle a ella que es parcial, tú eras mi mejor opción para saber la verdad.

—Gary Fisher no le cae bien a nadie, además, de a Cayden, obviamente. Sin embargo, no me has dicho los motivos por los que quieres saberlo

—¿Curiosidad?

—No te creo.

—¿Disculpa?

—Tu pregunta no es tan circunstancial como pretendes dar a entender. En primer lugar, está el detalle de que no te caigo bien, por lo que debe de haber un motivo de peso por el que hayas recurrido a mí, y en segundo lugar, tengo la sensación de que tu amigo tiene mucho que ver con que te arriesgaras a hablarme.

—No sé de qué hablas.

—Por supuesto. E imagino que tampoco has notado el interés de tu acompañante por mi mesa.

La expresión de Dianna hasta el momento había sido de abierta indiferencia, pero esta cambió en cuanto Alden mencionó a Ewan, tornándose en defensiva y decidida.

—Por tu bien espero que no repitas la sarta de estupideces que has dejado caer ahora mismo a nadie más.

—¿Me estás amenazando? —preguntó, divertido por su reacción.

—Lo he hecho. Olvídate de Ewan y procura no especular sobre él delante de Cayden o te

aseguro que te arrepentirás, y para tu información no es solo mi amigo, es mi primo.

—He tocado un nervio.

—Lo único que has tocado es a mi familia y no permito que nadie le haga daño gratuitamente.

Se dio la vuelta para marcharse sin molestarse en despedirse.

Cuando Alden regresó a su mesa, vio que Dianna estaba instando al tal Ewan a marcharse.

Contempló como ambos pasaban por delante de la mesa en la que estaba Cayden sin siquiera mirar en su dirección.

El primo de Dianna pareció desconcertado por la estampida, pero no dijo nada y se dejó llevar. Sin embargo, a Alden no se le escapó que no apartó la mirada de Cayden hasta que desaparecieron por la puerta del restaurante.

Alden tardó diez minutos en rendirse y pedirle a Cayden el número de teléfono de Dianna. No porque le preocuparan sus amenazas, sino porque se sentía culpable por haber sido tan incisivo con algo que para ella parecía realmente importante.

—Creo que no te he oído bien —se burló Cayden—. Me ha parecido escuchar que me pedías el teléfono de Dianna Doyle.

—Lo he hecho. No seas ridículo.

—¿Yo soy el ridículo?

—¡Cayden!

—¿Para qué? —inquirió muy serio.

—Me ha preguntado algo, me he burlado un poco de ella y se ha ido enfadada sin escuchar la respuesta —confesó, siendo todo lo sincero que pudo.

—¿Qué te preguntó?

—Es personal. No creo que ella quiera que lo divulgue.

—De acuerdo —concedió Cayden, sacando el teléfono del bolsillo para enviarle el contacto.

—Gracias.

—No hagas que me arrepienta.

—No te preocupes. Nunca revelo mis fuentes —se mofó.

En cuanto sintió vibrar su teléfono, lo sacó, guardo el número y abrió la aplicación de mensajería.

«No están juntos». Escribió, «aunque están compartiendo amistades».

No esperaba respuesta, no obstante, cinco minutos después, recibió un escueto «gracias». Que le hizo sonreír durante el resto de la noche.

Capítulo 4



Después del inesperado encuentro en el restaurante, Dianna arrastró a Ewan a una discoteca donde bailaron hasta que dejaron de sentir los pies. No mencionó nada sobre Cayden, porque lo que pretendía esa noche era que se olvidara de él, no que le diera vueltas a si estaba o no con su pareja, y cuando recibió el mensaje de Alden, decidió dejarlo para más tarde. Era el momento de divertirse y retomar el tema tan solo trastocaría a su primo.

A pesar de su determinación de no mencionarlo, tampoco pudo quitarse de la cabeza el hecho de que Alden hubiese conseguido su número de teléfono para responder a sus dudas. ¿Por qué le había escrito para darle la información que le había pedido? No lo había hecho en persona, aunque siendo justos, después de que mencionara a Ewan, Dianna ni siquiera le había dado la opción de que siguiera hablando. Su familia era intocable.

Ewan había guardado su enamoramiento en secreto incluso de Jillian, por lo que Dianna no iba a permitir que Alden lo mencionara ni de pasada. Igualmente, este tampoco había intentado aclarar sus dudas, lo que volvía más confuso el gesto del periodista.

Por otro lado, y aunque le molestara, debía reconocer que había sido un detalle que le escribiera para decírselo e incluso que tratara de explicarle el motivo por el que la expareja se había juntado esa noche.

Bostezó sonoramente. Quizás, volvería a pensar en ello cuando no estuviera tan agotada, se dijo, dándose la vuelta en su cama y chocando con Ewan, que se había quedado a dormir en su

casa. Los dos estaban demasiado cansados y bebidos como para hacer otra cosa que no fuera cambiarse de ropa y dejarse caer en la cama. Al día siguiente se arrepentirían de no haberse hidratado, pero el sueño se impuso al sentido común.

Dianna fue la primera en abrir los ojos a la mañana siguiente. Le dolía la cabeza y sentía su estómago retorcerse de náuseas. Se levantó con cuidado de no despertar a Ewan y se metió en el cuarto de baño donde se alivió, se lavó los dientes y se dio una ducha rápida. Salió con el albornoz puesto y descalza en busca de su teléfono. No era el momento de ponerse a buscar ropa en su armario porque su primo seguía durmiendo y no quería despertarle. Las resacas de Ewan eran mucho peor que las suyas.

En cuanto cerró, con mucho cuidado la puerta del dormitorio, se dirigió a la cocina para preparar café y buscar analgésicos. La ducha le había sentado bien, pero el dolor de cabeza era insistente.

Su apartamento era un poco más grande que el de Ewan, no obstante, seguía siendo pequeño con solo un dormitorio, un cuarto de baño, cocina y un comedor de tamaño decente, por lo que siempre que su primo se quedaba a dormir acababan compartiendo cama.

No había hecho más que sentarse a la mesa de la cocina con un café humeante frente a ella y dos pastillas, cuando apareció Ewan con los rizos revueltos, descalzo y todavía vestido con el pijama que guardaba en su casa para casos como el de la noche anterior.

—¿Puedo tomar un poco de eso? —preguntó, señalando el café.

Su voz sonaba ronca, ya no por el sueño que seguía pegado a su piel, sino por lo mucho que había cantado y gritado la noche anterior.

—Por supuesto. ¿Quieres algo para el dolor de cabeza también?

—Por favor —asintió, tomando asiento frente a ella y apoyando la cabeza sobre la mesa.

—¿Quieres comer algo? —ofreció Dianna.

—No quiero, pero sé que debería —se lamentó.

—Estamos en el mismo barco. Lo malo es que no tengo mucho en casa —confesó al tiempo

que le servía una taza de café y la ponía frente a él junto con dos analgésicos.

—Podemos pedir algo —ofreció Ewan.

—O podemos salir y que nos lo sirvan.

—¿Crees que Sarah esté trabajando hoy?

Dianna no lo dudó.

—Estoy segura. Dúchate mientras yo le envío un mensaje para avisarla de que estamos en camino. Ella sabrá qué es lo mejor para la resaca.

—De acuerdo, pero dame cinco minutos para que me haga efecto el café.

—Tómate diez y dúchate. Tienes la ropa que te dejaste la última vez en el último cajón de mi armario.

—Eso suena bien.

Dianna comenzaba a sentirse humana, cuando notó que el teléfono de Ewan vibraba encima de la mesa de la cafetería.

—Es Sophie —anunció antes de responder.

Le escuchó decir que sí varias veces y después de varios minutos en los que solamente asentía, como si Sophie pudiera verlo. Intrigada por la conversación que no podía escuchar se quedó sorprendida cuando lo oyó preguntarle si era alérgica a los gatos, unos segundos después entendió el motivo de la pregunta cuando Ewan la invitó a comer con ellos en su casa y le dio su dirección. Tras varios asentimientos, se despidió de ella.

Dianna le miró con fijeza a la espera de que le contara de qué había ido la conversación.

—Te has dejado el teléfono en casa —anunció—. Antes de llamarme ha probado contigo. Dice que Aaron ha estado esta noche de guardia en el hospital, por lo que está sola hasta esta noche que su marido vuelva a estar funcional.

—¿Cree que nosotros estamos mejor?

Vio cómo se encogía de hombros.

—No le he dicho nada. ¿Sorpresa?

Dianna se rio al pensar en la pobre Sophie tratando de pasar un buen rato con dos resacosos quejicas.

Sophie apareció en casa de Ewan con los manos llenas de bolsas de comida china y *snacks* para pasar la tarde. En cuanto los vio, con resaca y cansados, se puso en modo madre gallina y se ocupó de todo: desde poner la mesa, hasta arroparlos en el sofá para que estuvieran cómodos mientras veían una película. Incluso fue la encargada de alimentar a Newt, quien inteligentemente decidió que ella era la única adulta funcional y se dedicó a hacerle arrumacos para asegurarse el sustento.

—Creo que es la edad —se quejó Dianna cuando todos estuvieron listos para comenzar la segunda película de la tarde—, hace unos años me costaba menos recuperarme de una noche de fiesta.

—No somos tan mayores —se quejó Ewan.

—Yo tengo tres años más que vosotros y no me veo tan destrozada después de haber salido una noche —apuntó Sophie, muy seria.

—Tú no tienes noches de fiesta —se quejó Dianna—. Salir con tu marido a cenar o a alguna exposición no es lo mismo que destrozar la pista de baile.

—Tiene razón —apoyó Ewan.

Sophie les lanzó una mirada fulminante.

—Yo también salgo de fiesta de vez en cuando. Que esté casada no significa que mi vida sea aburrida.

—Nadie dijo… —trató de apaciguar la situación Ewan, pero su prima le cortó en medio de la frase.

—¿En serio? ¿Cuándo fue la última vez que saliste hasta que cerraron las discotecas?

Sophie lo pensó unos segundos antes de dar con la respuesta adecuada para salirse con la suya.

—Bastante, pero no necesito ir a discotecas para pasarme la noche de fiesta bailando y

retorciéndome sin parar. Mi vida matrimonial es cualquier cosa menos aburrida —zanjó, orgullosa de sí misma.

Ewan fue el primero en reaccionar:

—No puedo creer que estés regodeándote frente a nosotros —chilló—, eso es lo más cruel que has hecho nunca.

Sophie rio, divirtiéndose con su reacción.

—Secundo tus palabras —apoyó Dianna.

—Vosotros habéis comenzado —se defendió—, insinuando que mi vida es aburrida.

—No hemos hecho eso, ¿verdad, Dianna?

La aludida negó con vehemencia.

—¡Dios! Necesito un novio y salir menos —se quejó Ewan, llevándose las manos a las sienes para masajeárselas—. Yo también quiero pasarme la noche de fiesta bailando y retorciéndome sin parar.

Dianna se rio como una cría escandalizada.

—¿Quieres que te organice una cita a ciegas? —ofreció Sophie—, tengo un amigo que acaba de separarse de su pareja.

—Paso, no quiero ser el tipo rebote de nadie. Eso nunca sale bien.

—Es muy guapo e interesante —insistió esta.

—A lo mejor ya ha salido con alguien después de dejarlo y ya no te toca ser el rebote —puntualizó Dianna—. Deberías probar.

Ewan lo pensó unos segundos antes de negar con la cabeza.

—Creo que voy a actuar como una persona del siglo XXI y a comenzar a descargarme las aplicaciones de citas que todo el mundo consume.

—Mi oferta sigue en pie —comentó—. Creo que seríais perfectos él uno para el otro.

—No te fíes mucho —le tomó el pelo Dianna—. Cree que tiene ojo para emperejar a sus amigos, pero no lo tiene.

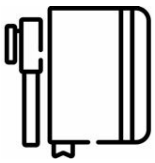
—Lo de mi cuñado fue un desliz —se defendió—, aunque, en el papel erais perfectos el uno

para el otro.

Ewan carraspeó un poco, pero no dijo nada.

—Y es por eso por lo que nunca se ganaría la vida como casamentera —zanjó Dianna.

Capítulo 5



El edificio de la cadena en la que trabajaba Ewan estaba en medio de la ciudad de Londres, por lo que tratar de ir en coche era una odisea que no estaba dispuesto a sufrir tan temprano. Ese día en concreto, había salido mucho más pronto que de costumbre porque tenía que revisar unos datos en la oficina, y se concentraba mejor cuando no había nadie que le interrumpiera.

Lo que menos había esperado era tener la buena o mala suerte, según se mirara, de encontrarse con Cayden, y mucho menos que se subiera con él en el ascensor.

—Buenos días, Ewan.

—Cayden.

—¿A cuál? —preguntó el rubio, antes de presionar ningún botón.

—Quinta planta, por favor.

Tal y como había supuesto, Cayden presionó el número de la planta que le había dicho porque él iba más arriba, a la novena planta del edificio. Donde se situaban los despachos de informativos. A solo una planta de los directivos.

—¿Te vi el sábado con Dianna en el *Thai Taste*?

—Es posible —comentó, mostrando abiertamente sus pocas ganas de mantener una conversación, lo que le hizo sentir mal, ya que Cayden era un tipo estupendo. Era tres años mayor que Ewan y su hermana, y donde cualquier otro se hubiese alejado de los amigos de Jillian, él siempre había sido amable y considerado. Igual que lo estaba siendo en ese momento al

tratar de llenar el incómodo silencio.

El problema era que el meteorólogo estaba intentando superar su largo enamoramiento y que este fuera tan amable no ayudaba en su tarea.

—¡Oh!

Era evidente que no era esa la respuesta que esperaba, y aunque se sintió un completo imbécil por ser tan cortante con él, sabía que era lo mejor para su salud mental.

Cuando llegaron a la quinta planta dio gracias a los dioses de los ascensores y se dispuso a salir, no sin antes despedirse de Cayden.

—Qué tengas un buen día —dijo, sorprendiendo a su compañero de viaje que no se esperaba que dijera nada, dado los largos segundos que este tardó en responderle.

Ya estaba fuera del ascensor cuando le escuchó desearle lo mismo.

Por suerte, no había nadie por el pasillo por lo que su ristra de maldiciones no fue escuchada.

—Has sido un idiota —se reprendió a sí mismo—, aunque un idiota inteligente. Has hecho lo que debías hacer. Es de Gary, asúmelo de una vez y pasa página.

Asintió ante sus propias palabras y se dispuso a llegar a la sala de observación, no sin antes pasar por su pequeño despacho para dejar sus cosas.

Gracias a que se metió de lleno en el trabajo, revisando las señales de los satélites, las estadísticas y debatiendo con sus compañeros conforme fueron llegando, se olvidó temporalmente de Cayden y de su encuentro en el ascensor. Por suerte, no era habitual que ambos coincidieran en las mismas zonas del edificio, de modo que por esa parte podía sentirse tranquilo.

Su plan para superar su *crush* iba por el buen camino, o eso pensaba hasta que atendió la llamada de Dianna, unas horas más tarde.

—¿Perdón? —preguntó Ewan, tratando de asimilar lo que acababa de escucharle decir.

—¿Qué sucede? Pensé que saberlo te iba a alegrar el día.

—Y lo habría hecho si no me lo hubiera encontrado esta mañana en el ascensor y hubiese sido un completo imbécil con él.

—No te creo. Tú no puedes ser desagradable ni esforzándote.

—Te prometo que lo he sido y ahora seguro que me odia.

—Exageras.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Yo…

—¡Suéltalo!

—Es posible que le preguntara a Alden Holmes cuando me lo encontré de casualidad en el pasillo de los baños en el *Thai Taste*.

—¿De casualidad? ¡Oh, Dios mío! Seguro que lo sabe y ahora además de por ser un idiota voy a tener que avergonzarme de que sepa que me gusta.

—Relájate. No sabe nada.

—Por supuesto, porque el que le preguntes tú, una mujer, por su amigo homosexual es algo completamente normal.

—Le dije que era curiosidad y que no podía recurrir a Jillian porque odiaba a Gary y no era imparcial.

—¿Se lo creyó?

—Por supuesto. Soy genial mintiendo —alardeó ella en broma.

—¿Y por qué me lo estás diciendo ahora y no el sábado?

—Se me olvidó, y el domingo lo pasamos con Sophie y no sabía si querías que ella lo supiera. Siempre has sido muy hermético con el tema.

—No quiero que lo sepa Jillian, para que no piense que nos hicimos amigos de ella porque me gustaba su hermano. Confío en Sophie.

—Jillian jamás pensaría eso. Ella te quiere.

—Lo sé, pero… supongo que tendré que contárselo algún día.

—Sería lo mejor. Por si las cosas salen bien y salís juntos. Ya sabes, para que no le pille por sorpresa.

—Siempre me emociona la fe que tienes en mí.

Dianna rio.

—Siempre.

Continuaron hablando, pero Ewan apenas pudo concentrarse en lo que su prima decía. Tenía que hacer algo para disculparse con Cayden por haber ignorado sus intentos de hablar con él.

Le dio vueltas durante unos minutos hasta que por fin se le ocurrió una idea. Decidido a compensarlo, cogió su chaqueta y se dispuso a salir unos minutos de la oficina. Cuando llegó a su destino, a solo unas calles del trabajo, pidió lo que quería, le dio la dirección a la dependienta y el nombre de la persona a la que tenían que entregárselo.

—¿Puedes añadir una nota al pedido?

—Por supuesto —aceptó ella, tendiéndole una tarjetita en blanco y un bolígrafo.

Tras escribir su nota y pagar se marchó, de vuelta al trabajo, con la conciencia un poco más tranquila.

Estaba de nuevo enfrascado en sus ecuaciones cuando recibió un mensaje de agradecimiento por el café y los dulces.

«No te preocupes. Yo también suelo ponerme gruñón antes del primer café. Así que creo que para evitar volver a encontrarme con tu vena gruñona, lo mejor es que te invite a tomarte una taza conmigo».

«Hecho». Respondió, orgulloso de haber arreglado con éxito su metedura de pata.

No era que el que Cayden estuviera soltero supusiera que tenía alguna posibilidad con él, pero al menos le dejaba un poco de margen a la esperanza.

Capítulo 6



Dianna no tenía ni idea de cómo había terminado hablando con Alden Holmes por mensajes de texto, y mucho menos, cómo era posible que a través de dicho medio las cosas funcionaran para ellos. Mientras que en persona era imposible que cruzaran dos frases sin tirarse pullas el uno al otro, por mensaje parecía que la conversación fluía sin ningún tipo de inquina, e incluso compartían cierto humor afín que ninguno había detectado en el otro en persona.

Todo comenzó cuando él le escribió con una duda sobre quién había sido el encargado de firmar la campaña de moda de Tofani, una de las marcas internacionales más reconocidas, que había dejado a la opinión pública completamente asqueada. No solo por el contenido de esta, sino por el modo descarado en que hacían apología de prácticas repugnantes e ilícitas. Lo primero que le llamó la atención a Dianna cuando recibió el mensaje fue que Alden le escribiera a ella y no a su cuñada y lo segundo, que estuviera interesado en un tema relacionado con la moda. En cualquier caso, no pudo serle de ayuda porque ningún fotógrafo había firmado dicha campaña, y desde la casa de modas se mantenían en completo hermetismo al respecto.

Había rumores sobre el cambio de dirección tras la compraventa de la compañía, pero nada que pudiera justificar el giro de ciento ochenta grados de la marca.

Equivocadamente, Dianna pensó que habían firmado la paz, o al menos, una tregua, pero dos tardes después, cuando él se pasó por la revista para recoger a Sophie para asistir juntos a un evento al que no podía acompañarla su marido, la trató con el mismo desdén con el que se había

dirigido a ella esa primera noche en la fiesta de Navidad.

Y lo peor, era que más tarde ese mismo día, tuvo el descaro de volver a escribirle regresado al tono encantador con que le había estado escribiendo.

—Definitivamente eres bipolar —dijo a nadie en particular, mientras respondía a sus mensajes tirada en el sofá.

Lo dejó cuando le entró una llamada de Ewan para contarle que a pesar de que llevaba varios días tratando de hacerse el encontradizo con Cayden, la suerte le había esquivado y ni siquiera lo había visto de lejos.

—¿Y cómo te has hecho el encontradizo? —quiso saber.

—Me he quedado merodeando fuera del edificio de la cadena para entrar al mismo tiempo que él, pero no hay manera de coincidir. O bien va a trabajar antes de que sea de día o se queda a dormir allí mismo porque es imposible que no le haya visto en estos tres días de acecho.

Dianna rio, divertida por la situación.

—Si lo ves no hay acecho —bromeó—. ¿No crees que sería más fácil que le llamaras directamente y le invitaras a cenar? ¿O que le exigieras el café que te prometió?

—¡Estás loca!

—¿Por qué? Es lo que la gente suele hacer cuando le gusta alguien, pedirle una cita.

—Yo no le gusto —comentó—, por lo que primero tengo que conquistarlo.

—Pues buena suerte en dar con él —se burló, molesta porque tuviera tan poca confianza en sí mismo.

Ewan no solo era guapo, también era inteligente, interesante y una maravillosa persona.

—Eres cruel —se quejó.

—Soy realista. Si no vas a hacerlo por el camino fácil que es llamarlo, vas a tener que ir por el difícil que es encontrar la manera de tropezar con él sin ser espeluznante, y te aviso desde ya, que esperarle en la puerta del trabajo lo es.

—¿De verdad lo crees?

—Por supuesto o…

—¿Vas a torturarme durante mucho más tiempo o vas a terminar la frase?

—Voy a contestarte —rio—, después de torturarte un poco más.

—¡Dianna!

La aludida rio.

—Llama a Jillian.

—¿Perdón?

—Es su hermana, una de tus mejores amigas. Aprovecha la tesitura y pídele consejo. Sabes que quieres decírselo, hazlo y verás lo que te he dicho siempre: que estaría encantada con que salieras con su hermano.

Ewan no respondió durante mucho tiempo.

—¿Ahora vas a torturarme tú con el silencio?

—No, estoy meditando sobre lo que has dicho.

Siguieron hablando sobre el tema durante unos minutos más, hasta que se despidieron para dormir. Ewan parecía haber aceptado el consejo, y Dianna estaba segura de que Jillian no iba a defraudarles.

A pesar de que le preocupaban los temores de su primo, que le estaban impidiendo avanzar, en cuanto se metió en la cama sus pensamientos regresaron a Alden y a sus conversaciones. Era de locos que solo se llevaran bien a distancia, y al mismo tiempo, inevitable. La actitud de superioridad con la que la miraba, y sus palabras frías y directas como dardos, la ponían de tan mal humor que los dos se peleaban por ser más sarcásticos e impertinentes que el otro. Como fuera… le estaba dando más importancia al tema de lo que la tenía: Alden Holmes no era su amigo, ni siquiera le caía bien. Habían cruzado unos cuantos mensajes, sí, pero ahí quedaba todo. Se obligó a dejar la mente en blanco para tratar de dormir. No estaba dispuesta a permitir que semejante engreído le robara el sueño. Una pena que su cabeza no estuviera de acuerdo con su determinación porque, aunque normalmente caía rendida en cuanto su cabeza tocaba la almohada, esa noche le costó muchas vueltas conseguir conciliar el sueño.

—El sábado que viene es el cumpleaños de Aaron y quiero que vengáis tú y Ewan a la fiesta que estoy organizando. Será algo tranquilo en nuestra casa: unos pocos amigos, buena comida, música agradable y alcohol del bueno.

—No sé si Ewan estará libre y yo…

—¡Lo está! Le he llamado esta mañana mientras venía hacia aquí y me ha dicho que sí. Por lo que ya no tienes excusa para no venir.

—No busco excusas, es que…

—Mi cuñado se comportará, te lo prometo. Sé que te has encontrado con él un par de veces desde la fallida presentación, y también sé que fue un poco desagradable contigo…

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha contado él?

—¿Qué? No, claro que no.

—¿Entonces?

—Bueno, además del choque del otro día que yo misma presencié, puede que cuando llamé a Cayden para invitarle a la fiesta él lo dejara caer, preocupado porque tuvieras que verle de nuevo.

—Lo dejo caer —repitió en un tono que mostraba lo poco que creía que se tratara de un comentario casual.

—No hubo ningún afán de chismorrear. Lo prometo. Lo comentó sin malicia, más bien lo contrario. Estaba realmente indignado en tu nombre por haber supuesto que eras una arribista que estaba ligando con tu padre.

—Perdona ¿qué has dicho?

Sophie tardó unos segundos en darse cuenta de que Dianna no estaba al tanto de esa parte de la historia, por lo que trató de disimular su metedura de pata.

—Voy a ocuparme de Alden y ejerceré de guardián para evitar que se te acerque.

Dianna rio de buena gana.

—No creo que sea necesaria tu intervención. Estoy segura de que me evitará sin que se lo pidas.

—En ese caso todo solucionado.

—De eso nada. Ahora vas a explicarme la parte en la que tu cuñado pensó que tenía una aventura con mi padre.

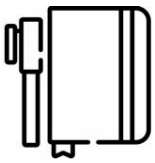
Sophie gimió, consciente de que no iba a poder salir airosa. Por unos segundos había creído despistar a su amiga, pero debería haberlo sabido mejor, Dianna era implacable cuando olía una historia.

—De acuerdo, pero no te enfades. Te prometo que Alden no es tan malo como crees.

—Eso lo juzgaré yo. ¡Suéltalo!

Cuando Sophie terminó su relato, Dianna estaba tan molesta que ni siquiera se dignó a abrir el mensaje que había recibido de Alden. Se había acabado la tontería de creer que el tipo era mejor de lo que en realidad era. Eso le pasaba por no fiarse de las primeras impresiones.

Capítulo 7



Dianna había sido invitada a un evento organizado por una conocida marca de ginebra. Como la mayoría de las veces que acudía a algún evento, había invitado a Ewan, pero para su sorpresa este había rechazado la invitación porque había quedado con Jillian para hacer una video llamada.

—¿Se lo vas a contar?

—Sí.

—¿Por videollamada?

—Sí, es lo mejor y lo más cerca que estoy de decírselo en persona.

—Me parece bien. ¡Suerte!

—¿Por qué? ¿Crees que la voy a necesitar?

—No seas ridículo —protestó.

—No has dicho que no —se quejó.

—Va a ir todo genial. Mañana me cuentas. ¡Adiós! Te quiero.

Colgó antes de ponerle más nervioso o darle pie a que le entraran más dudas.

Alden notó la presencia de Dianna Doyle en cuanto esta entró en el local en el que se celebraba la fiesta. Estaba seguro de que Cayden, a su lado, no la había visto, sin embargo, no podía decir lo mismo, y no porque estuviera mirando fijamente a la puerta con la esperanza de

verla aparecer, se dijo, sino porque casualmente había mirado en esa dirección en el momento preciso en el que ella apareció en escena. Como fuera, no iba a ser un problema, ambos podían coexistir pacíficamente en el mismo espacio. Si era capaz de bromear con ella por teléfono, estaba seguro de que podía pasar unos minutos a su alrededor y ser tan cortés y educado como se jactaba de serlo.

Pasó más de media hora antes de que ambos estuvieran frente a frente. Dianna aprovechó la ocasión para saludar a algunos de sus conocidos y para tratar de conseguir cerrar entrevistas con varios actores famosos que estaban en su lista de pendientes. Gracias a Dios que no se había visto obligada a saludar a Bianca Amato, la modelo y ella eran cordiales cuando la ocasión lo requería, pero ninguna de las dos se toleraba más allá de los saludos de rigor. Por primera vez esa noche, se alegró de que Ewan no estuviera con ella, Bianca no habría dejado pasar la ocasión para saludarlo. Había caído rendida por él en cuanto los presentaron, y aunque Ewan había sido solidario con su prima y no le había dado pie a Bianca para entablar una amistad con él, que ella estuviera tan interesada en ganarse a su mejor amigo le molestaba profundamente.

No fue hasta que Cayden se acercó a saludarla que se dio cuenta de que, en esta ocasión, los encargados del evento, habían abierto las invitaciones incluyendo a famosos de otros ámbitos distintos a los que habitualmente eran invitados a ese tipo de eventos.

—Me alegro de ver una cara conocida en medio de tanta gente famosa.

—Como si tú no fueras uno de ellos —se rio Dianna—. Eres el tipo al que ven cada día mientras comen. Tu palabra es ley.

—No soy tan importante —se quejó—. La mayoría de las veces solo doy malas noticias.

—Eso no es ni siquiera tu culpa.

—¿No has escuchado eso acerca de no matar al mensajero? Te aseguro que surgió por un motivo de peso.

—Eres demasiado guapo. Estoy convencida de que la gente le echa la culpa a tu compañera.

Cayden se llevó la mano al pecho y puso cara de consternación.

—No puedo creer lo que has dicho —se quejó—, no hay compañera. Soy el único que da las

noticias del mediodía, a excepción de la meteoróloga y ella solo cabrea a la gente cuando anuncia lluvias —bromeó, consciente de que en Inglaterra las lluvias eran el pan de cada día.

—Muy gracioso.

—Hablando de meteorólogos, ¿dónde has dejado al tuyo? No sé por qué tenía la idea de que era tu acompañante habitual en estos eventos.

—Lo es, pero hoy estaba ocupado. Tenía una cita importante —dijo, y aunque no era falso, tampoco era cien por cien cierto. Ewan iba a llamar a Jillian, pero Cayden no necesitaba conocer los detalles.

—¿De veras?

—Pareces extrañado —comentó con fingida indiferencia—. Ewan es guapísimo, lo extraño sería que no las tuviera.

—Por supuesto. No quería decir que no lo fuera.

Dianna lo dejó correr, no obstante, no se le escapó el ínfimo gesto de molestia en el rostro de Cayden cuando dijo que su amigo en común estaba en una cita.

Lamentablemente, su buen humor duró el tiempo que tardó Aiden Holmes en localizarles y acercarse a ellos. Si bien Dianna había estado dispuesta a tratar de ser cordial, el recuerdo de su pequeño drama en el que ella se convertía en la amante de su padre por interés, junto a su comentario sobre lo fascinante que había encontrado a Bianca Amato, acabó con esa posibilidad. Y, aunque trató de alejarse de él para evitar choques y socializar con otras personas, al final siempre terminaban cerca el uno del otro.

Habían pasado poco más de dos horas y ya comenzaba a sentir que le dolían los pies cuando Cayden se acercó a su lado para ofrecerse a llevarla a casa. Habría dicho que sí encantada, si Alden no hubiese hecho un gesto de desdén que la hizo retener las palabras y perder su oportunidad de marcharse.

—Mejor llévatelo a él. Está asustando a la gente con su eterno aire de superioridad —le dijo a Cayden.

—¿Perdona?

—No me pidas perdón a mí sino a todas las personas a las que has despachado con un bufido cuando se han acercado a saludarte.

—Puedo ser encantador, aunque lo que en realidad me sorprende es que me hayas mostrado tanto interés.

—No lo he hecho, has estado pegado a mí toda la noche. No tergiverses la situación para favorecerte.

—Te aseguro que no ha sido por placer —protestó él—, parece que conocemos a las mismas personas.

—Permíteme que lo dude.

Él la miró como si acabara de aceptar un desafío.

—Y ahora es el momento perfecto en el que me despido de ambos —comentó Cayden, mientras trataba de aguantarse la risa.

—¿Estás seguro?, ¿has bebido?

—Solo una copa y ni siquiera la he terminado —comentó—. Soy una persona responsable.

—Lo sé —aceptó ella—. Lo siento, no estaba pensando.

Estaba cabreada con Alden y odiaba ser borde con Cayden por culpa de su malhumor.

—No hay problema.

Esa noche se había fijado mucho en Dianna y sabía que había estado molesta por algo, desde el instante en que entró por la puerta, y también conocía a Alden y entendía que su amigo podía resultar un poco difícil si no lo conocías bien, pero lo que fuera que hubiera entre ellos iba más allá de un simple cruce de caracteres.

—¿Sabes qué? Te agradezco la oferta, Cay, y sí, me voy a ir contigo —aceptó inesperadamente tras haberse negado hacía solo unos minutos, sorprendiendo con ello a ambos hombres.

—Yo también —replicó Alden—. Creo que ya es hora de retirarme.

Cayden le lanzó una mirada desconcertada.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto, me encantará compartir coche contigo y con la señorita Doyle.

La aludida le lanzó una mirada fulminante, pero no dijo nada. Después de todo había sido ella la que le había invitado a unirse a ellos.

Para su sorpresa, Alden ni siquiera trató de sentarse en el asiento del copiloto, sino que se lo cedió sin luchas, lo que le pareció sorprendente, dado su afán por superarla en todo.

El trayecto hasta su casa fue tranquilo, ya que los únicos que hablaron fueron ella y Cayden. Dianna se negaba a girarse para asegurarse, pero estaba comenzando a dudar de que Alden no se hubiera quedado dormido. No obstante, una vez que el hermano de una de sus mejores amigas detuvo el coche frente a su casa, agradeció el paseo y abrió la puerta para marcharse, dejándola abierta por si Alden quería cambiarse de asiento y pasarse al lado de Cayden, sin embargo, Alden, la sorprendió cuando se ofreció a acompañarla hasta la puerta.

Confundida por el gesto, se encaminó hasta su portal con él siguiendo sus pasos. Una vez llegaron, se dio la vuelta para agradecerle el gesto.

—De nada. Qué descanses.

Se estaba dando la vuelta para marcharse cuando ella le llamó. Se detuvo esperando que hablara, pero ella hizo un gesto de negación con la cabeza y se excusó.

—Nada. No importa. Buenas noches.

—¿Estás segura?

—Sí. No, en realidad…

Alden se quedó de pie mirándola, esperando a que siguiera hablando.

—¿Tienes previsto pedirme disculpas por haber pensado que era una arribista que utilizaba a mi padre para medrar?

Lo vio cambiar de color, primero enrojeciendo y después poniéndose del color de la cal.

—¿Cómo…? —no terminó la oración. No era necesario.

—¿Importa?

Negó con suavidad.

—Lo siento. A veces tiendo a enredar las cosas. Te pido disculpas. —A su favor, Dianna podía decir que parecía realmente avergonzado.

—Te perdono, pero creo que es mejor que dejemos los mensajes de texto. Después de todo ni siquiera somos amigos. Somos demasiado distintos para que funcione entre nosotros.

Alden asintió y se alejó para entrar en el vehículo, no sin antes asegurarse de que ella estaba a salvo en su casa.

Capítulo 8



El día después de haber terminado cualquier posibilidad de entablar una amistad con Alden, Dianna estaba a punto de salir por la puerta de su piso para irse a trabajar, cuando su teléfono sonó en su bolso. Lo sacó mientras hacía malabares con las llaves y la taza de té de viaje que se llevaba cada mañana, y sonrió, a pesar del lío en que estaba, cuando vio que se trataba de una llamada de Jillian. Al final Ewan sí que había llamado a su amiga, dedujo.

—Buenos días, ¿a qué se debe el madrugón? —preguntó burlona.

Jillian odiaba levantarse pronto, pero como la mayoría de la gente se veía obligada a hacerlo para trabajar.

—Ya lo sabes —espetó con la voz llena de alegría—, no finjas lo contrario.

—Dime que no se te ha notado que lo sabías y dejaré que me cuentes los detalles.

—¿Por quién me tomas? Lo he hecho genial.

—Bien. Le ha costado mucho decírtelo.

En lugar de coger el ascensor, Dianna bajó por las escaleras, reacia a verse obligada a compartirlo y que alguien pudiera escuchar las divagaciones que comentaba con su amiga.

—Lo sé, pero creía que lo había superado. Aunque me alegro de que no lo hiciera, siempre pensé en él como mi cuñado ideal —rio, encantada con su propia idea.

—No te enfades con él por no decírtelo. No quería que te sintieras incómoda o que pensaras que era tu amigo porque buscaba seducir a tu hermano.

—Lo sé, y agradezco al cielo haberte preguntado a ti cuando comencé a sospecharlo y no a él. Le habría dado un ataque si le hubiera abordado tan directamente.

—Y ese es el único motivo por el que no lo negué cuando me preguntaste. Ewan valora mucho tu amistad.

—Y yo la suya, por eso ahora que estoy al tanto oficialmente tenemos que hacer algo para juntarles.

—¿Cómo qué?

—Ni idea. Déjame pensarlo.

—Por supuesto.

—¿Y tú? ¿No tienes nada que contarme?

—Ahora mismo no.

—¿Estás segura?

—Al noventa por ciento —sentenció—. No voy a arriesgarme por si he olvidado algo sin importancia y aun así me acuses de mentir.

—¿En ese diez por ciento está Alden Holmes? Yo no diría que es banal y sin importancia, pero allá tú —se guaseó.

Dianna saludó con la cabeza al portero y salió al frío aire de Londres de principios de abril.

—¿Perdona?

—¡Oh! He tocado un nervio —rio encantada—. Tú y Alden ¿sabes? Nunca lo habría pensado, pero cuando Ewan lo mencionó lo vi. Sois perfectos el uno para el otro.

—Estás loca o en tu descargo puedo suponer que Ewan no te ha contado toda la historia.

—Lo hizo. Me gusta, parece sacada de una novela romántica, ahora solo falta que acabe bien —se rio ella misma de su chiste.

—Definitivamente es locura —sentenció Dianna—. Deberías tratarlo antes de que empeore.

—Lo que debería hacer es organizarles una cita a ciegas. ¿Qué te parece?

—¿A quién?

—A mi hermano y a Ewan, por supuesto.

—Estás cambiando de tema muy fácilmente —comentó suspicaz—. En cualquier caso, no digas nada escandaloso que te estoy poniendo en manos libres un segundo —pidió muy seria.

Se despegó el teléfono de la oreja y abrió la aplicación de taxis para pedir uno que la llevara al trabajo. No tenía ganas de tomar el autobús o el metro mientras trataba con las locuras de Jillian.

—Nunca digo cosas escandalosas, estás calumniándome. ¿Y dónde narices tienes los auriculares?

—En el bolso, y volviendo al tema inicial, la idea de una cita a ciegas, tu propuesta no me convence —explicó volviendo a pegar el teléfono a su oreja—. Se conocen por lo que no tiene sentido pretender lo contrario.

—Seguro, pero es a ciegas si ellos en realidad no saben con quién van a ir a cenar —insistió Jillian.

—Lo siento, no lo veo.

—De acuerdo. Pensaré en algo más.

—Secundo esa opción.

El taxi debía de haber estado cerca porque enseguida se detuvo frente a ella. Tras pedirle a Jillian que esperara, abrió la puerta y entró, dándole la dirección al conductor. Después, sacó los auriculares inalámbricos de su bolos y se los puso, de manera que pudo guardar el teléfono y de repente tenía manos para poder disfrutar de su té.

—Ya estoy. ¿Has pensado en algo?

—¿En tres minutos? Soy buena, pero no tanto.

—El problema es que vives lejos —se quejó.

—Bueno, de eso también quería hablarte. Hace tiempo que Luke pidió el traslado a Londres en el banco y bueno, por fin se lo han dado.

—¿De veras?

—Sí. Y como yo trabajo de *freelance* nos mudaremos allí el próximo mes.

—Eso es maravilloso. Tus padres deben de estar encantados.

—Mis padres y los de Luke. La verdad es que hemos hablado de tener hijos y no puedo

imaginarme criarlos lejos de mis padres o los de mi marido. Estoy segura de que me vendrá bien la ayuda extra.

—No sé nada de niños, pero me va a encantar ser la tía molona.

Jillian rio, encantada por las palabras de su amiga.

Continuaron hablando unos minutos más, pero se despidieron cuando Dianna llegó al edificio de su empresa. No obstante, en lugar de guardar el teléfono y entrar para comenzar con su jornada laboral, marcó el número de Ewan:

—Me pidió que no te lo contara —dijo este en cuanto descolgó.

—Nosotros no nos guardamos secretos —protestó sin convicción.

—No era un secreto —se defendió—. Sabía que iba a llamarte hoy para ponerte al día de las novedades. No te lo dijo ayer porque le dije que estabas en un evento. Por cierto ¿cómo te fue?

—No preguntes.

—¿He de adivinar que te encontraste con personas no gratas?

—Sí, Bianca Amato estaba allí.

—¿Solo ella?

Dianna bufó. Había ocasiones en las que el hecho de que Ewan la conociera tan bien le molestaba especialmente.

—Sabes que no, pero eso tampoco es lo importante —apuntó cuando encontró el modo perfecto para cambiar de tema—. Lo importante es quién me llevó a casa.

—¿Ligaste?

—No exactamente. Fue Cayden el que me acercó.

—¡Oh! Muy amable por su parte.

—Lo fue, y he de decir que pareció bastante molesto cuando preguntó por ti y le dije que no habías podido acompañarme porque estabas en una cita.

—¿Perdona?

—¿A que soy un genio?

—No puedo creer que le hayas mentido tan descaradamente, y mucho menos que a él le

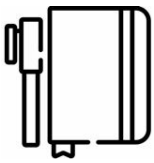
preocupe lo que hago o dejo de hacer.

—Confía en mí. Le importó —anunció muy seria—. Ahora tengo que dejarte o llegaré tarde al trabajo.

—De acuerdo. Hablamos después.

—¡Hecho!

Capítulo 9



En cuanto llegó a la oficina y se sentó en su escritorio, se olvidó de todo lo que no fueran los contenidos del próximo mes para *Simply Chic*. Tenía correos que responder, reuniones de contenido a las que asistir y un café que tomarse con sus compañeros.

Cuando se dio cuenta de que era la hora de comer fue porque su estómago le reclamó el sustento. Como siempre, bajó con sus compañeras al comedor de la empresa y aprovechó el descanso para comer, reír y revisar sus propias redes sociales. Esa era la peor parte de hacer contenido para redes, que apenas tenía tiempo para hacer otra cosa que trabajar, hacer deporte y vivir pegada a su teléfono.

Siempre que podía aprovechaba los tiempos muertos para editar y organizar las campañas que tenía que entregar a las marcas con las que trabajaba.

Cuando regresó al trabajo con sus compañeras, después de comer, lo que menos se esperaba fue encontrarse con que alguien estuviera invadiendo su espacio, y mucho menos, que ese alguien fuera Alden Holmes.

—¿No había otra silla vacía? —preguntó con un punto borde.

Debía de haber cruzado un plano paralelo. No hacía ni veinticuatro horas le había dicho que no quería tener ningún tipo de relación con él, quizás no con tantas palabras, pero estaba segura de que era lo suficientemente inteligente como para captar el mensaje.

—Te estaba esperando a ti. Por lo que me pareció adecuado sentarme en la tuya.

—¿A mí?

—Eso he dicho.

—¿Por qué? Creía que ayer lo había dejado bastante claro.

—Lo hiciste —asintió él.

—¿Entonces?

—En primer lugar, déjame reiterar mis disculpas. Sé que no es una excusa, pero siempre he tendido cierta tendencia a sobre pensarlo todo.

—Más bien a tener prejuicios sobre las personas.

—Tienes razón —aceptó sin dobleces.

—Sigo sin saber por qué me esperabas.

—Sophie y yo vamos a ir esta tarde a comprarle un regalo de cumpleaños a Aaron, y ha mencionado que tú eres una experta en ese campo.

Lo vio encogerse de hombros como si no tuviera mayor importancia.

—¿Sophie va a comprarle a su marido un regalo a medias contigo? —preguntó incrédula.

—No, ella ya tiene el suyo. Va a acompañarme para que yo elija algo más interesante que un libro o una corbata.

Dianna asintió. Podía ver a Alden comprando ese tipo de regalos típicos y sin imaginación. Si había algo que ella odiaba era que le regalaran perfume y libros, ya que le parecían objetos sumamente personales, que cada uno debía de escoger a su gusto.

—Así que ella te ha dicho que me pidas ayuda y tú has aceptado sin más —aventuró, incrédula.

—Es posible que no tan sin más —confesó—. Te prometo que traté de hacer caso a tu… recomendación de ayer, pero esto es fuerza mayor.

—¿De veras? Nunca lo hubiese adivinado. ¿Entonces? ¿Por qué estás aquí?

—¿Desesperación?

Ella le observó unos segundos en silencio, como si estuviera tomando una decisión al respecto, antes de hablar:

—No creo que pueda ayudarte. Es evidente que no podemos ser más distintos.

—Precisamente por eso eres perfecta para el encargo.

Dianna fingió pensárselo.

—Lo haré con una condición… me deberás un favor que me cobraré cuando lo necesite.

—¡Hecho!

—Sea lo que sea —insistió, muy seria.

—Mientras no sea algo que me lleve de cabeza a la cárcel, tenemos un trato.

Dianna suspiró exasperada antes de cerrar el trato.

—Sin cárcel. Levántate de mi silla y ve a buscar una para ti.

Para su sorpresa, Alden obedeció sin protestar y mientras él iba a por una silla, ella abrió la página web de una famosa marca de prestigio y se centró en la sección de bolsos, escribiendo en el buscador lo que quería encontrar.

Cuando regresó con la silla la puso tan pegada a la suya, el espacio en su mesa no era muy grande, que Dianna podía oler el aroma de su colonia desde donde estaba sentada. Incluso podía sentir el calor de su piel.

Sus dedos temblaron sobre el teclado, pero se recordó a sí misma que por muy atractivo y por muy bien que oliera la persona a su lado, seguía siendo Alden Holmes, el tipo que pensaba tan mal de ella que había creído que estaba con su padre para sacar provecho de su fama.

—¿Por qué no se me había ocurrido algo así? —comentó él, mientras la veía pasar el cursor por diversos bolsos de estilo militar en piel.

—Ya hemos establecido que no eres un genio con los regalos —dijo, de repente molesta al recordar lo mal que pensaba de ella.

—¿Vas a regodearte en ello?

—Para nada. En contra de lo que puedas pensar de mí, te prometo que no soy tan infantil.

—¿A qué viene eso?

—¿El qué? —se hizo la inocente.

Alden la miró sin responder, como si tratara de leer lo que pensaba solo mirándole la cara.

Debió de darse por vencido porque negó con la cabeza y dejó pasar el momento.

—¿Y bien? —insistió Dianna—. ¿Miramos otras opciones o te gusta esta? Evidentemente es bastante más caro que una corbata, pero…

—Esta es perfecta. Y el precio no es un problema. Enhorabuena, lo has hecho a la primera —intentó demostrarle que apreciaba su ayuda y la valoraba.

—¿Jactándote de tus millones? —bromeó ella, poco dispuesta a aceptar el cumplido sin más —, eso no es muy amable.

—Ya hemos establecido que no soy amable, así que no estoy muy seguro de por qué te sorprendes.

—En eso tengo que darte la razón.

Sophie salió en ese momento de su despacho con la chaqueta y el bolso.

—¿Listo? —le preguntó a Alden mientras paseaba la mirada de uno a otra, que seguían sentados juntos.

Aunque trató de ocultar su sonrisita, no fue tan discreta como ella pensaba porque los dos notaron el gesto.

—Cuando quieras.

La directora sonrió:

—Dianna, siento haberte endosado a este —señaló a su cuñado—, pero necesitaba ayuda urgente y yo estoy en bloqueo de inspiración.

—No te preocupes. Ha ido mejor de lo esperado y se me ha pagado por mis servicios.

—¿De veras?

—No, era una broma —dijo con una sonrisa.

Había un favor en juego, pero como no lo había cobrado, no contaba.

—Como sea, gracias. Sé que no es fácil aguantarle cuando se pone en plan diva.

—Te estoy escuchando —protestó Alden, levantándose y tomando la silla para volver a dejarla donde estaba inicialmente.

—Lo sé —le respondió sin arrepentirse ni retractarse de su comentario—. Nos vemos mañana

—se despidió de Dianna—. Si hay algo urgente, llámame.

—No lo habrá. Disfruta de la salida de compras.

Normalmente Sophie era la última en marcharse a casa, por lo que a nadie le pareció mal que ese día fuera la primera en hacerlo. La revista funcionaba de maravilla y no era necesaria la constante supervisión de la directora para que cada uno hiciera su trabajo.

Por ello, ella misma desconectó de lo que acababa de suceder y se metió de lleno en lo que le quedaba por hacer antes de poder marcharse a casa. Ya tendría tiempo más tarde de darle vueltas y vueltas a su encuentro con Alden.

Capítulo 10



Ese mismo día, en cuanto salió del gimnasio al que había acudido después de trabajar, le mandó un mensaje a Ewan para preguntarle si estaba libre esa noche, como era de esperar su primo respondió afirmativamente, por lo que le llamó para decidir en cuál restaurante pedir la cena. Como siempre, se pusieron de acuerdo con facilidad y mientras él se encargaba del menú, Dianna se marchó a casa, se dio una ducha y se vistió con un chándal y zapatillas. Se recogió el pelo en una coleta y con la cara lavada se plantó en el apartamento de su primo.

Por suerte, esa noche, no tenía ningún evento al que asistir. No era que no disfrutara de ellos, porque lo hacía, le gustaba ser creadora de contenido, y era consciente de la inmensa suerte que tenía por poder vivir de lo que le gustaba; se trataba más bien de que su encuentro con Alden la había dejado con las pilas descargadas y no se sentía con ánimo de sonreír y ser amable con la gente.

Sabiendo que estando con Ewan podría relajarse y disfrutar de las pequeñas cosas, se encaminó hacia su apartamento, con el ánimo renovado.

Una vez allí, montaron su habitual espacio en el suelo del comedor, sobre las alfombras de este, con mantas y almohadas, y esperaron a que llegara la comida mientras charlaban de todo lo que les había sucedido en el día. El gato de Ewan, Newton, se acomodó contra ellos buscando el calor de ambos.

Aunque el apartamento era pequeño su aspecto era tan acogedor como el de su dueño. Ewan

había hecho un gran trabajo al decorarlo, con el cómodo sofá, los cojines coloridos y las láminas de arte abstracto que había colgado en las paredes. Los colores claros de los muebles e incluso Newton, el gato de su primo, le daban ese aire de hogar que a Dianna tanto le gustaba.

—¿Cómo está mi niño bonito? —lo acarició Dianna.

—Bien, como siempre —contestó Ewan en tono bromista.

—No te digo a ti —protestó ella, siguiéndole la broma—, le digo a mi chico guapo.

Su primo le puso mala cara y trató de arrebatarle al gato, pero ella luchó por él saliendo vencedora.

—No lo intentes. Me quiere más a mí que a ti.

—Sigue soñando.

Cuando sonó el móvil de Dianna esta lo tomó, sin soltar al animal, y se puso a revisar sus notificaciones.

—Tienes que hacerme fotos nuevas —comentó mientras contestaba mensajes de sus redes sociales—, ¿estás libre mañana para comer?

—Sí.

—Perfecto. Tengo dos campañas y mañana va a haber buena luz.

—Eso debería decirlo yo —se quejó Ewan en broma.

—Lo siento, señor meteorólogo.

—¿Dónde quedamos?

—¡Qué pregunta! En el *Crown*, por supuesto. Así puedo cambiarme sin hacer malabares para que no me vean el culo.

—¿Sabes? A este paso van a hacernos la tarjeta vip de clientes —bromeó.

—Ya somos los vips de Sarah. Una pena que no hagan tarjetas físicas —se rio.

Siguieron hablando de lo mucho que iban a la cafetería cuando de repente Dianna cambió de tema. Sorprendiendo a Ewan:

—Deberías abrirte una cuenta de Instagram. La gente me deja cientos de comentarios queriendo saber quién eres y por qué no te etiqueto cuando subo fotos juntos.

—De acuerdo.

—¿En serio?

—Llevas siglos diciéndome que lo haga y ahora que digo que sí ¿te parece mal?

—No, solo me ha sorprendido. ¡Corre! Trae tu móvil antes de que te arrepientas.

—No voy a arrepentirme —protestó.

—¿Este cambio tiene algo que ver con cierto presentador de noticias?

—Es posible.

Dianna aplaudió, encantada.

—Fantástico. Vamos a abrirte la cuenta y te etiquetaré en todas las fotos. En menos de una hora vas a tener un montón de seguidores.

—No soy tan optimista.

—Déjame a mí esa parte. Te dejaré a ti seguir a quien quieras.

—¡Qué amable! —se burló.

No obstante, hizo lo que le pedían y abrió una cuenta. Gracias a que era el encargado de hacerle las fotos a Dianna para la mayoría de las campañas que hacía, tenía muchas de sí mismo, por lo que fue bastante fácil de encontrar una con la que se sintiera particularmente atractivo para ponerla de foto de perfil. En la parte de la biografía puso únicamente meteorólogo.

Por supuesto, se encargó de seguir a su prima y a algunas personas que conocía de los eventos a los que la acompañaba, y aunque se moría de ganas de buscar a Cayden optó por no hacerlo, al menos mientras Dianna le vigilara con ojos de halcón.

—Ya estás etiquetado en un montón de mis fotografías —anunció encantada—, después seguiré con el resto. ¿Has seguido a Cayden?

—Sabes que no. No paras de mirar lo que hago.

—No lo hagas, que te siga él primero.

Ewan soltó una risita de incredulidad.

—Como si eso fuera a suceder.

Aunque tenía ganas de protestar, Dianna se calló y no dijo nada, estaba convencida de que iba

a suceder y entonces podría disfrutar del momento «te lo dije».

Pusieron una serie, pero ninguno de los dos estaba muy atento a la pantalla. Mientras ella estaba pendiente de su teléfono, Ewan miraba la televisión sin ver nada, pensando en si Cayden tendría fotografías de su ex en sus redes sociales, o si sería como la mayoría de gente que las borraba una vez que se separaban, como si al hacerlo se eliminara la historia real que habían compartido.

Escuchó a su prima reír mientras escribía, por lo que la miró con curiosidad.

—¿Qué?

—¿De qué te ríes?

—¿Un meme?

—¿Me lo estás preguntando a mí?

—¿Sí?

—¡Dianna!

—De acuerdo, Alden me ha enviado las fotos del bolso que le ha comprado a su hermano gracias a mi recomendación.

—¿Y? ¿Tan feo es el bolso? A ver…

—No es feo. Y me estoy riendo porque ha dicho algo gracioso.

—Es decir que además de las fotografías te está enviando mensajes y son lo suficientemente graciosos como para que tú te rías.

—Sí.

—¿Te gusta?

—¿Qué? No.

—Tienes un nulo sentido del humor —la acusó—, y te estás riendo con él.

—Eso no es cierto. Mi sentido del humor es un poco negro, pero no inexistente.

—Si tú lo dices. Igualmente, recuerda que tenemos que pensar en nuestro propio regalo para Aaron.

—Lo sé. A ver qué se nos ocurre.

Ewan asintió.

—Creía que no nos caía bien, por lo que había pensado de ti.

—No nos cae bien. Solo estoy siendo educada.

—Por supuesto —concedió su primo sin ganas de presionar.

—Igualmente, se ha disculpado. Dos veces.

—Eso es bueno.

—Lo es —estuvo de acuerdo.

Volvió a retomar su conversación. Aunque ya no la disfrutara tanto como antes de que su primo mencionara el incidente. ¿Estaba siendo demasiado permisiva con Alden? ¿Era acaso una buena idea retomar los mensajes cuando le había dicho que no quería volver a hablar con él?

Cuando sonó el timbre de la puerta Ewan se levantó para abrir, y ella dejó el teléfono de lado, decidida a ser fiel a sí misma. Por suerte, su primo regresó segundos más tarde con dos bolsas de comida china y cara de felicidad, justo antes de que pudiera rendirse y tomar de nuevo el móvil.

—Dios, qué bien huele, hasta Newton parece querer probarla —bromeó.

—Lo hace, pero no creo que sea bueno para él —comentó decidida a centrarse en la comida.

—Ni es bueno ni le gusta. Es el gato más exigente que he conocido nunca.

—Él se lo pierde. Seguro que está más bueno que el pienso y las latitas que le das —apuntó ella.

—Con lo que me cuestan deben de llevar caviar como ingrediente secreto.

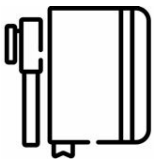
Dianna se rio mientras abría las bolsas.

—Vale la pena esperar casi una hora para comer esto.

—Lo vale —ratificó Ewan.

Gracias a que ya tenían todo preparado solo tuvieron que sacar la comida de sus recipientes y disfrutar de la cena. Si mientras esperaban no le habían hecho demasiado caso a la serie, mientras comían fue peor. Al final la dejaron de fondo mientras disfrutaban de la conversación y del Pollo *Gong Bao*.

Capítulo 11



Ewan se despertó unos minutos antes de que le sonara la alarma, como hacía cada mañana. A pesar de que le encantaba dormir era de ese tipo de personas que se despertaba naturalmente para cumplir con sus obligaciones. A pesar de ello, se quedó en la cama hasta que la alarma sonó e, incluso unos minutos después. La noche anterior, tras acompañar a Dianna a casa, se puso el pijama y se metió en la cama, tan cansado que ni siquiera recordó que quería revisar el Instagram de Cayden para asegurarse de que no estuviera viendo a alguien nuevo. Que hubiese roto con Gary no significaba que estuviera todavía soltero. Por todo ello, abrió la aplicación, sorprendiéndose al ver un montón de notificaciones. Curioso las abrió y se dio cuenta de que eran de seguimiento, pero la que más llamó su atención fue la que le informaba de que el propio Cayden le estaba siguiendo.

—¡Newton, mira! —se emocionó, sobresaltando a su gato que dormía pegado a su costado.

El pobre animal se quedó mirándole unos segundos antes de ponerse a maullar exigiendo su comida. Había tenido paciencia mientras él dormía, pero una vez despierto tenía que cumplir con su obligación de alimentarle.

—Un segundo —se quejó Ewan, mientras pulsaba en su nombre y llegaba hasta su perfil. Antes de explayarse con las fotografías que había subido le devolvió el *follow*.

Suspiró como un adolescente cuando vio lo guapísimo que salía en todas ellas y se tomó su tiempo para ver los *posts* y leer algunos comentarios. Tanto fue así que cuando se dio cuenta

tuvo que salir a toda prisa de la cama para meterse en la ducha y prepararse para el trabajo.

Newton protestó.

—Lo siento, llego tarde. Dame diez minutos.

Quince minutos más tarde el gato tenía su comida delante y el humano su café. Tardó cinco más en ponerse los zapatos, el abrigo y colgarse su bolso de mensajero. Como llegaba tarde optó por pedir un Uber.

Aprovechó el trayecto para seguir cotilleando el perfil de Cayden, tan ensimismado en él que ni siquiera se dio cuenta de lo rápido que le subían los seguidores. Aunque no tuviera redes, era una especie de *influencer* por cercanía, ya que era quien acompañaba a Dianna a la mayoría de los eventos a los que acudía, y el que le hacía las fotografías.

Se bajó del coche todavía enganchado a su teléfono, en esta ocasión devolviendo el *follow* a aquellas personas que conocía o que le interesaban. Como no pretendía hacerse un hueco en el mundillo no se vio obligado a ser políticamente correcto, sino que siguió a quienes le resultaban interesantes.

Entró en el edificio de la cadena con la hora justa. Se planteó esperar al ascensor o subir por las escaleras, pero tras una breve duda decidió esperar. No era una persona atlética, sí hacía pesas esperando ganar un poco de volumen, pero subir a pie cinco plantas era una suma enorme de escalones.

Mientras esperaba, se guardó el teléfono en el bolsillo, encantado con la oportunidad de poder conocer mejor a Cayden. La mayoría de la gente reflejaba sus gustos y su estilo de vida en sus redes sociales, lo que le ayudaría a conocerlo de otro modo que no fuera como el hermano de una de sus mejores amigas.

Seguía perdido en sus pensamientos cuando alguien se detuvo a su lado y le dio un golpecito en el hombro. Ni siquiera tuvo tiempo de darle los buenos días cuando su compañera le espetó de malas maneras:

—Sé lo que pretendes y desde ya te aviso que no lo vas a conseguir —Lola Bishop, su colega y presentadora del tiempo en el noticiario del mediodía, parecía molesta, y por algún motivo que

Ewan desconocía, su ira iba dirigida a él.

Llevaba años trabajando con ella y esa era la primera vez que usaba ese tono tan rabioso para hablarle, por no mencionar el modo en que le estaba fulminando con la mirada. Por suerte, el que hubiera llegado justo sobre la hora le había evitado encontrarse con más compañeros que pudieran ser testigos de la actitud beligerante con la que Lola se estaba dirigiendo a él.

—No tengo la menor idea de lo que estás hablando. Explícamelo y baja el tono, por favor —pidió, tratando de entender lo que sucedía.

Ella se rio de un modo forzado para darle a entender que no le creía.

—No mientas. No te creo.

—No lo hagas, pero eso no cambia el hecho de que no sé a qué te refieres y de que te estás pasando de la raya —protestó, muy serio.

Miró a ambos lados, nervioso porque la gente viera el desencuentro entre ambos. Por fortuna, los guardias de seguridad estaban cerca de la entrada hablando entre ellos y la chica de la mesa de recepción estaba demasiado lejos para poder escucharlos. Por lo demás, el vestíbulo estaba aparentemente vacío.

—Te seguiré el juego —concedió ella, pero se mantuvo en silencio sin aclarar nada.

—Hazlo y dime de una vez a qué se debe tu inesperada… actitud.

—Te has abierto redes sociales con la intención de ganar notoriedad y quitarme el puesto de presentadora del tiempo en los informativos de mediodía —le acusó destilando rabia en cada palabra.

—¿Perdón?

—No te va a funcionar. No creas que te lo voy a permitir —soltó llena de resentimiento antes de lanzarle una mirada asesina y entrar en el ascensor que, en ese mismo instante, abría sus puertas.

Completamente en *shock*, se quedó allí parado mientras la veía marcharse en el ascensor que él había estado esperando.

—¿Estás bien? —preguntó Cayden, hablando detrás de él y sobresaltándolo.

Ni siquiera sabía que estuviera allí.

—La verdad es que no.

—Vamos —pidió mirándole con fijeza.

—¿A dónde? —la confusión teñía sus rasgos.

—Te invito a un café o quizás algo más suave, necesitas tranquilizarte después de la escena de Lola.

—Lo sé, pero llego tarde y… ¿la has escuchado?

Cayden asintió, avergonzado por haberlo hecho.

—Yo… no puedo llegar tarde.

—Déjame eso a mí —ofreció, visiblemente preocupado por lo que había sucedido. Sin esperar su respuesta sacó su teléfono del bolsillo de su abrigo y llamó a su asistente. Ewan le escuchó hablar con ella—. Solucionado, Willa se ocupará de todo. Estás cubierto.

—Gracias —accedió, sin excusas para no acompañarle y preso de los nervios y de la emoción de pasar tiempo con él a solas. Le siguió fuera del edificio de la cadena hasta la cafetería a la que acudían la mayoría de los trabajadores del canal.

«Maravilloso», pensó, «voy a tomarme un café con Cayden, otro motivo más para que Lola crea que estoy tratando de robarle el puesto».

—Nada que agradecer, te lo debía desde hace semanas. Siento no haberte buscado antes.

—No me debes nada, y si lo haces porque crees que tienes que pagarme por los dulces que te envié no lo hagas. Te los hice llegar como disculpa por haber sido tan cortante. —Suspiró antes de seguir hablando—. Igualmente, no es buena idea llegar tarde y… —se estaba dando la vuelta por regresar por donde habían venido, pero Cayden le retuvo poniendo su mano en su antebrazo.

—No te preocupes por eso. Willa sabe lo que hace y yo quiero tomarme un café contigo. No porque te lo deba sino porque me apetece —comentó, al tiempo que le abría la puerta de la cafetería a la que llegaron tan rápido, mientras iban hablando, que Ewan se sorprendió de estar ahí ya.

—No es solo llegar tarde, también me preocupa que se enteren de que estoy contigo.

La expresión de Cayden hizo que se lanzara atropelladamente a explicarse.

—Si Lola ya cree que quiero robarle el puesto, espera a que sepa que estoy tomando café con el presentador del informativo.

La explicación pareció apaciguar a Cayden quien sonrió al pensarlo.

Tomaron asiento en una de las mesas libres de los reservados. La gente de la cadena acudía a la cafetería porque tenía zonas habilitadas para ellos, ofreciéndoles privacidad, reservando un salón interno para ellos.

—Lola está equivocada —sentenció Cayden—. No podrías quitarle el puesto ni aunque lo deseases. Si la sacaran de los informativos tendrían que poner a otra mujer. Bruce es el presentador del informativo de la noche. —Se encogió de hombros—, es política de la empresa. Un hombre y una mujer, así no hay riesgo de que les acusen de discriminación.

—Supongo que visto así tiene sentido.

—Lo tiene.

—Aunque debería primar el talento, no el género —se quejó.

—Tienes toda la razón, pero a los directivos les interesa más verse bien que ser justos. De cualquier manera, no te he traído aquí para hablar de políticas internas, sino para que te tranquilizaras antes de tener que verla otra vez. Y no te preocupes por lo que pueda pensar, somos amigos, si está paranoica es su problema.

Ewan asintió, apesadumbrado.

—En realidad no me preocupa lo que ha dicho, lo que me molesta es el tono con el que me ha hablado y cómo ha supuesto lo peor de mí. Si tuviera interés en conseguir un puesto iría de frente.

—Nadie que te conozca va a creer que puedes ser taimado —bromeó con una sonrisa—, eres demasiado honesto y transparente.

Por unos segundos se quedó paralizado, preocupado porque si era tan fácil de leer Cayden se hubiese dado cuenta de sus sentimientos, pero él no actuó de manera diferente a como era siempre con él, por lo que descartó la idea.

La camarera apareció en ese momento con un americano para Cayden y un café con leche de almendras para él, y la conversación cambió naturalmente a temas más ligeros.

El día había comenzado mal para Ewan, pero para su sorpresa no hacía más que mejorar y mejorar.

Capítulo 12



Dianna se había arreglado con esmero, pero sin parecer que iba a una fiesta de nochevieja, sino al cumpleaños de Aaron Holmes, el marido de su jefa. Ella y su primo habían ido de compras esa misma mañana, y tenían el regalo perfecto para él: unos gemelos de plata con forma de un estetoscopio.

Con esa parte cubierta, la que la acreditaba como la mejor regaladora de entre sus amistades, no debería de estar nerviosa o preocupada. No obstante, aunque sabía que Sophie y Aaron no serían las únicas personas conocidas que asistirían a la fiesta, el que también fuera a estar Alden, quien ni siquiera figuraba en su lista de amigos, le preocupaba más de lo que debería. No era un secreto que no se llevaban bien, pero si se mostraba grosero o sarcástico, no estaba segura de que fuese capaz de dejarlo correr en favor de no arruinar el cumpleaños que Sophie, con tanto cuidado, había organizado para su marido. Y había una alta probabilidad de que Alden volviera a su antiguo ser, sobre todo, después de que se hubiera tomado en serio sus palabras y tras agradecerle por su ayuda con el regalo de su hermano, hubiese cumplido con su petición de no mandarle mensajes ni actuar como si fueran amigos.

Los mensajes habían cesado y Dianna estaba feliz por ello, después de todo ¿no era lo que quería?

Y es que, aunque no era una persona rencorosa, el que hubiera pensado tan mal de ella, en lugar de apartarlo de sus pensamientos con indiferencia, como hacía con aquello que no podía

controlar, seguía dando vueltas en su cabeza molestándola, y dado lo poco que le interesaba el tipo, resultaba cuanto menos curioso lo mucho que le había afectado.

Decidida a no adelantar acontecimientos, ¿por qué debía ser tan negativa? Quizás ambos podían ignorarse en favor del buen ambiente y no tendría que preocuparse por nada.

Se encontró consigo misma tratando de restarle importancia a la situación, aunque una pequeña parte de sí misma, quizás su conciencia, le dijera que no se engañara, que la posibilidad de que Alden Holmes fuera capaz de ignorarla iba a sentarle peor que el que pensara mal de ella.

Por suerte, Ewan llamó al timbre en el momento perfecto, lo que la hizo ponerse en marcha y olvidarse de todo lo demás.

Cuando bajó al portal se encontró con que su primo se había adelantado y ya había pedido el transporte. La casa de Sophie y Aaron estaba en *Richmond*, por lo que lo más fácil y directo para llegar allí era tomar un coche, no obstante, como ninguno de los dos conducía, un taxi era la opción más adecuada para ellos.

Por ese motivo, se metieron en el vehículo y charlaron sobre la reacción exagerada de la compañera de trabajo de Ewan ante algo tan habitual como que alguien se abriera un perfil en redes sociales.

—Tiene motivos para estar preocupada. Has conseguido más de diez mil seguidores en solo dos días.

—Y son todos los que conseguiré —le restó importancia él—. Son gente que me conoce por las fotografías que subes de mí o porque hemos coincidido en alguno de las fiestas a las que te acompaño. En cuanto vean lo aburrida que es mi vida se irán como han venido, a toda prisa —bromeó, con un poco de autocrítica.

—Eso no es cierto. Vas a la mayoría de los eventos a los que la gente se muere de ganas de ir. Aprovéchalo y sube tus propias fotos. Después de todo, no es tan loco que presentes el tiempo en el informativo.

—Es imposible, Di. Por política de la cadena debe de ser una mujer —explicó, tal y como había descubierto recientemente.

La vio encogerse de hombros.

—Eso es sexista, y si tú fueras el presentador sería una forma estupenda de tener más relación con Cayden.

—Hablando de Cayden… —apuntó Ewan, quien le contó la parte en la que el presentador había sido testigo de la rabieta de Lola y le había invitado a tomar café, aprovechando la tesitura para pagarle el que, supuestamente, le debía.

Puede que él hubiese dicho que no se trataba de ningún pago, pero Ewan no estaba tan seguro de que el consabido café no hubiera influido en su decisión de sacarlo de la cadena tras el desencuentro con Lola.

Siguieron hablando y Dianna incluso le aconsejó que fuera valiente y tratara de coquetear con él esa noche. Inevitablemente, Alden salió en la conversación, y aunque Ewan trató de sonsacarle información sobre lo que sucedía entre ellos, ella se limitó a comentar que lo único que le preocupaba era que fuera un idiota y que no pudiera aguantarse las ganas de mandarlo a paseo, estropeando la fiesta de Aaron.

Una vez que el coche se detuvo frente a la casa de dos plantas de Sophie, cambiaron el chip y decidieron que sucediera lo que sucediera, iban a pasarlo bien.

Por suerte para ambos, fue su amiga la que abrió la puerta y la que se ocupó de presentarles a aquellos invitados que se cruzaron en su camino hacia la mesa de las bebidas y que ninguno de los dos conocía. Los anfitriones habían despejado el salón de modo que las mesas llenas de comida ocuparan el espacio del centro. Dicho salón no solo era enorme, sino que estaba decorado con un gusto exquisito. Desde los cuadros que colgaban de las paredes, que era evidente que se trataba de arte de valor, hasta las esculturas y los recuerdos de viajes, que estaban cuidadosamente ordenadas encima de muebles o dentro de las vitrinas.

En las grandes mesas había platos de diseño para que cada uno se abasteciera con lo que deseara comer del amplio surtido dispuesto. En los laterales del salón estaban las mesas con las bebidas, al igual que con catering estaban bien provistas para que los invitados se prepararan sus propias bebidas o cocteles.

Tanto Dianna como Ewan estaban admirados con el ambiente que reinaba, y desde que pusieron un pie en la casa se sintieron cómodos. Sin embargo, la situación se volvió entre surrealista y cómica cuando Sophie se excusó con Dianna por robarle a su primo y decidió arrastrar a este hasta donde estaba Cayden hablando con su asistente.

Sophie se volvió hacia el meteorólogo con una sonrisa de disculpa antes de hablar:

—¿Recuerdas que te dije que tenía un amigo al que quería presentarte? —Ewan vio cómo Willa Ward, la asistente de Cayden se alejaba discretamente para darles intimidad. Si no fuera porque Cayden era gay, Ewan habría estado celoso de la mujer. Se pasaba el día pegada a él, era eficiente y muy valorada, y además era preciosa. La típica rosa inglesa con el cabello dorado, la piel pálida y las mejillas sonrosadas.

Descartó su preocupación cuando notó el enorme pedrusco en su dedo y se centró en darle una respuesta a la jefa de su prima:

—Lo recuerdo —admitió paseando la mirada entre Sophie y Cayden, que parecía sorprendido y divertido a partes iguales.

—¡Sorpresa! Cayden Archer, deja que te presenta a Ewan Bing. Es el primo de Dianna Doyle y una de las personas más inteligentes que conozco —anunció con una sonrisa—. Es meteorólogo. Tiene un doble grado en matemáticas y física.

El mencionado iba a decir que ya se conocían, a pesar de la vergüenza que le había causado la presentación, pero Cayden habló antes de que pudiera decir nada.

—Es un placer conocerte, Ewan —le ofreció su mano para que se la estrechara .

—Cayden es presentador de noticias —siguió Sophie, encantada con la escena—, estoy segura de que lo has visto alguna vez en televisión. Es muy famoso.

Consciente de que el periodista se estaba burlando de Sophie, fingiendo que era la primera vez que ambos se veían, decidió que ya puestos él también podía hacerlo, por lo que aceptó la mano extendida de Cayden y tras los saludos de rigor, se dio la vuelta para enfrentar a Sophie directamente.

—Deduzco que este es tu amigo el que necesita un rebote.

Casi estalló en carcajadas cuando la vio sonrojarse hasta la raíz del pelo. Siempre era tan correcto y educado que tenía que haberle causado conmoción que sacara el tema delante del propio protagonista.

—¿Rebote? —preguntó Cayden con curiosidad.

—Nada. No… —balbuceó Sophie, nerviosa.

Ewan tomó la iniciativa de la conversación y puso a Cayden al día:

—Cuando habló de la posibilidad de organizarnos una cita, Sophie me dijo que acababas de terminar una relación y yo le dije que mejor que no nos presentara porque yo no era un tipo rebote, ya sabes: la primera aventura después de una ruptura complicada. Todo el mundo sabe que no va a ir más allá de un encuentro, quizás dos. —Se encogió de hombros tratando de parecer serio—. Desde ya te digo que no es lo mío.

—No, definitivamente no creo que seas un chico rebote. Eres demasiado guapo para serlo.

Sophie abrió los ojos desmesuradamente al ver a Cayden coquetear tan abiertamente. Definitivamente había dado en el clavo con la presentación.

—Gracias, tú eres impresionante. Por casualidad, ¿no estará tu ex en la fiesta? —preguntó por seguir la broma y porque realmente quería saberlo. Según Dianna la expareja seguían manteniendo su amistad, lo que no convertiría en locura el hecho de que también hubiese sido invitado—. No me gustaría meterme en problemas.

—Estás a salvo. ¡Lo prometo! —respondió sonriendo de oreja a oreja. Era evidente que estaba disfrutando, la única que parecía incómoda era Sophie. A Ewan le caía muy bien la jefa de su prima, por lo que decidió dejar de tomarle el pelo — . Sophie no iba a invitarle si tenía planes para presentarnos.

— ¡Cierto!

— Yo no… — balbuceó la aludida.

—¿Sabes? — preguntó Ewan — . Ahora que te veo sonriendo así… —frunció el ceño como si estuviera pensando—, lo cierto es que me recuerdas a alguien y ahora mismo no sabría decir a quién.

—¿De veras?

Él asintió.

—Creo que te refieres al actor de Thor —intervino Sophie, apaciguada por el giro en la conversación—. Podría pasar por su hermano.

—Lo cierto es que no —declaró Ewan.

—¿Alguien famoso? Tal vez me has visto en televisión y estás confundido...

—No. Estoy seguro de que me recuerdas a una mujer, en realidad. Una de mis mejores amigas: Jillian Sutherland de soltera Archer, ¿la conoces?

Sophie los miró completamente asombrada hasta que su cabeza hizo la conexión.

—¡No me lo puedo creer! —se quejó, mucho más relajada de lo que había estado cuando los dos comenzaron a coquetear descaradamente frente a ella—. Os habéis estado burlando de mí todo el tiempo. ¿Cómo no me di cuenta de que os conocíais? Si Dianna es amiga de tu hermana es imposible que Ewan no lo sea.

Los dos se rieron de buena gana.

—Por no mencionar que Ewan y yo trabajamos en la misma cadena de televisión.

—¿En serio? —preguntó confundida—. Ewan, ¿no trabajabas para el gobierno o algo así?

—¿El gobierno? —preguntó desconcertado.

—Eres un meteorólogo de verdad, por el amor de Dios. ¿Dónde se supone que vas a trabajar?

—¿De verdad? —preguntó Ewan confundido.

—Sí, de los que realmente estudian el tiempo —explicó—, no un presentador.

—¿Tienes algo en contra de los presentadores? —la pinchó Cayden.

—Sabes que no. Deja de confundirme, entiendes perfectamente lo que quiero decir.

—La mayoría de los presentadores del tiempo son meteorólogos —apuntó Cayden todavía riendo—. Son ellos los que hacen sus propias predicciones.

Sophie pareció sorprendida por la aclaración.

—¿Qué le habéis hecho a mi esposa? —preguntó Aaron Holmes—. La pobre parece confundida y ella nunca lo está.

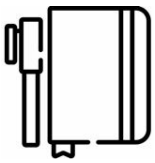
Era igual de alto que su hermano, con los mismos ojos y el mismo cabello oscuro, pero donde Alden gritaba *snob* en la distancia, Aaron gritaba calidez, buen humor y amabilidad. Debía de serlo, se dijo Ewan, después de todo era un médico de urgencias que se pasaba el día tratando con pacientes. El tacto y la empatía debían de ser una constante en su vida.

—Me lo he buscado por meterme donde no me llaman —explicó Sophie lamentándose.

—¿Tú, querida? No lo creo —se rio.

—Menos mal que mi marido todavía tiene fe en mí —bromeó ella mucho más relajada.

Capítulo 13



Dianna esperaba pasárselo bien esa noche, pero había creído que estaría con Ewan, Sophie y con algunos amigos que la pareja anfitriona y ella tenían en común. Lo que no había esperado era conocer a un tipo interesante y pasarse gran parte de la noche alternando su interés en su propia conversación con Cade Lawson, el compañero de Aaron en el hospital que había monopolizado su tiempo, y pendiente de la camaradería que Alden Holmes mantenía con Willa Ward, la eficiente y guapísima asistente de Cayden Archer.

Para su consternación a pesar de que Cade era atento, amable e interesante, se encontraba más a menudo de lo que quería dirigiendo miradas en la dirección en la que Alden y Willa hablaban. Sin embargo, en ninguna de esas ocasiones lo había pillado haciendo lo mismo, lo que le daba una pista fiable de que ni siquiera le había dedicado un mísero pensamiento, y aunque el tema no debería molestarla, ya que había sido ella misma la que había cortado la conexión, lo cierto era que le resultaba irritante la facilidad con la que él había aceptado su petición.

—¿Te apetece otra copa de lo que sea que estás tomando? —preguntó Cade, señalando su vaso vacío—. Voy a por otra para mí, aprovechando que no tengo que trabajar hasta el lunes —comentó con una sonrisa que debería de acelerarle el corazón, no obstante, no lo hizo.

—Sí, gracias. —Le ofreció una sonrisa—, es un daiquiri.

Le vio fruncir el ceño como si no supiera lo que llevaba. Dianna sonrió y negó con la cabeza.

—Cualquier cosa que no está muy cargada será perfecta.

Cade miró hacia la zona de las bebidas y sonrió al ver que Sophie estaba llenando su propia copa.

—En seguida vuelvo —explicó tomando el vaso vacío de Dianna.

De modo que se quedó de repente sola sin otro entretenimiento que mirar a los que la rodeaban. Hizo un esfuerzo para no volver su atención a Alden y a su amiga, pero estaba a punto de sucumbir cuando Ewan apareció a su lado.

—¿Qué haces aquí? Tendrías que seguir hablando con Cayden —le regañó. Debería de estar aprovechando el tiempo en lugar de asegurarse de que ella estuviera bien. Lo estaba. Alden no tenía suficiente importancia como para hacer que la noche fuera un fracaso.

—No quiero monopolizarle y quería saber si iba todo bien. Tu acompañante es un bombón, pero algo me dice que ni siquiera te has dado cuenta.

Ella suspiró teatralmente.

—Puede que esté un poco dispersa.

—¿Un poco?

Le lanzó una mirada que gritaba «no te pases», por lo que Ewan alzó las manos en señal de paz.

—De acuerdo, tú misma, pero deberías predicar con el ejemplo, Di.

—No sé de qué hablas.

—De acuerdo —aceptó con una sonrisa cómplice—, solo digo que si quieres hablar con alguien lo hagas. Normalmente eres más decidida, esta noche pareces… no pareces tú.

—Yo no…

—Lo que tú digas. Te dejo. —Meneó las cejas sugestivamente—. Tu nuevo amigo regresa y no quiero interponerme. ¡Disfruta!

Se marchó antes de que pudiera pedirle que no lo hiciera.

Cade le tendió la bebida y retomó la conversación con la misma naturalidad con la que se había dirigido a ella durante toda la noche. Unos minutos más tarde se les unieron otros invitados, así como los propios anfitriones. En un momento dado notó que Alden se alejaba,

seguramente para ir al baño y tras esperar un minuto, se excusó y siguió el mismo camino que él.

Tal y como había esperado la puerta del baño estaba cerrada, llamó suavemente, escuchando una voz a través de la puerta que anunciaba que estaba ocupado.

De repente se sentía nerviosa. ¿Qué le iba a decir cuando saliera? ¿Pensaría que lo estaba persiguiendo? De acuerdo que no habían cruzado una palabra en toda la noche, pero ¿llegaría su ego a pensar en la posibilidad de que lo estuviera acosando? No tuvo de responderse a sí misma porque la puerta se abrió, cortando el hilo de sus pensamientos, y Alden apareció tras ella.

Si se sorprendió de verla allí no lo demostró. De hecho, la saludó con un gesto de la cabeza antes de hablar:

—Siento haberte hecho esperar —dijo, muy amablemente.

—Está bien. No…

—Nos vemos, señorita Doyle —se despidió antes de que pudiera intentar entablar una conversación con él.

Demasiado aturdida entró en el baño, encendió el grifo del agua fría y se lavó las manos mientras observaba su reflejo en el espejo.

—Acaba de ignorarme —se dijo a sí misma sin apartar la mirada de su propio rostro—. No solo ha sido amable, sino que también me ha ignorado. Completamente.

Se secó las manos y se cuadró, molesta consigo misma por permitir que el tema le afectara. Después de todo, Alden Holmes no era una persona que valiera la pena. Era engreído, sarcástico y en ocasiones rozaba lo cruel. No era el tipo de amistad que quería a su lado. Debería estar agradecida de no tenerlo cerca.

Decidida a no volver a pensar en él, salió del baño y regresó al salón. Cade estaba enfrascado en una conversación con otras dos personas, por lo que pasó de largo y se dirigió hacia donde se encontraban Ewan, Cayden y Sophie. Después de todo, no iba a interrumpir ningún momento íntimo si su jefa estaba metida en la conversación.

Al verla fue la propia Sophie la que la añadió en la charla:

—Si hay alguien que debe saber sobre el asunto esa es Dianna —estaba diciéndoles.

—¿Sobre qué tema soy una experta?

—La campaña de Tofani —explicó Cayden—, se rumorea que es más que la búsqueda de la polémica. Que es algo así como un reclamo.

—Eso es horrible —musitó Ewan.

—Lo es, pero según se rumorea la mafia ha comprado la mayoría de las acciones de la compañía y están tratando de… mostrar sus… capacidades a la gente influyente de todo el mundo mientras hacen dinero legal a través de la compañía.

—Pensado de ese modo la campaña sí que parece un catálogo de las depravaciones que la mafia puede proporcionar —decidió Dianna—. Aunque, por otro lado no veo porqué querría la mafia exponerse tanto.

—¿Quizás por dinero, poder, influencias? —intervino Ewan.

—La moda es un gran ámbito para ganar influencias —apoyó Sophie—. Y una tapadera igual de buena.

Siguieron hablando del tema por un tiempo. Cayden les contó que tenía colegas periodistas que estaban tratando de descubrir qué había de cierto en los rumores, y Dianna le prometió que si escuchaba algo se lo comentaría, después de todo estaba invitada a pasar un fin de semana en Milán con la marca. Iban a llevarlos a las fábricas en las que se confeccionaban los bolsos de la nueva colección. La idea era promocionar la nueva línea *prêt-à-porter* que querían viralizar a través de *influencers* de toda Europa.

—No vayas sola —le pidió Cayden muy serio—. Y menos a un viaje que ellos patrocinan. No creo que vaya a pasarle nada a nadie, pero… es posible que se dediquen a tantear a *influencers* para que… apoyen su política de empresa. Ya sabes a lo que me refiero.

—Yo no — protestó Ewan — , a menos que estés diciendo lo que creo que estás diciendo — comentó entre escandalizado y sorprendido.

— A eso precisamente me refiero.

—¿A dónde no debería ir sola Dianna? —preguntó una voz que sin siquiera girarse supo que provenía de Alden.

—A un viaje a Milán organizado por Tofani —explicó Cayden, más serio de lo que lo había visto nunca.

Notó que ambos intercambiaron una mirada intensa, pero no pudo adivinar lo que pretendían decirse con ella.

—¿Estás invitada al fin de semana de promoción? —preguntó Alden con sorpresa en su voz.

Se dio la vuelta para enfrentarle mientras le respondía, y se arrepintió de hacerlo cuando vio que Willa estaba parada a su lado.

—Sí, lo estoy.

Se quedó tan confundida por la presencia de Willa que ni siquiera se dio cuenta de que Alden estaba al tanto de que la marca había organizado un fin de semana de promociones.

Él asintió.

—Secundo lo que ha dicho Cay, no deberías ir sola.

—Gracias por vuestra preocupación, pero que yo sepa la mafia es siciliana y vamos a Milán. Además, llevaré a Ewan conmigo —anunció sonriendo a su primo.

—Por favor, no me malinterpretes —pidió Cayden, paseando la mirada de uno a otra—, pero no creo que Ewan te ofrezca la protección de la que estaba hablando.

—Estás comenzando a asustarme —se quejó Dianna.

—No lo estés, simplemente lleva a alguien que pueda intervenir si sucede algo que te incomode.

Tanto Ewan como ella asintieron, intercambiando miradas que anunciaban que iban a tener una charla sobre el tema cuando se quedaran a solas.

Como el grupo creció cambiaron de tema. No obstante, poco a poco se fueron separando y cuando se dio cuenta estaba a solas con Alden y Willa.

Actuó por impulso:

—¿Puedo hablar un momento contigo? —no añadió el *a solas*, porque se sobreentendía.

Sin embargo, cuando Willa cabeceó y trató de alejarse, Alden la asió del brazo impidiendo que se marchara.

Tanto la misma Willa como Dianna se quedaron petrificadas con el gesto.

¿Tanto la despreciaba que ni siquiera podía tener una conversación con ella en privado?

—Dime, ¿qué necesitas?

—¿Recuerdas que me debes un favor? —ni siquiera había pretendido cobrárselo y mucho menos en algo como lo que estaba a punto de pedir, pero cuando estaba cerca de ese hombre sus pensamientos se descontrolaban y se dejaba llevar por los impulsos.

—Por supuesto.

—Ya sé cómo me lo vas a pagar. Ven conmigo al viaje a Milán de Tofani. Sé mi acompañante. Por supuesto, vas a tener que fingir que eres mi pareja si queremos pasar desapercibidos —le lanzó una mirada de disculpa a Willa, en favor de la mujer, Dianna reconoció que ni se inmutó. O bien no la veía como su rival o quizás no estaba tan interesada en él como había supuesto— . Es el único modo en que puedo llevarte conmigo sin levantar sospechas.

Dianna no miró a Alden mientras hablaba, no estaba segura de querer ver la reacción a sus palabras.

—Por supuesto —respondió, por fin—. Yo siempre cumplo mi palabra. Seré tu protector por el tiempo que duré el viaje.

—Gracias. No soy de las que se asustan pero…

—No hay problema. Has hecho bien en ser prudente.

Dianna cabeceó negándose a mirarlos de nuevo. Se dio la vuelta y se alejó todo lo que pudo. No podía callarse ni para mantener su orgullo, se quejó internamente.

Como si hubiese sabido que sucedía algo, inmediatamente notó la presencia de Ewan a su lado.

—¿Todo bien? ¿Te estás divirtiendo?

—Todo maravilloso —respondió llena de ironía.

—¿Quieres contármelo?

—Lo cierto es que no.

—Después, entonces.

—Si no hay más remedio —trató de hacer una broma.

Su primo no dijo nada, pero Dianna estaba segura de que no se le iba a olvidar.

Capítulo 14



Dianna se despertó a la mañana siguiente consciente de que había cometido un error. No tendría que haberse dejado llevar por sus impulsos y pedirle a Alden que pagará por algo tan tonto como ayudarle a comprar un regalo. Sin embargo, lo peor de toda la situación era que le había pedido que fingiera que era su novio delante de la mujer que le interesaba. No podía apartar de su mente el modo en que había impedido que Willa se alejara de él. Igual le preocupaba que ella pensara mal de su relación, y por eso le había pedido que se quedara, para que viera de primera mano que no había nada más que hostilidad entre ellos.

Decidida a olvidar lo sucedido como fuera, enterró la cabeza bajo la almohada y se quedó allí fingiéndose avestruz. Para su mala suerte el teléfono la interrumpió, y aunque se planteó ignorarlo, sabía quién era el que estaba al otro lado de la línea, por lo que, de mala gana, lo buscó a tientas y se lo llevó al oído sin salir de su escondite.

—Buenos días, ¿estás lista? —preguntó la voz jovial de Ewan.

—No —respondió en un gruñido—. ¿Qué te parece si hoy no vamos a desayunar?

—Es domingo —protestó su primo—. Es la tradición y tienes algo que contarme, no pienses que me he olvidado.

Dianna bufó y se removió en la cama. Por supuesto que no se le había olvidado, de hecho estaba sorprendida de que no la hubiese obligado a contárselo la noche anterior. Por otro lado, volvía a tener razón, era fin de semana y los fines de semana desayunaban juntos en el *Crown*,

solo se podía escapar de la cita si estabas muy enfermo, casi en el lecho de muerte.

Fingió una tos, pero tal y como esperaba, su primo no se lo tragó.

—Tienes quince minutos para prepararte, después te recogeré, iremos a desayunar y me contarás lo que pasó ayer. Y antes de que me digas que nada, piénsatelo mejor.

—De acuerdo.

—Perfecto. Te veo en nada. ¡Levanta tu culo de la cama ya!

Debía de ser evidente que no tenía un buen día porque Sarah les trajo el desayuno de los bajones, o lo que era lo mismo: tortitas, chocolate caliente, *porridge* con frutas… y, por supuesto, té y café caliente.

—No creo que vaya a poder comer tanto.

—Esto es peor de lo que pensaba —comentó Sarah, muy seria—, tú nunca te quejas cuando os sirvo el desayuno dulce.

Dianna se sintió mal al ver la expresión de la camarera.

—Has acertado, Sarah, es perfecto. Es solo que no tengo apetito.

—Dadme un segundo —pidió esta, antes de acercarse a la barra para hablar con su compañera, quien le sirvió una taza de humeante té antes de que regresara con ellos—. De acuerdo, tengo quince minutos de descanso. Cuéntame, ¿qué ha pasado que te tiene tan deprimida?

—La verdad es que a mí también me gustaría saberlo — secundo Ewan.

—He obligado a un tipo que me odia a salir conmigo. Y lo peor es que se lo pedí delante de la mujer que le gusta.

—De acuerdo —respondió Sarah, alargando las palabras.

Intercambió una rápida mirada con Ewan, que parecía tan desconcertado como ella y ambos clavaron su atención de nuevo en Dianna.

—Estamos hablando de Alden Holmes —confirmó su primo.

Asintió.

—En ese caso, en primer lugar no creo que sea la clase de hombre que se deje obligar por nada ni por nadie. En segundo lugar, tampoco creo que tenga una relación con Willa, ya que ella está comprometida y apostaría todo lo que tengo a que el novio no es Alden.

—¿Cómo lo sabes?

—¿No viste el pedrusco en su dedo?

Dianna negó con la cabeza.

Ewan suspiró sonoramente.

—Pues te aseguro que lo está y su boda es inminente. Cayden ya está nervioso por tener que organizarse durante un par de semanas sin tener a su eficiente asistente a su lado. —Hizo una pausa—. Y por otro lado ¿crees que Sophie no nos hubiera contado que su cuñado se casaba? Piénsalo mejor.

—De acuerdo. Tienes razón —concedió

—Perfecto. Una vez que estos puntos están claros, ¿puedes ser más específica y contarnos cómo se dieron los hechos para que, según tú, le obligaras a salir contigo?

Sarah asintió a cada una de la palabras de Ewan, y los dos se mantuvieron en un silencio interesado mientras Dianna les contaba los acontecimientos de la noche anterior. Desde cómo lo había seguido al baño, hasta lo evidente que había sido que se negara a mantener una conversación privada con ella.

Cuando terminó con su relato, Sarah fue la primera en tomar la palabra:

—Creo que la parte importante de toda esta historia es si te gusta el tipo.

—Por supuesto que no —respondió a toda prisa.

Ewan le lanzó una mirada de incredulidad.

—No me gusta. Ni siquiera es…

—¿Tu tipo? —insistió Sarah.

—¿Amable? —ofreció Ewan.

—Ni siquiera es mi amigo —respondió al final.

Siguieron debatiendo sobre si era necesario que alguien te cayera bien para que te gustara,

hasta que Sarah tuvo que regresar al trabajo, no obstante, fue ella quien le dio el mejor consejo de la mañana: si no le interesaba ¿por qué debía preocuparse por lo que pensaba? Y si lo hacía, si le gustaba ¿por qué no simplemente aprovechaba el fin de semana y lo conquistaba?

—Francamente, creo que es brillante —apuntó Ewan, muy serio—, debería haber estudiado psicología o trabajar en tu revista contestando dudas sentimentales en una sección con su nombre.

Dianna asintió, de acuerdo con él.

—Tiene razón en todo lo que ha dicho, el problema es que no sé si me gusta, me cae mal o simplemente me exaspera su actitud.

—El consejo de Sarah sigue aplicándose igual. Ve a la cita y actúa normal, no tienes que avergonzarte por haberle pedido ayuda: lo que Cayden dijo te asustó, y pensaste que él era una buena opción para acompañarte. Fin de la historia. Si cree que hay algo más es su problema no el tuyo.

—Tienes razón. Por cierto, hablando de cierto presentador… Cay se pasó toda la noche pendiente de ti. ¿Se lo has contado a Jillian?

—Ni de coña.

En cuanto cambiaron el tema de conversación Dianna se sintió mucho más relajada y tranquila. No era que no fuera a seguir dándole vueltas a todo en cuanto se quedara sola, le molestaba demasiado no poder determinar lo que Alden Holmes le despertaba, en realidad le molestaba todo de él, solo que de un modo especial, diferente...

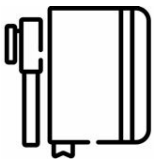
No era ninguna tonta y era consciente de que había muy poca gente que le tensara las cuerdas como lo hacía él. Normalmente era capaz de controlar su temperamento, pero con Alden simplemente estallaba. El sarcasmo y la mala actitud de este no ayudaba, pero por alguna razón en la que Dianna no quería ahondar, todos y cada uno de sus comentarios la alteraban hasta el punto de perder la templanza.

Y lo peor de toda la situación no era únicamente que no pudieran estar juntos en el mismo espacio sin chocar, lo peor de todo era que iba a ser su pareja en un evento en el que habría

cámaras y reporteros, además del detalle añadido de que se encontraría con gente chismosa que especularía sobre su relación.

«Maravilloso, el fin de semana va a ser un éxito», se dijo, después de todo su falso novio no tenía el monopolio de la ironía.

Capítulo 15



Alden se había negado a salir de casa, por lo que después de escuchar a sus amigos protestar por no poder ver el partido en el pub habitual, había terminado por invitarles a cenar en su hogar.

Ese era uno de los raros fines de semana que Aaron tenía libres y ver un partido con los colegas era una maravillosa manera de pasar la tarde. Por no hablar de que el propio Darian, quien se había perdido el cumpleaños de su hermano por estar de guardia, también tenía libre el domingo.

Lograr que un bombero, un médico de urgencias y dos periodistas tuvieran horarios coincidentes era una completa odisea, por lo que cuando los astros se alineaban y sucedía, su cuñada y Willa empujaban a sus parejas para que disfrutaran de sus escasos ratos de chicos.

Durante el tiempo que duró el partido nadie habló de nada que no fuera lo que hacían los jugadores en el terreno de juego. La cerveza corrió y las risas y el buen humor duraron hasta el final, gracias a que el Arsenal dominó desde el minuto uno. Por suerte, o quizás fue el destino, el caso era que todos eran *Gunners* y siempre estaban de acuerdo con los resultados de su equipo. No obstante, cuando el árbitro pitó el final, la boda de Darian y los preparativos para la despedida de soltero centraron la conversación:

—¿Habría algún problema si llevo acompañante a tu boda?

—¿Estás saliendo con alguien?

—En teoría.

—¿Por qué no tenía ni idea? —protestó Aaron—, ¿lo sabe Sophie?

Cayden se limitó a mirarle con fijeza mientras esperaba que lo aclarara.

—No estoy saliendo con nadie realmente, pero es posible que tenga que fingir que lo hago. No sé durante cuánto tiempo se alargará, pero es mejor estar prevenido.

—¿Eso qué significa? —su hermano fue el primero en preguntar.

—Alguien me ha pedido que la acompañe a un evento que puede resultar un poco… complicado, y he de fingir que somos pareja. El tema es que al ser un evento publicó es posible que nuestra *relación* trascienda y que tengamos que alargarlo unos meses.

—Dime que no es lo que creo que es —pidió Cayden, muy serio.

—Joder, sabía que eras un tipo inteligente —comentó Darian entre risas—, y acabo de confirmar que eres un genio. Es imposible que entiendas algo de lo que ha dicho.

—Darian Foster —se burló Cayden—, me alegra que te hayas dado cuenta.

—Estoy de acuerdo —secundó Aaron—, explicaos de una vez.

Alden le hizo un gesto con la mano al presentador estrella para que hiciera los honores, después de todo parecía saber lo que estaba sucediendo.

Cayden le lanzó una mirada fulminante antes de comenzar a hablar:

—Resumiendo: Alden va a acompañar a Dianna a Milán para el evento de Tofani y la ha liado para que finjan ser pareja.

—Cincuenta, cincuenta, no está mal. Pero yo no la he liado para nada, fue ella la que me pidió el favor de que la acompañara, y por supuesto, también fue ella la que me sugirió que fingiera que éramos pareja. Lo que pasa es que si quiero llegar al fondo del asunto voy a tener que acudir a más eventos como su acompañante y el modo más fácil y menos sospechoso de hacerlo es si finjo que estamos juntos. No creo que vaya a dar respuesta a todas mis preguntas en un mísero fin de semana.

—A ver si lo entiendo —pidió Darian—, le has hecho creer a una chica que le estás haciendo un favor cuando en realidad es ella la que te lo está haciendo a ti, abriéndote la puerta para que te acerques a los tipos a los que estás investigando, ¿voy bien?

—Ha sonado retorcido, pero sí. Esa es la idea.

—Cuando Cayden dice Dianna no está hablando de la compañera de trabajo de mi mujer, ¿verdad? Estoy seguro de que no es esa Dianna —la última parte de la oración sonó como una amenaza.

—Eso, Alden, dile a tu hermano a qué Dianna me refería. ¿Cuántas conoces? Por cierto — hizo un gesto como si estuviera contándolas con los dedos.

—Muy gracioso, Archer.

—Ahora te diriges a mí por el apellido. ¿Debería preocuparme? —le pinchó, sabedor del carácter de su amigo.

—¡Alden! —pidió Aaron.

—Es esa Dianna, pero las cosas no son tan dramáticas como las habéis pintado. Ella iba a ir a ese evento tanto si yo la acompañaba como si no. Conmigo a su lado evitará verse envuelta en asuntos turbios.

—¿A qué te refieres? —inquirió Cayden con interés.

—Tú mismo lo dejaste caer en la fiesta y comparto tus sospechas de que están reclutando gente en ese tipo de eventos. Desde chicas que se prestan a hacer cualquier cosa para ganar notoriedad e influencias, hasta representantes de… ya sabéis, sus productos.

—De acuerdo —Darian trató de calmar los ánimos—, es evidente que estará más segura si la acompañas, pero ¿no hubiese sido más fácil pedirle que te ayudara?

—Ella no es como las demás mujeres. Puede que hubiera accedido a hacerlo, pero me lo habría hecho sudar. No tengo tiempo para que me lo pongan difícil. Además, no me dejó hacer ningún movimiento al respecto, me abordó allí mismo, en la fiesta.

—¿Difícil? —repitió Darian.

—Ya te he dicho que ella es diferente. No acepta nada sin protestar o dejar claro su punto de vista.

—No entiendo cómo puedes ser tan imbécil con ella si te gusta —se quejó Darian.

—¿Quién ha dicho que me gusta? —protestó con rapidez.

—Lo que tú digas, colega. Que creas que es diferente a todas las demás mujeres que conoces y que pongas cara de tonto mientras hablas de ella no significa nada. Claro que no.

—No he… ¿he puesto cara de tonto?

Los tres hombres asintieron al mismo tiempo. Cada uno con una expresión diferente en el rostro: Darian de satisfacción por ser el primero en notarlo, Aaron de confusión porque lo que menos había esperado era que Sophie tuviera razón y que Dianna Doyle y su hermano fueran perfectos el uno para el otro, y Cayden de diversión y anticipación. Era el que mejor conocía a la protagonista y estaba seguro de que se lo iba a hacer pasar mal a su amigo. No dudaba de que tuviera posibilidades con ella, después de todo el odio exacerbado que ambos se profesaban desde el primer encuentro era, cuanto menos, sospechoso; lo que realmente lo tenía extasiado era anticipar lo que Alden iba a tener que cambiar para que ella estuviera dispuesta a darle la hora.

—Es una mujer interesante —reconoció—, pero no me gusta del modo en que pensáis.

Se encogió de hombros al no saber qué más decir al respecto.

—Bueno, si te deja sin palabras es perfecta para esta familia —zanjó Aaron levantando su lata de cerveza y chocándola con las de sus amigos.

—Por Dianna, una mujer que no tiene miedo a plantarle cara a mi querido hermano.

Los tres chocaron sus latas con enormes sonrisas de satisfacción.

—Sois tronchantes —se quejó al tiempo que les fulminaba con la mirada.

Capítulo 16



El lunes comenzó siendo raro para Ewan y no hizo más que seguir en escalada hasta llegar a la categoría de surrealista.

Se despertó para comprobar que se había quedado sin comida para su gato, cuando eso nunca le había sucedido antes, por lo que se vio obligado a bajar a toda prisa a la tienda veinticuatro horas de la esquina para comprarla, y para más rarezas, lo hizo en pijama, chaquetón de nieve y zapatillas de deporte. Después de eso, su horario se desestabilizó y tuvo que correr para llegar a tiempo al trabajo.

Una vez allí, cuando entró en el edificio de la cadena, coincidió en el ascensor con trabajadores del departamento de noticias y donde antes encontró una educada indiferencia, esa mañana no fueron más que amistosos y corteses con él.

Sin embargo, las rarezas no se detuvieron ahí y Lola, la misma que días antes le había gritado acusándole de querer robarle el puesto de presentadora del tiempo, fue toda sonrisas y buen rollo, cuando se cruzaron en los pasillos de su departamento. Aturdido por su comportamiento se limitó a sonreírle confundido y a esconderse en su despacho buscando un poco de tiempo para ordenar sus ideas.

Ya estaba comenzando a temer que se hubiera caído en alguna dimensión paralela cuando una llamada de Dianna le dio las claves sobre el cambio de sus compañeros.

Acababa de servirse un café cuando su móvil sonó sobre su escritorio, donde lo había dejado

para ir a por la bebida.

—Buenos días, Di —saludó alegremente al ver quién llamaba.

—¿Tienes algo que contarme? —inquirió su prima sin siquiera devolverle el saludo.

—¿Desde ayer? No.

Había desayunado con ella, como siempre, y después de eso habían ido juntos a casa de sus padres para comer. Por supuesto, su tío Charles, el padre de Dianna, también había sido invitado, por lo que habían pasado el día en familia sin grandes acontecimientos que requirieran mención.

—¿Seguro? —insistió esta, muy seria.

Suspiró desanimado, ¿qué le pasaba a la gente con él esa mañana? Se preguntó, desconcertado.

—Sí, seguro.

—¿Eso significa que no has revisado tus redes sociales hoy?

—No he tenido tiempo, ¿por qué?, ¿me han bloqueado la cuenta o algo? ¡Espera! ¿me la han pirateado?

—No. ¿Te has dormido?

—No, ayer no me di cuenta de que se me había acabado la comida para Newt, por lo que esta mañana me he tenido que poner el abrigo más grande que he encontrado encima y bajar a la tienda veinticuatro horas para comprarle algo que comer. Después de eso he ido con retraso para todo. Ni siquiera he podido tomarme un café —se quejó—, dándole un sorbo al contenido de su taza.

—Lo del abrigo más grande me ha dejado confundida.

— He bajado en pijama.

— De acuerdo.

—No te rías de mí y responde a mi pregunta, ¿qué le pasa a mi cuenta?

—Voy a dejar que lo veas tú mismo y que disfrutes del momento, pero que sepas que para mí es una declaración de intenciones. Te quiero, te llamo después.

—¿Declaración de qué? ¿Dianna?

Su prima colgó sin aclarar sus palabras, de modo que no le quedó más remedio que beber de un solo trago lo que quedaba de su café y abrir su única red social, o al menos, la única que mantenía activa.

Tal y como esperaba, tenía un montón de notificaciones sin leer, no obstante, la que llamó su atención fue una que le anunciaba que había sido etiquetado en una fotografía que Cayden Archer había subido la noche anterior.

Nervioso y con el estómago lleno de mariposas pulsó en la notificación esperando a que le abriera la imagen. Al verla se quedó por un momento sin respiración.

La fotografía era un selfi que se habían tomado Sophie, Cayden y él mismo, pero lo que le llamó la atención fueron los tres corazones rojos que había puesto como *caption* de esta.

Se deleitó con la imagen. Él mismo estaba en el medio de ambos y su sonrisa era brillante, no porque quisiera verse bien en la foto, sino porque tenía a Cayden pegado a su costado con un brazo rodeando su cintura y su cara pegada a la suya. Habían estado tan cerca que había olido el aroma de su perfume y lo rasposa que era su mejilla cuando comenzaba a salirle el vello de la barba.

—¡Madre mía! —musitó complacido y sorprendido al mismo tiempo — . Tengo que imprimir esto.

No era la primera vez que se hacía una fotografía con él. Había estado en varios eventos familiares como invitado de Jillian, sin embargo, sí que era la primera vez que estaba a su lado en una de ellas. Normalmente era simplemente parte del grupo.

El comentario de Dianna sobre que era una declaración de intenciones le hizo sonreír, aunque no estuviera de acuerdo con ello. Habría barajado esa posibilidad si en la imagen hubiesen estado los dos solos, pero no era el caso. Sophie rompía cualquier matiz romántico que la fotografía pudiera dar. Igualmente, estaba encantado con ella.

Sea como sea, desde fuera se veía como tres buenos amigos pasándolo bien en una fiesta, aunque uno de ellos estuviera enamorado del otro en silencio.

De repente, su mente se aclaró y comprendió que la fotografía era la culpable de su creciente

e inesperada popularidad. Era íntimo del jefe. Había subido de categoría a los ojos de sus compañeros de trabajo.

Dos días más tarde las cosas deberían de haber vuelto a la normalidad, no hubo más fotografías y ni siquiera se encontró con Cayden en el trabajo, pero cuando el miércoles llamaron a la puerta de su pequeño despacho y esta se abrió, se encontró mirando a un guapísimo Cayden en vaqueros y con un jersey azul que resaltaba el color de sus ojos. Había estado tan enfrascado mirándole que no se dio cuenta de que sostenía dos vasos para llevar de algo que prometía ser café o té hasta que los alzó para mostrárselos.

—¿Estás libre?, ¿te apetece compartir un té conmigo?

«Té pues», pensó Ewan.

—Suena genial. Pasa y siéntate, por favor.

—Gracias.

Cayden paseó la mirada por su despacho. Era pequeño, pero estaba ordenado. Ewan se alegró de su obsesión por la organización.

Cayden le ofreció el vaso:

—No estaba seguro de cómo lo querías, pero me he guiado por el hecho de que te gusta el café dulce —comentó.

Ewan le dio un sorbo a la bebida y sonrió.

—Es perfecto. Gracias.

—De nada. Me gusta tu espacio. —se quedó en silencio mirando la fotografía de Newt que tenía sobre el escritorio—. ¿Tienes un gato?

—Sí —dijo Ewan tomando el marco con la foto y pasándoselo a Cayden para que lo viera mejor—. Newton, Newt para los amigos.

Cayden se rio.

—Supongo que no me había dado cuenta de que eres un friki de la ciencia —bromeó.

—No lo soy. Soy un friki de Harry Potter.

—¿Perdón?

—¿Animales fantásticos?

—Pero eres matemático y físico —rio el presentador.

—Lo sé, pero soy más friki que científico.

—Me gusta —confesó sonriendo—, eres una de las pocas personas que me sorprenden.

Ewan se sonrojó, pero quiso aclarar el punto, por las dudas.

—¿Para bien?

—Por supuesto. Como digo, me gusta el nombre de tu gato y tu espacio de trabajo.

Ewan se quedó con ganas de que añadiera algo más, pero no podía quejarse mucho, era un buen principio.

—Newt es mi compañero de piso ideal: es limpio, silencioso y una agradable compañía y el despacho —se encogió de hombros, restándole importancia a lo que fuera a decir—. Es pequeño, pero es mío. Al menos no tengo que compartirlo con nadie —su sonrisa fue un poco avergonzada, por culpa de la intensidad con la que Cayden le estaba mirando.

—¿Lola sigue molestándote? —la pregunta despertó una incógnita en la que no había pensado hasta ese momento. ¿Había subido la fotografía para descargar la presión de la presentadora sobre él?

Después de todo, Cayden era el único que sabía lo que había sucedido entre ellos. Igualmente, era consciente del valor que tenía y tendría que haber adivinado que su protección decantaría la balanza a su favor.

—No, gracias.

Él sonrió antes de preguntarle:

—¿Por qué?

—La fotografía que subiste. Ya sabes… ayudó.

—Me alegro.

Ahí estaba la confirmación de que lo había hecho consciente de que su protección sería valorada en la cadena.

Inesperadamente, que ese fuera el motivo por el que subió la imagen le puso triste. Estaba agradecido, cierto, pero también dolido, por muy ridículo que pudiera parecer desde fuera.

—¿Por eso estás aquí? ¿Para protegerme?

—No. Estoy aquí porque me gusta pasar tiempo contigo.

Su respuesta, contundente y sincera, calmó un poco la decepción de Ewan. Por suerte, Cayden sabía cómo aligerar cualquier situación, por lo que recondujo la conversación y cuando se despidieron, en el corazón de Ewan ya no quedaba ningún peso que lo atenazara.

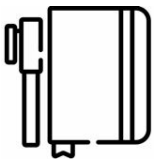
A la visita para el té de la mañana le siguió una invitación para comer juntos el jueves, en el comedor de la cadena, a la vista de todos, y otra para cenar el viernes.

Ewan estaba emocionado y decidido a conquistar a su amor de juventud, después de todo el hecho de que se hubiera preocupado por el implicaba que le importaba, o eso era lo que Dianna había tratado de meterle en la cabeza.

Como fuera no iba a rendirse hasta cautivarlo o, en su defecto, se dejaría conquistar por él. Nunca había sido quisquilloso en esos temas y no iba a comenzar a serlo en ese momento.

No hubo más selfis, pero su popularidad siguió creciendo en la cadena al mismo ritmo que sus seguidores en la cuenta de la camarita.

Capítulo 17



La semana pasó sin incidentes, aunque Dianna no podía quitarse de la cabeza que el viernes tomaría un vuelo con Alden y que tendría que pasarse el fin de semana fingiendo que eran pareja. Aunque lo peor de toda la situación era saber que había sido ella misma la que lo había sugerido.

Por otro lado, Ewan estaba sinceramente preocupado, e incluso su padre le había pedido que tuviera cuidado. Al parecer estaba al tanto de los riesgos después de contactar con algunos colegas que estaban investigando el asunto. El domingo habían comido todos en casa de su tía Tara y su tío Will, y los temas de la sobremesa habían ido variando hasta llegar a su viaje con Tofani.

El que todos estuvieran tan agitados, solo la llevó a preocuparse por algo en lo que originalmente ni siquiera había pensado. De no haber sido por Cayden no estaría al tanto de los chismes sobre la casa de modas. Tampoco era que tuviera una opinión al respecto, ni creía en los rumores ni dejaba de hacerlo, sin embargo, la insistencia de su entorno con que tuviera cuidado estaba comenzando a inclinar la balanza. De cualquier manera, sentía demasiada curiosidad por lo fuera que estuviera sucediendo como para dejarlo pasar.

El único punto de tranquilidad se lo otorgaba saber que tendría a Alden a su lado, puede que no fuera santo de su devoción, pero estaba segura de que se ocuparía de que estuviera a salvo.

De hecho, Alden había sido completamente fiel a su palabra y el miércoles le escribió para

saber los datos del vuelo, e incluso, ofrecerse a recogerla para ir juntos al aeropuerto.

El que la hubiese llamado directamente en lugar de recurrir a los mensajes y lo cómodo que le resultaba que alguien la llevara directamente al aeropuerto la empujó a decir que sí, por lo que el viernes a mediodía se encontró con Alden a las puertas de la oficina, donde se subió a su coche, un Mercedes Clase S de color gris plateado, decidida a asumir su responsabilidad en el hecho de que era culpa suya el que fuera pasar el fin de semana con él. Lo menos que podía hacer al respecto era lograr que se divirtiera.

Con lo que no había contado fue con descubrir que ambos tenían el mismo gusto musical porque cuando entró en el vehículo, *Tangerine* de Led Zeppelin, uno de sus grupos favoritos, sonaba de fondo. Los había descubierto gracias a su padre, lo que le llevó a preguntarse, ¿cómo los había conocido él?

—Me he dado cuenta antes en tu coche de que apenas nos conocemos. No estoy muy segura de que la gente crea que estamos juntos —comentó Dianna, preocupada.

Era una periodista honrada, que la pillaran con una mentira no iba a ser bueno para su carrera y por consiguiente tampoco para la de él.

—Podríamos aprovechar el vuelo para conocernos mejor —apuntó Alden, sorprendiéndola con su propuesta—. Si vamos a fingir ser pareja hagámoslo bien, tenemos casi dos horas para compartir secretos. Aunque creo que lo primero que deberíamos hacer es subir una fotografía de los dos juntos a tus redes sociales.

—Supongo que tienes razón. Si de verdad fueras mi novio habría subido algo contigo a mis redes. En realidad más de una.

Alden sonrió, encantado con que ni siquiera hubiese protestado, iba a ser fácil acostumbrarse a ello. La vio sacar su móvil del bolso, desbloquearlo y acercarse a él para hacerse un selfi. No se mostró tímida ni avergonzada, pegó su costado al suyo y sonrió a la cámara.

—¡Listo! —decidió tras hacer por lo menos cincuenta ráfagas de fotografías.

—¿De veras? ¿No crees que deberíamos hacer una más a ver si sale mejor?

En lugar de molestarse por el comentario, se rio, como si ya se hubiese acostumbrado a su carácter.

—¿Estás seguro de que vas a ser capaz de hacerle creer al mundo que te gusto?

Alden se encogió de hombros.

—Soy muy buen actor. Sube la fotografía y empecemos con la parte teórica. Cuando lleguemos al hotel y nos hayamos cambiado haremos más, así parecerá que es diferentes días.

Dianna sonrió y se dispuso a pasar los selfis que había hecho y que, para Alden, era todos iguales. Tras consultarlo con él, finalmente se decidió por una y la subió con la criptica frase «de viaje» y un corazón rojo lo bastante sugestivo como para que sus seguidores especularan sobre el significado. Alden notó que lo había etiquetado a él y a la propia marca.

Sacó su propio teléfono para seguirla, no tenía sentido que fueran pareja y que no se siguieran.

— Ya te sigo — anunció.

— Te he ganado en eso. Te di *follow* ayer — dijo con una sonrisa victoriosa que hizo que Alden se pusiera nervioso.

—De acuerdo, sigamos, primer punto hecho. Siguiente, ¿color favorito?

Dianna arrugó el ceño.

—¡Qué poco original!

—Empecemos por lo básico y vayamos subiendo la dificultad. Una pregunta cada uno — ofreció.

—De acuerdo. Naranja.

—¿De verdad?

—Sí, ¿algún problema?

—Ninguno, ha sido una sorpresa eso es todo. Esperaba algo típico como azul, rosa…

—¿Rosa?

—¡Oye! A las mujeres les gusta el rosa.

—Dios mío, qué sexista eres. —Fingió respirar profundamente para calmarse antes de

lanzarle su propia pregunta—, ¿qué hay de ti?, ¿cuál es el tuyo?

—Y te quejabas de que yo era poco original —respondió antes de que ella pudiera añadir ningún comentario—: negro. Soy un tipo promedio.

Dianna no pudo evitar pensar mal y reírse. Debió de haber sido bastante obvia porque Alden la pilló al instante.

—No tan promedio —protestó—, y no en todas las áreas, en algunas me salgo por mucho, y por supuesto, principalmente en la que estás pensando ahora mismo.

—Evidentemente —amagó una carcajada—, lo siento. Te toca.

—¿Dónde vives?

—En *Fitzrovia*, ¿y tú?

—¡Interesante*!* Yo en *Richmond*, como mis padres y mi hermano.

—Me gusta tu zona, pero es demasiado burguesa para mí.

Alden pareció incómodo por el comentario, pero lo ocultó con rapidez lanzándole una nueva pregunta.

—De acuerdo, tengo una buena: cuéntame algo que disfrutes y que te dé vergüenza que se sepa, te aviso que no estoy pidiendo *kinks*.

—Muy gracioso.

—Lo soy, pero no trates de escaquearte —advirtió con una sonrisa traviesa. Era evidente que estaba esperando recibir algún detalle sórdido.

Dianna suspiró resignada.

—Está bien. Soy una *shipper muy*… participativa

—¿Ya está? ¿Sin detalles?

—Se dice el pecado, pero no el pecador.

—¡Vamos! Dame algo más. Sé que son famosos porque de eso trata ser *shipper*, ¿pero son una pareja heterosexual?

—No.

—¿Dos mujeres?

—No.

—Hombres entonces. Vaya, esta sí que es información privilegiada. Voy a tener que investigar para llegar al fondo y descubrir de quienes se trata.

—Mejor, déjalo.

—¿Son cantantes?, ¿actores?

—Lo siento, pero me toca a mí y como has pasado de preguntas fáciles a ir a por todas… voy a preguntarte por relaciones. Desde exnovias hasta ligues interesantes. ¿Has estado con alguna famosa?

Alden se rio por lo emocionada que parecía por conocer su respuesta.

—Eso es ser directa, yo al menos he dejado los *kinks* para otro momento.

—No desvíes la atención y responde. Después de todo, el juego ha sido idea tuya.

—Muy bien. No he salido con ninguna mujer famosa, además de ti —comentó con una sonrisa socarrona.

—¿En serio?

—Lo prometo.

Ella aceptó su palabra.

—Y tampoco soy un tipo de novias, y antes de que digas que soy un canalla que no busca nada serio reconoceré que tienes razón, sin embargo, no lo oculto y las mujeres con las que salgo están al tanto desde el minuto uno de que no hay nada a largo plazo entre nosotros.

—Entonces ¿por qué Sophie está tan empeñada en presentarte posibles candidatas a esposa? — se burló.

—Mi querida cuñada es una entusiasta del matrimonio y tiende a creer que si estuviera en pareja sería más feliz —comentó dejando claro que no estaba de acuerdo con la apreciación de Sophie—. Y tú, ¿también crees que estar en pareja trae la felicidad suprema?

Por alguna razón que no lograba comprender, se dio cuenta de que estaba realmente interesado en escuchar su respuesta.

—No creo que la felicidad deba depender de nadie más que de uno mismo, pero si me

preguntas si creo que en las relaciones monógamas, comprometidas y duraderas, la respuesta es sí. —Su expresión mostró que no le importaba que no estuviera de acuerdo con ella.

—¿Y ya has encontrado a alguien que pueda protagonizar tu cuento de hadas?

—No, no lo he hecho. Tal vez soy demasiado exigente.

—¿Por qué lo dices? —la curiosidad era evidente en su voz.

—Quizás sea rara, pero me siento atraída por algo más que músculos marcados o una cara bonita —Alden se dio cuenta de que había encontrado a una digna oponente. Dianna estaba tan llena de sarcasmo como él.

—Entonces, ¿qué buscas?

—Quiero un hombre que sea inteligente, culto, educado y empático —se rio de sus propios requisitos—, sí, lo sé. Parece que estoy pidiendo un unicornio.

—Para nada. Si buscara una pareja, seguramente querría que cumpliera esos mismos requerimientos.

—Tenemos algo en común. Estoy devastada —bromeó, llevándose la mano al corazón.

—Y volvemos a coincidir. ¡Qué fastidio! —le siguió la broma él—. Ahora que sabemos que somos casi almas gemelas, cuéntame ¿a quiénes *shippeas*?

Dianna se rio de buena gana, pero no le dio ni una sola pista al respecto.

—No te lo voy a decir, no somos tan íntimos —bromeó—, lo que me recuerda… todavía me pregunto por qué aceptaste ayudarme con tanta facilidad.

Alden la miró muy serio y por un instante, Dianna pensó que iba a decir algo trascendente, sin embargo, su expresión cambió con rapidez y su respuesta fue cien por cien el hombre que había conocido las últimas semanas:

—Soy un tipo que cumple su palabra.

Y Dianna no pudo objetar nada porque evidentemente, lo era.

Capítulo 18



Como era de esperar, aunque Dianna estaba segura de que ninguno de los dos lo había pensado siquiera, les tocó compartir una habitación y aunque en ocasiones la habitaciones dobles tenían camas individuales, la que les habían adjudicado a ellos tenía solo una cama.

De repente, se encontró preocupada por la reacción de Alden. El lecho era enorme, por lo que si decidían compartirlo ni siquiera se rozarían, no obstante, no quería que él pensara que era una encerrona de su parte y menos cuando, hasta el momento, las cosas entre ellos habían ido bien, en realidad, mucho mejor que bien, habían ido perfectas. Nadie que se hubiese cruzado con ellos habría dudado de que su relación era real.

No estaba segura si el cambio se debía a que Alden pretendía cumplir con su papel o a que habían llegado a una especie de entendimiento tácito entre ellos, por lo que el temor a que pensara que estaba tratando de aprovecharse de la situación la tenía más nerviosa de lo que estaba dispuesta a admitir.

Decidida a afrontar en tema, ya que era inevitable que Alden no se diera cuenta de que había solo una cama, más cuando encima de esta habían dejado una serie de regalos de bienvenida por parte de la marca e incluso una cesta de fruta fresca y bombones, por parte del hotel, tomó la iniciativa de la conversación:

—Lo siento, ni siquiera lo pensé —dijo señalando el lecho.

—Era de esperar que nos pusieran en una habitación doble con una sola cama, se supone que

soy tu novio y acompañante —se encogió de hombros—. La habitación es enorme, estoy seguro de que nos apañaremos bien.

La habitación no la cama, se dijo Dianna. Si se negaba a compartirla y le tocaba a alguno de los dos dormir en el sofá de dos plazas o incluso en el suelo, sabía que iba a ser la nominada y expulsada. Después de todo, él estaba allí por hacerle un favor, no podía pedirle también que se sacrificara pasando mala noche para que ella descansara bien.

Sin mencionar de nuevo el tema, quizás sería más fácil de afrontar después de la cena, con el estómago lleno y el suficiente alcohol como para quitarle importancia al asunto; ambos se dedicaron a revisar el espacio, y mientras que Dianna se dirigió al baño, Alden abrió los armarios y se detuvo en la mesita del café, bien surtido también con infusiones para todos los gustos.

Si la habitación ya era preciosa, decorada en tonos tierra, con suelos de madera, grandes cortinajes, alfombras y muebles caros, el cuarto de baño era impresionante y no solo por su tamaño. Contaba con una ducha espectacular con un cuadro de control en la pared para regular los chorros de agua y un yacusi para dos, justo en frente de esta. Sin duda era el hotel perfecto para auténticas escapadas románticas. También contaba con dos lavabos, grandes espejos y paneles para controlar la luz que podía regularse como luminosa y clara, perfecta para maquillarse, y dorada y tenue, ideal para disfrutarla mientras uno se relajaba en el yacusi.

—¿Qué hay previsto para hoy? —preguntó Alden entrando también al cuarto de baño.

—Nada hasta la hora de la cena.

—Este sitio es increíble —comentó, observando cada detalle cuidado al milímetro—. ¿Te apetece dar un paseo por los alrededores del hotel o estás cansada? Si lo estás podemos aprovechar para seguir con nuestro juego. Todavía no he conseguido que me cuentes a quienes *shippeas* y desde ya te aviso que puedo ser un poco obsesivo cuando quiero saber algo.

Dianna rio. Cada minuto que pasaba se sentía más cómoda a su lado, lo que volvía la situación muy peligrosa. No estaba segura de cuánto tiempo iba a durar la tregua.

—En ese caso el paseo es perfecto para evitar que me sometas a un tercer grado, pero debe ser corto porque tenemos que arreglarnos para la cena y no voy vestida como para hacer turismo —

señaló sus mallas, zapatillas y sudadera.

—Sé que eres una *fashion victim* —se rio Alden—, pero yo no voy mejor que tú.

Sus vaqueros desgastados, zapatillas y sudadera, le daban el mismo aspecto desenfadado que Dianna.

—En ese caso, aprovechemos el tiempo y demos una vuelta rápida que estoy deseando probar todas las aplicaciones de la ducha —bromeó—. Por cierto, ¿has preparado lo que te dije para la fiesta de mañana?

Alden la miró con una sonrisa peligrosa.

—Por supuesto. No tienes que preocuparte porque te deje mal y si crees que una salida va a evitar que siga tratando de convencerte para que me cuentes tus secretos más oscuros es que no me conoces bien.

—En realidad no lo hago, ¿recuerdas? —apuntó con una sonrisa burlona al tiempo que regresaba al dormitorio.

—Tranquila, vas a poder hacerlo en los próximos dos días. Cuando nos separemos en Londres serás una experta en Alden Holmes.

—¿Por qué me amenazas? Yo no te he hecho nada —siguió jugando.

Alden decidió tomarse a buenas la broma y le ofreció una sonrisa que prometía una venganza lenta y satisfactoria, al menos para él.

Unos minutos después paseaban por la *via Montenapoleone* como dos turistas más.

—¿Has escuchado hablar de la teoría de los seis grados de separación? —preguntó Dianna mientras paseaban.

—¿Te refieres a la teoría según la cual cualquier persona puede estar conectada a cualquier otra del planeta a través de una cadena de conocidos que no tiene más que cinco intermediarios, conectando a ambas personas con solo seis enlaces?

—Veo que la conoces muy bien.

—Supongo, ¿por qué preguntas?

—Porque nosotros, novio mío, somos los claros exponentes de que la teoría funciona.

Alden se detuvo de su paseo a la espera de que ella siguiera con la explicación.

—Veamos, tenemos a Sophie y a Cayden, e incluso a mi padre, estamos unidos a través de ellos, de hecho, fue Sophie la que nos presentó, pero podría haber sido cualquiera de los tres.

—Supongo que tienes un punto, amor mío —dijo en el mismo tono que ella—. Pero eso no responde a la pregunta de por qué lo comentas.

—Bueno, estaba pensando… de casualidad ¿no conocerás a Harry Styles y me lo puedes presentar?

—Dime que tu faceta de *shipper* no tiene que ver con él, por favor.

—No tengo la menor idea de lo que estás hablando —zanjó, echando a andar de nuevo.

—¿Y si te digo que le conozco? —se rio, siguiéndola.

—Preséntamelo y puede que te lo cuente.

Cuando regresaron al hotel para arreglarse para la cena, Alden la sorprendió pidiéndole que le dejara ducharse primero, de ese modo podía vestirse rápidamente y bajar al vestíbulo y relacionarse con el resto de los invitados. No mencionó que bajar antes le vendría bien para avanzar en su propia investigación, sino que le dijo que si él no estaba en la habitación ella podía alistarse más cómodamente puesto que tendría el espacio para ella sola.

Y lo peor o mejor, según se mirara, fue que no dejó de sorprenderla durante el resto de la noche. Se mostró atentísimo cuando los coches fueron a recogerles para llevarlos a cenar al *Premiata Trattoria Arlati*, un restaurante plagado de historia con una estética en consonancia con su edad, con sillas victorianas, paneles de terciopelo granate en las paredes y una carta maravillosa basada en la comida milanesa; y continuó haciéndolo cuando llegó la hora de sentarse y los organizadores decidieron que su mejor opción era sentar juntas a Bianca Amato y a Dianna Doyle. Dianna no supo si fue su expresión de disgusto o que él mismo quisiera estar cerca de la italiana, ya que en la fiesta de la marca de ginebra en la que coincidieron dijo que era una persona interesante. Fuera como fuese, sutilmente cambió sus asientos y ocupó el que inicialmente le había correspondido a ella.

Y si durante unos minutos pensó mal de él y creyó que quizás la modelo lo había fascinado hasta el punto de querer sentarse a su lado, quince minutos más tarde estaba segura de que ese no era el caso. Por mucho que la mujer había intentado entablar conversación con él, como hacía siempre que la periodista iba acompañada a algún evento, Alden se limitó a responderle con monosílabos y a evitar su conversación, entablando la suya propia con una simpática pareja de *influencers* franceses con los que había estado hablando cuando ella bajó al *hall* una vez estuvo lista.

Mientras que habían estado hablando entre ellos en inglés, la chica, con quien Dianna ya había tenido trato en otros eventos, se dirigió a ella en francés, de modo que esta le respondió en el mismo idioma.

Alden pareció sorprendido de que lo hablara, no obstante, como el novio que pretendía ser no hizo alusión al tema para no volar su tapadera.

Durante el resto de la noche le llenó la copa cada vez que esta se vaciaba y Dianna se encontró a sí misma bromeando con él en sincera camaradería.

—Sabes que aunque trates de emborracharme no voy a decirte quienes son —bromeó.

—¡Lástima! Estaba seguro de que mi diabólico plan iba a tener éxito.

No pudo responder porque Bianca posó su mano con manicura perfecta sobre el brazo de Alden para atraer su atención.

El gesto la molestó sobremanera, y aunque trató de convencerse de que lo hacía por lo mucho que detestaba a la mujer, una parte de ella era consciente de que su malhumor se parecía peligrosamente a los celos. Un sentimiento absurdo siempre y que tenía mucho menos sentido dirigido a alguien como Alden, el tipo que fingía ser su pareja, pero con el que hasta esa noche, nunca había logrado cruzar más de tres frases sin terminar discutiendo.

Por suerte su falso novio terminó rápido con su conversación volviendo a centrar su interés en ella.

—Me alegra que Bianca te caiga tan mal como a mí —susurró acercándose a él mientras los camareros les retiraban los platos—. Odio que se interese siempre por mis amigos. Está

obsesionada con Ewan y ahora te persigue a ti.

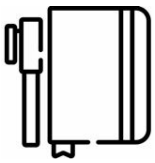
—No me cae mal. He sido distante con ella porque he notado tu desagrado cuando has visto los carteles con el nombre —explicó en el mismo tono—. Soy tu novio, ¿recuerdas? Es mi deber odiar a quien tu odias. Es pura solidaridad.

—Algún día serás un novio estupendo para alguien —comentó Dianna con sinceridad.

—Gracias, novia.

—De nada, amor.

Capítulo 19



El día de la ¿cita? De Ewan y Cayden, en lugar de quedar en un restaurante, el presentador había insistido en pasar a buscarlo dado que él conducía y Ewan no. El gesto, aunque considerado, no aclaró las dudas del meteorólogo: ¿se trataba de una cita o era una simple cena entre amigos? Había más en una cita que el que pasaran a recogerte, por lo que no supo discernir si lo era o no.

Su primera reacción había sido llamar a Dianna y pedirle opinión, pero una vez que tuvo el teléfono en sus manos recordó que esta estaba de viaje en Milán con Alden, por lo que lo dejó pasar no queriendo molestar.

Era un hombre adulto, podía resolver el tema por sí mismo, se dijo, aunque cuando llegó la hora de bajar al portal y esperar a que Cayden le recogiera siguiera sin haber resuelto su inquietud. Después de todo, uno no se comportaba igual cuando estaba en una cita o cuando salía a cenar con un amigo.

Como fuera al salir a la calle se sorprendió de que Cayden ya estuviera esperándole. Respirando hondo se acercó al coche parado en doble fila y abrió la puerta del copiloto para entrar y tomar asiento a su lado.

—Hola, siento llegar tarde —se excusó.

—No lo has hecho. He llegado antes de la hora acordada.

—De acuerdo —sonrió Ewan.

—Veo que te has abrigado como te pedí.

—Así es. No me digas que vamos a hacer un picnic en Hyde Park.

Cayden se rio de buena gana al tiempo que negaba con la cabeza y ponía el coche en marcha.

—¿De noche? ¿Estás loco? Eso lo dejo para el mediodía. He hecho una reserva en el *Sushisamba*. Está en Heron Tower. Sé que cenar en una terraza es arriesgado sobre todo viviendo en Londres, pero te aseguro que la vista y la comida merecen la pena.

Ewan tardó unos segundos en responder, lo que alertó a Cayden, quien apartó la mirada de la carretera unos segundos para asegurarse de que todo iba bien.

—¿Has hablado con Jillian recientemente? —preguntó Ewan, finalmente.

—Sí, ¿por?

—¿Te ha dicho algo de mí?

Cayden le miró con extrañeza.

—¿Cómo qué?

—Prefiero no decirlo hasta saber si te ha dicho algo.

Confundido e intrigado por las preguntas sonrió.

—Que yo recuerde no ha dicho nada que tenga que ver contigo más allá de os ha contado a ti y a Dianna que regresa a Londres.

—Bien.

—¿Por qué pareces tan aliviado?

—Porque lo estoy.

—De acuerdo. Guarda tus secretos mientras puedas, pero soy periodista, encontrar las respuestas es mi oficio y vocación.

—Creía que lo tuyo era presentar.

—*Touché.*

Todavía no había probado la comida, pero Cayden ya había tenido razón con su comentario sobre que las vistas merecían la pena el frío, sin embargo, el asunto del frío no era un problema.

Las estufas de exteriores estaban por todas partes y a pesar de estar al aire libre, el calor que desprendían llegaba hasta los comensales.

—Este lugar es precioso.

—Me alegra que te guste. ¿Qué vas a pedir? —pregunto mirando la carta.

El restaurante fusionaba la gastronomía japonesa, peruana y brasileña, por lo que se podía disfrutar desde la tempura, el sushi y el ceviche hasta el moqueca[1].

—¿Qué me aconsejas?

—¿Estás en contra de compartir platos?

—No.

—En ese caso, pidamos un poco de todo.

Ewan sonrió, ¿compartir platos? Definitivamente tenía toda la pinta de ser una cita. No obstante, todavía estaba por ver cómo seguía la noche.

—Perfecto —concedió, encantado.

La comida resultó ser tan buena como Cayden había dicho, la conversación fluía perfecta, envolviéndolos en un ambiente de coqueteó sutil y emocionante, que tenía a Ewan gritando por dentro. Sin embargo, la noche se fue a pique cuando una sombra se cernió sobre ellos, apagando el buen humor reinante.

—Cayden, qué sorpresa verte por aquí —saludó Gary Fisher con una sonrisa tan falsa como la que acostumbraba a esbozar.

—Gary.

—¡Oh! Espera, te conozco —dijo mirando a Ewan—, te llamabas… —se quedó en silencio fingiendo no recordarlo, aunque Ewan estaba seguro de que lo hacía. Después de todo, se habían visto con suficiente frecuencia como para saberlo.

De cualquier manera no iba a sentirse menospreciado por sus tonterías, por lo que sonrió antes de darle un golpe verbal:

—Ewan. Te hacía menos… desmemoriado. Después de todo, hace años que me conoces.

—Sí, lo siento. Ya sabes, el tener un trabajo importante es lo que tiene. Tengo tanta información en mi cabeza que tiendo a olvidar las cosas sin importancia —trató de devolverle el golpe, pero en cambio solo logro que Ewan se riera abiertamente de él.

—Ahora soy yo el olvidadizo, perdona, ¿no eras arquitecto?

El tipo asintió.

—De acuerdo, es que como has mencionado lo del trabajo importante me has hecho dudar.

Fue el momento de Cayden de amagar una risa disimulándola con una tos.

—Y ¿tú eras…?

—Hice una doble titulación de matemáticas y física, varios másteres en climatología y un doctorado en meteorología forense. Ya sabes… nada importante.

A juzgar por lo rojo que estaba, Ewan supo que la rabia le hervía en la venas.

—Bueno, Gary, ha sido agradable verte —le despidió Cayden sin muchas sutilezas — , pero no queremos apartarte de tus amigos.

Notando lo que pretendía su ex, este se enderezó todo lo que pudo y se despidió de ellos, no sin antes hacerles saber que estaba allí en una cita.

El periodista suspiró cuando lo vio sentarse en su propia mesa en la que le esperaba el que supuso era su pareja de la noche.

—Lo siento —se disculpó Ewan—. No tendría que haberle seguido el juego.

—No hay nada por lo que tengas que disculparte. Él en cambio… ha venido decidido a atacarte desde el primer momento. Primero fingiendo que no recordaba tu nombre y después mencionando tu trabajo.

—Sí esa parte…

—Ya sabes lo *snob* que es. Si no sales en la televisión, tu trabajo no es importante. Estoy seguro de que duramos tanto porque yo lo hacía.

—No digas eso. No te menosprecies.

—No lo hago, es la verdad. Gary es superficial y a mí me costó mucho darme cuenta de lo que todo el mundo podía ver sin esfuerzo.

—Supongo que el amor vuelve ciegos hasta a los tipos más listos.

—Es posible. Lamento que te haya arruinado la noche —se excusó.

—No lo ha hecho —aclaró Ewan—, la vista es espectacular, la comida es deliciosa y la compañía maravillosa —sonrió con picardía—. Además, tengo la suerte de estar con uno de los presentadores más queridos del país.

La broma logró su cometido y Cayden se rio de buena gana.

—¿Qué te parece si lo inmortalizamos con una fotografía? —propuso, sorprendiendo a Ewan.

—De acuerdo, pero si el lunes me veo acosado en el trabajo subiré a tu planta a esconderme —se rio.

—En ese caso, hagámoslo ya. Me emociona la idea de que te escondas en mi despacho.

A Ewan le sonó a coqueteo, pero no estaba seguro y no quería hacerse demasiadas ilusiones, por lo que se limitó a sonreír.

Capítulo 20



Aunque la sobremesa en el *Premiata Trattoria Arlati* se alargó, no era excesivamente tarde cuando los coches les dejaron frente a las puertas del hotel. No obstante, al día siguiente les habían preparado una excursión a las fábricas en las que los artesanos creaban los bolsos, el plato fuerte del evento junto con la cena temática, por lo que la mayoría decidió irse a temprano a descansar. Tan solo unos pocos siguieron con la velada desplazándose a los locales de moda de la ciudad.

Ni Alden ni Dianna estaban por la labor de alargarlo mucho más, por lo que decidieron regresar al hotel y descansar para estar frescos para el día siguiente.

El problema de la organización para dormir, que habían dejado pendiente para más tarde, ya no se podía relegar más. Por suerte, fue Alden el que tomó la iniciativa:

—Creo que esta cama es lo bastante grande para que podamos compartirla, pero si te inquieta la idea puedo dormir en el sofá.

—El sofá es de dos plazas. Es demasiado pequeño para ti. Por mí parte no hay problema en compartir la cama. Como has dicho, es lo bastante grande como para que no sea incómodo para ninguno de los dos.

—En ese caso —le hizo un gesto señalando la puerta del baño—, ¿quieres ser la primera esta vez?

—De acuerdo. Gracias.

Sin volver a mirarlo, para que no notara sus mejillas sonrojadas ante el pensamiento de que iban a dormir juntos, sacó sus cosas de aseo, así como el pijama, y se encaminó al baño. La vez anterior había sido él el primero en ducharse y cuando fue el turno de Dianna de entrar, se topó con el aroma de su gel de ducha y de su perfume. Y si bien se le podía echar en cara su carácter huraño, en el tema de los productos de baño no se podía hacer otra cosa más que alabar su excelente gusto.

Cansada, pero todavía activa, se deshizo del vestido que llevaba con cuidado, dado lo delicada que era la tela, se quitó el resto de la ropa y se metió bajo el chorro del agua, regulándola para que le masajeara la tensa espalda.

A pesar de lo mucho que estaba disfrutando del agua caliente trató de no tardar mucho, aunque el gesto supuso un esfuerzo, ya que no era una persona de duchas rápidas. Le gustaba tomarse su tiempo y relajarse. Cuando por fin salió, se secó, se puso sus cremas, se arregló un moño alto y se vistió con uno de sus pijamas favoritos, negro de raso y de estilo masculino.

Consideró por unos minutos dejarse el pelo suelto, pero lo descartó al instante. Primero porque no quería que Alden creyera que estaba tratando de seducirle, y segundo porque no se había lavado el cabello, ya que tenía previsto al día siguiente antes del desayuno, escaparse al gimnasio del hotel para hacer un poco de ejercicio. En casa normalmente iba al gimnasio por la tarde, al salir del trabajo, e incluso a veces a mediodía, no obstante, la jornada se preveía muy ocupada, por lo que su mejor opción era levantarse temprano y cumplir con su rutina.

En cuanto terminó, recogió todo para que el baño estuviera impecable, y mientras era el turno de Alden en el aseo, sacó su portátil, se sentó en la cama con las piernas cruzadas con la intención de ponerse a adelantar trabajo.

Con esa mentalidad conectó la cámara al ordenador para pasar los vídeos que había grabado durante su corta estancia en Milán para editarlos y cumplir con los plazos de la campaña. Así podría ir subiéndolos a sus redes sociales poco a poco.

Aprovechó también la tesitura para subir una nueva fotografía que se había hecho con su supuesto novio durante la cena. Después de todo, si pretendían hacerlo creíble iba a tener que

subir esa tipo de *posts* e historias, de hecho, había sido el propio Alden había sido quien se lo había sugerido.

En cualquier caso, ser su novia estaba siendo más fácil de lo que nunca hubiese imaginado. De algún modo, en las últimas doce horas habían superado sus problemas logrando un frente unido que había sido lo suficientemente fuerte como para que nadie cuestionara su relación, a pesar de que Dianna nunca antes lo había llevado como acompañante a ningún evento.

Consciente de que no tardaría en salir del baño, trató de darse prisa con las descargas y mientras tanto se dedicó a editar un vídeo de la noche en su teléfono móvil. Todavía seguía enfrascada en el trabajo cuando Alden salió del baño ataviado con una camiseta de manga corta blanca y un pantalón de pijama gris.

Era evidente que no eran parejos, por lo que dedujo que se había puesto la camiseta por deferencia a ella.

—Lo siento. Termino en un minuto —se excusó.

—No te preocupes. Si no te importa también me gustaría trabajar un poco —pidió, sacando su propio ordenador y sentándose a su lado en la cama.

—Genial. Así me da tiempo para preparar el material de hoy.

—¿Tienes que subirlo cada día? —parecía genuinamente interesado.

—No, intento subirlo cuando ya no estoy en el sitio en sí. He tenido algún susto sin importancia, pero sí que he de subir material todos los días, ya que de ese modo no se me acumulan demasiado las campañas. Además, muchas marcas quieren ser ellas las que suban los vídeos, por lo que también he de compartirlos.

»Y por supuesto, además, de las campañas también tengo artículos que escribir para el magacín y una entrevista que transcribir.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Por qué moda? ¿Por qué no otro tipo de periodismo? —alzó las manos para frenar cualquier ataque por su parte—, no te estoy criticando, que quede claro, es solo curiosidad.

Dianna asintió, pero tardó unos segundos en responder, como si estuviera tratando de ordenar sus ideas.

—No sé si sabes el tipo de vida nómada que tuve de niña, pero supongo que eso te marca. Cuando mi madre falleció, me fui con mi padre a cada lugar en conflicto al que le enviaban —sonrió con tristeza—. He estudiado en más internados de los que imaginas, y he visitado demasiados países en guerra. Siempre he estado orgullosa de mi padre y jamás le pedí que lo dejara, por lo que le acompañé hasta que me cansé de tantos cambios. No me malinterpretes, si no hubiese estado mi tía habría seguido a su lado, dejarlo por mí no estaba sobre la mesa, al menos de mi parte. Sin embargo, cuando me hice mayor busqué estabilidad. Sabía que quería ser periodista, pero no quería el estilo de vida itinerante que mi padre tanto ama. —Se encogió de hombros—. Como fuera, tenía claro que quería una vida distinta. Supongo que lo más acertado sería decir que me cansé del drama.

—Supongo que tiene sentido.

—Lo tiene para mí. Mi trabajo no es solo moda, también es estilo de vida, tendencias, entrevistas… temas que me atraen y que disfruto. Un plus es que me apasiona expresarme a través de estilismos. —Sonrió serena—. Me gusta que mi vida sea corriente.

—Yo no diría que tu vida es corriente.

Ella rio.

—Lo es comparada con la de mi padre y la tuya, supongo.

—La de tu padre, seguro. La mía, no creas. Me gusta la investigación, por supuesto, pero desde que me dedico a escribir artículos y libros, mi cara es demasiado reconocible como para meterme en asuntos demasiado turbios.

—Es decir que te has aburguesado.

—Podría decirse, aunque no del todo. Todavía cuento con mi equipo, por lo que de vez en cuando me embarco en temas menos… ¿cómo has dicho? ¿Burgueses?

—Supongo que es difícil dejarlo. Estoy segura de que mi padre no tiene en mente jubilarse —bromeó, aunque lo que decía era cierto.

Charles Doyle ya no viajaba a países en conflicto, pero sí que intervenía en programas de televisión como experto en temas bélicos. Igualmente, seguía publicando en periódicos y había escrito diversos libros sobre sus experiencias como corresponsal de guerra.

—Tu padre siempre fue mi modelo a seguir.

—¡Vaya! Eso sí que no me lo esperaba.

Lo vio encogerse de hombros.

—Cayden dice que soy un *fanboy* —confesó con cierta vergüenza.

Ella le observó con la frente arrugada, pensativa.

—Supongo que puedo verlo. Tienes cierto aire… friki.

Alden abrió los ojos desmesuradamente por la sorpresa, hasta que él mismo se echó a reír.

—Supongo que me lo estás devolviendo.

—¿Qué de todo lo que tenemos pendiente? —bromeó Dianna.

—De acuerdo. Me lo merezco. —Alzó la mano como si jurara—, prometo no protestar.

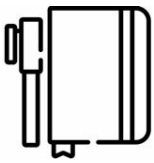
—¿Hasta cuándo me va a durar esta gracia?

—¿Esta noche?

—¿Lo que queda de viaje? —regateó.

—¡Hecho! —concedió ofreciéndole la mano para sellar el trato.

Capítulo 21



Dianna se despertó sobresaltada al sentir una pierna encima de las suyas, hasta que recordó dónde estaba y con quien compartía cama. Precisamente por ese motivo le había costado más de lo habitual conciliar el sueño y todo porque sabía que si tan solo se movía un poco a su izquierda terminaría chocando con el maravilloso cuerpo de Alden Holmes. Había sido una tortura estar tan cerca de él que podía olerle.

Nunca había sufrido tanto al compartir una cama, se quejó mentalmente, para evitar hacer ruido. Y eso que dormía con Ewan bastante a menudo, el problema era que Alden era un tipo atractivo que había comenzado a gustarle por mucho que la idea le resultara aterradora. Sus inicios no auguraban nada bueno, pero su comportamiento del día anterior estaba haciendo mella en sus defensas por mucho que tratara de evitarlo. Siempre le había parecido atractivo y sexy, sin embargo, equivocadamente había pensado que su carácter pesaba más que su aspecto.

Que de repente hubiera cambiado su actitud mordaz y mostrara un lado de él que ni siquiera había imaginado que existiera la ponía en un aprieto. Puede que su relación estuviera mejorando, pero Dianna no estaba segura de que permitirse tener un *crush* con Alden Holmes fuera buena idea.

Con cuidado para no despertarlo y evitar una escena incómoda, se movió lentamente tratando de sacar sus piernas de debajo de la suya, más pesada y musculosa, pero fracasó estrepitosamente cuando la voz ronca de su falso novio sonó antes de que sus piernas fueran liberadas y no

precisamente por sus propios esfuerzos.

—Lo siento —le escuchó excusarse—. Normalmente no me muevo tanto mientras duermo.

—No te preocupes. No me he enterado hasta que me he despertado —comentó, levantándose de la cama.

—¿A dónde vas tan temprano?

—Al gimnasio del hotel. Siento haberte despertado —se excusó, pero él ya estaba encendiendo la luz de su lado.

—No hay problema.

—No hace falta —señaló la lamparita—, solo voy a coger la ropa de deporte que me dejé preparada ayer.

—No, creo que es buena idea. Si no te importa la compañía, voy a ir seguir tu consejo y correré un poco en la cinta.

—Claro que no. Voy a cambiarme en el baño, así tú puedes cambiarte aquí. Prometo no salir hasta que me des permiso.

Alden se rio por el comentario.

—Llamaré a la puerta cuando sea seguro que salgas.

—Suena bien —aceptó, y se metió en el aseo para lavarse la cara, los dientes y vestirse.

Ya estaba lista cuando Alden cumplió con su palabra, llamando a la puerta y tras el cambio de ubicación, para que él mismo se refrescara, los dos se encaminaron hasta el gimnasio del hotel que estaba en la última planta.

Durante los siguientes cuarenta y cinco minutos, cada uno se dedicó a seguir sus rutinas, ambos con los auriculares puestos y su propia *playlist* para hacer deporte sonando.

Se estaba reproduciendo la pista de *Runnin´*de Beyoncé cuando se subió a la cinta, decidida a correr sus ocho kilómetros habituales.

No revisó su teléfono hasta que se bajó de esta. Había estado recibiendo avisos de notificaciones, pero los dejó sonar hasta que terminó con el entrenamiento.

No le sorprendió encontrarse con mensajes de Ewan, ella misma había querido llamarle para

preguntarle cómo había ido su cita, pero entre que el día anterior se había acotado tarde y que había madrugado para hacer ejercicio, lo dejó para más tarde. Al final, su primo se le había adelantado, lo que no se había esperado fueron las capturas de pantalla que este le había enviado.

Le envío tres: dos de ellas de periódicos online y la tercera de la web de una revista de cotilleos. En ellas se especulaba con la posibilidad de que hubiera una relación romántica entre ella y Alden. Lo chocante era que las fotografías que acompañaban al artículo de la revista, además de los selfis que ella misma había subido a sus redes sociales, eran del evento de la ginebra en la que había coincidido con Alden y con Cayden. Evento en el que había discutido con su supuesto novio, por lo que le parecía un chiste que las utilizaran para especular sobre su relación.

Debió de reírse más alto de lo que pensaba porque Alden se acercó a ella con una expresión interrogativa en su rostro.

—¿Qué es tan gracioso?

—Hay noticias online sobre nuestra relación —explicó, como si dicha relación realmente existiera.

Después de todo, no eran los únicos en el gimnasio y no quería que nadie oyera más de la cuenta.

—Lo sé, Sophie me ha enviado capturas de diversos medios. He de reconocer que a pesar de todo… —Dianna sabía a lo que se refería, ya que Sophie era una de las pocas personas que estaban al tanto de que su relación era pura ficción—, parece extasiada con que haya salido en la prensa.

Dianna se rio:

—Es una romántica —bromeó—. En cualquier caso, yo también las tengo —explicó—, solo he leído las que me ha enviado Ewan, pero también tengo mensajes sin leer de tu cuñada.

—¿Qué te parece si regresamos a nuestro dormitorio, nos duchamos y después salimos a desayunar por Milán? Si van a hablar de nosotros démosles algo que merezca la pena. —Se acercó a ella con una sonrisa traviesa en los labios—, estoy decidido a pasear contigo de la mano

para que las fotografías sean más jugosas.

—Suena bien. El desayuno y el paseo.

—En ese caso —extendió su mano para que ella la tomara.

Dianna ni siquiera dudó. Se sorprendió caminando con él de la mano, saliendo del gimnasio y dirigiéndose al ascensor, con el corazón latiendo desaforado en su pecho y una sonrisa tonta en los labios.

Alden había hecho una búsqueda de los mejores locales para desayunar mientras ella se duchaba, por lo que cuando ambos estuvieron listos salieron a cumplir con sus propósitos. En el camino se encontraron con varios invitados, pero cada uno tenía su propio itinerario, razón por la que no se detuvieron más que unos minutos.

El viaje a las fábricas no estaba programado hasta unas dos horas más tarde, de modo que podían disfrutar del desayuno sin prisas.

A pesar de que el local elegido estaba a veintiséis minutos de distancia, optaron por tomar un coche. Ya habían hecho suficiente ejercicio por un día. Era el momento de disfrutar de un desayuno dulce y de no pensar en la comida sana.

La cafetería *Orsonero* era, además, una tienda en la que comprar café de calidad. Acogedora y cálida, bañada por los rayos del sol que entraban por sus grandes ventanales, contaba con una variedad de croissants y especiales de desayuno.

—Supongo que vamos a tener que alargar lo nuestro más allá de este fin de semana —apuntó Alden, sin parecer preocupado.

De algún modo las noticias en la prensa habían trastocado sus planes, aunque siendo justos, Dianna no había aventurado nada más allá de ese fin de semana.

—Lo siento. Lo cierto es que no pensé en lo que podía pasar cuando te pedí que me acompañaras.

—No te preocupes por eso. Supongo que gracias a ti voy a salir más.

—¿Estás dispuesto a acompañarme a eventos?

Lo vio asentir, muy serio.

—Por supuesto, ¿qué clase de novio crees que soy? —inquirió fingiéndose ofendido.

—Gracias.

—No me las des. Somos periodistas, lo que tenemos como tales es nuestra credibilidad. Si no hubiésemos dicho ayer que éramos pareja tan abiertamente, quizás aún podríamos haberlo negado, pero ya es tarde para eso. Tendremos que seguir durante unos meses, y cuando la gente se haya acostumbrado a vernos juntos, separarnos como amigos.

—Me parece perfecto. Supongo que te compensaré invitándote a los eventos más originales y divertidos a los que me inviten.

—Lo siento por Ewan.

—No lo sientas, algo me dice que tampoco va a tener tanto tiempo para mí.

Alden la miró esperando que ahondara más en el tema.

—Ayer tuvo una cita. Lo que me recuerda que tengo que llamarle para saber cómo le fue —apuntó, como si estuviera tomando nota de algo que no quería olvidar.

—¿Te refieres a su cena con Cayden?

—¿Lo sabías? —inquirió sorprendida.

—¿Sabes que es mi amigo, verdad?

—Sí, es solo… que no esperaba que te lo hubiera contado —explicó, un poco avergonzada.

—¿Porque no somos chicas?

—Para nada. Simplemente no pensé que lo hiciera. Aunque supongo que es una señal de que Ewan le importa si lo hizo.

Alden se rio, divertido.

—¿Estás tratando de sacarme información?

—No lo sé. ¿Funciona?

Alden suspiró como si se rindiera.

—Te lo diré porque sé que te preocupas por tu primo —anunció—, aunque no debería hacerlo por lo mucho que te enfadaste la noche que lo insinué.

—Como dices me preocupo por él —respondió, consciente de que él sabría leer entre líneas.

—Sí, Cayden estaba muy emocionado por la cita.

—¿De modo que sí que era una cita? —musitó más para sí misma que para que él le respondiera.

—¿Ewan no estaba seguro?

Ella asintió.

—No creo que lo dude a estas horas —respondió con un guiño que hizo que el estómago de Dianna se pusiera en marcha—. Mi amigo no es tan tonto como para no aprovechar las oportunidades.

—Francamente, eso espero. Ewan se merece a alguien que lo valore.

—Estoy de acuerdo. No le conozco mucho, pero puedo ver lo leal que es contigo —y añadió muy serio—, eso es mucho más de lo que puedo decir de Gary.

Dianna entendió que había algo ahí, pero lo dejó pasar. Alden no era de los que cotilleaban y ella no iba a presionarlo para que lo hiciera. Le gustaba demasiado…

Capítulo 22



Las fábricas a las que los habían llevado se veían perfectamente normales, igual que los artesanos que trabajaban en ese momento en ellas. Alden no dudaba de que todo fuera una puesta en escena para los asistentes, no porque los trabajadores estuvieran al tanto de lo que sucedía en el entramado interno de la empresa, sino más bien sobre que todos los productos fueran realmente manufacturados.

En cuanto al tema que le había llevado hasta allí, estaba convencido de que los trabajadores no estaban al tanto de lo que se cocía en la compañía para la que trabajaban. Aun así, debía de dar con el modo de encontrar algo que delatara lo que estaba sucediendo con el cambio de propiedad de Tofani.

Hasta el momento solo habían aparecido en el evento gente de marketing, y el responsable de comunicaciones.

Lo ideal para sus planes sería ganarse la confianza de algún trabajador lo suficiente alto en la jerarquía administrativa que estuviera dispuesto a hablar con él, pero para que eso sucediera tendría que ser alguien descontento. Los que estaban dentro y se beneficiaban de ello no solían hablar con periodistas, y por otro lado, si sus sospechas eran ciertas y la mafia era la dueña de la casa de modas, que alguien hablara, por muy descontento que estuviera, iba a resultar complicado. El miedo era un potente silenciador.

Perdido en sus elucubraciones siguió al resto del grupo por la fábrica y escuchó las

explicaciones que les iban dando, pero no llegaron a hacer mella en su mente porque estaba demasiado concentrado en sus propios conflictos.

—Qué bonitos son —comentó Dianna a su lado.

Se giró hacia ella por instinto, sonriéndole.

—Sí —contestó escueto, reacio a decir algo más sin estar seguro sobre el asunto del que hablaba.

—Si tuviera que escoger uno no sabría por cuál decidirme —siguió Dianna a su lado mientras conversaba con sus compañeras.

Se dio cuenta de que ella debía de haber esperado que dijera algo al respecto, quizás, esperando que actuara como el novio atento que pretendía ser.

Se aclaró la garganta antes de volver a hablar:

—Te regalaré uno, así no tendrás que elegir cuál quieres —señaló los bolsos ya terminados—. Quizás para tu cumpleaños.

Tras el anuncio, se dio cuenta de que a pesar de que le había preguntado infinidad de cosas no se le había ocurrido averiguar cuándo era su cumpleaños.

Como si hubiese adivinado por dónde iban sus pensamientos, Dianna respondió con un fingido puchero:

—Falta mucho para octubre y encima, mi cumpleaños es el último día del mes.

Alden sonrió con sinceridad. No estaba seguro del porqué, pero le pegaba haber nacido el día de Halloween.

—Para otra ocasión entonces, pero si te digo cuándo dejará de ser una sorpresa y a ti te encantan las sorpresas —comentó, y al menos eso sí que lo sabía, ya que en una de sus conversaciones la propia Dianna le había confesado lo mucho que disfrutaba de las sorpresas.

Alden sonrió satisfecho de sí mismo, cualquiera que hubiese sido testigo de su interacción se hubiese creído que la relación era auténtica, decidió. Después de todo, y a pesar de lo malos que habían sido sus inicios, había sido fácil establecer cierta camaradería con ella. Dianna había resultado ser mucho más interesante de lo que se imaginó en ese primer encuentro, cuando

Sophie intentó presentársela.

Debía reconocer que había estado cargado de prejuicios sobre ella y que pecó de grosero, sin embargo su actitud no fue tanto por ella como por la situación en sí.

Estaba enfadado con Sophie por arrastrarlo a la fiesta y por empeñarse en que saliera con alguien y al final había pagado su malhumor con Dianna, creyendo que estaba al tanto de los planes casamenteros de su cuñada y que estaba de acuerdo con ellos.

Posteriormente, cuando supo quién era su padre, ya había construido cierta animadversión por ella, movido por sus propios prejuicios y por el modo descarado y desafiante con el que se había defendido de sus ataques. Sus posteriores encuentros le hicieron comprender que era una mujer completamente distinta a lo que había creído saber de ella, y con cada conversación iba descubriendo algo nuevo y más interesante: su inteligencia, su afilado ingenio, su lengua viperina, capaz de competir al mismo nivel que la suya, el amor incondicional por su familia, su ética de trabajo…

Con cada nuevo encuentro, y sin ser conscientes de ello, habían forjado una conexión que lo hacía sentir culpable por no haber sido sincero con ella sobre lo que el viaje a Milán suponía para él.

Inicialmente, se lo había ocultado porque había sido ella misma la que le había propuesto que le acompañara y que fingiera ser su pareja, de modo que no consideró necesario decirle nada, primero porque no quería avergonzarla, ya que ella había dado el primer paso y con ello daba por cobrada su deuda. Si le hubiese dicho que no era realmente un favor no estaba seguro de que no fuera a sentirse dolida porque él no hubiese sido el que le pidiera ayuda, como si de algún modo la despreciara, y segundo, porque cuando todo estuvo hecho tampoco consideró la necesidad de hacerlo, a pesar de los consejos de sus amigos para que fuera sincero con ella.

Pese a todo lo anterior, en las últimas horas su relación había cambiado y, aunque no podía asegurar que fueran amigos, tampoco podía negar que entre ellos había algo que iba creciendo al mismo ritmo en que lo hacía su admiración.

—¿Todo bien? —le susurró acercándose a su oreja—, pareces distraído.

Tenerla tan cerca siempre lo ponía nervioso sin motivo. Como cuando se había despertado esa misma mañana y se había encontrado a sí mismo pegado a ella, con una pierna sobre las suyas. Normalmente, no se movía mientras dormía, pero pareciera que esa noche se hubiese dedicado a buscarla hasta que la encerró con su cuerpo.

—Sí, lo siento. Estaba pensando en algunas cosas que he de hacer en cuanto regresemos al hotel. Cosas de trabajo.

—Entiendo. Siento haberte arrastrado a esto —se excusó—, ni siquiera te pregunté si podías dejar Londres.

Una punzada de culpabilidad atenazó su estómago, se la tragó y se forzó a sonreír. Ya era demasiado tarde para contarle la verdad de la situación. Ahora que la conocía un poco mejor estaba seguro de que Dianna no se tomaría bien que fingiera que estaba ayudándola cuando en realidad el apoyo era mutuo.

—No hay problema. Es lo bueno de trabajar de autónomo.

—Aun así. —Le dio una sonrisa tímida.

—No te preocupes, mis pendientes no son tan urgentes. Ni siquiera me ocuparán más que una hora. De veras, no es problema.

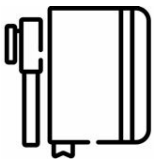
Unas horas más tarde, Alden finalmente había decidido comenzar su búsqueda en lo que había sido su idea original: los trabajadores de Tofani. Aunque no precisamente en los que seguían en la empresa, sino los que la habían abandonado tras la compraventa. Ni siquiera estaba seguro de que hubiera alguien con la jerarquía necesaria que cumpliera con los requisitos, en cualquier caso, si no lo buscaba nunca lo sabría.

Sin embargo, para encontrar la información que necesitaba, debía recurrir a su equipo, concretamente a su *hacker* de confianza. Rebuscar entre los trabajadores de una empresa como Tofani ni iba a ser fácil y menos cuando su sede estaba en Italia. Por suerte Joe, era capaz de encontrar cualquier cosa que se propusiera.

Con esa idea en mente, se excusó con Dianna y salió del dormitorio para tener una

conversación privada con su colega.

Capítulo 23



Alden había salido a hacer unas gestiones, por lo que Dianna se quedó sola en la habitación y no perdió el tiempo en llamar a Ewan, ansiosa por saber cómo había ido su cita y contarle lo que había sabido por parte de Alden.

Su primo contestó antes del tercer tono, lo que la hizo sonreír.

—¿Me estabas esperando? —se burló.

—Sabes que sí. No te he llamado por no molestar, pero me muero de curiosidad por saber cómo os ha ido. ¿Habéis visto mafiosos? ¿Estás bien?

—Estoy perfectamente y no. Ni un solo mafioso cerca. Ahora que lo pienso el evento hasta ahora ha sido bastante aburrido —se rio.

—¡Qué estafa! —le siguió la broma.

—No me distraigas de lo importante y cuéntame, ¿cómo te fue la cita? Y antes de que protestes, te diré que sí que lo era porque Cayden le contó a Alden que iba a salir contigo.

En lugar de emocionarse por la noticia tal y como Dianna había esperado, su primo se mantuvo en silencio al otro lado de la línea.

—¿Tan mal?

—Primero tú —habló finalmente.

—No hay nada que contar. Alden está haciendo de maravilla su papel de novio.

—¿Y?

—Y nada.

—Inténtalo otra vez —le tomó el pelo Ewan—, te conozco, Di, suéltalo.

—Es solo que no esperaba que todo fuera tan bien. Supongo que puedo decir que nos hemos hecho amigos. Hora nos conocemos mejor y ya no es tan afilado como era al principio, aun así, una parte de mí teme que cuando regresemos a Londres vuelva a ser el mismo tipo odioso que conocemos.

—No lo creo. Vuestro primer encuentro fue lo que marcó el resto de vuestras interacciones. Una vez superado, ya nada tiene porqué ir mal.

Siguieron hablando de Dianna y de Alden más tiempo del que ella hubiese querido, pero era evidente que Ewan estaba tratando de hacerle olvidar el motivo por el que le había llamado: su cita con Cayden.

—Deja de evitar el tema y cuéntame de una vez todos los detalles de tu cita.

Le escuchó suspirar antes de darle una respuesta:

—Comenzó muy bien, me llevó a un restaurante espectacular, pero estando allí nos encontramos con su ex, que estaba decidido a meterse conmigo, y yo en lugar de dejarlo pasar, como hubiese hecho habitualmente, decidí ponerlo en su sitio. Después de eso, creí que todo iba a ir mal, pero siguió siendo el mismo Cayden amable y atento que había sido antes de la interrupción.

»El problema llegó cuando me llevó a casa —hizo una pausa antes de terminar la frase—, se despidió con una ligero beso, apenas un roce de labios, y se fue como si no pudiera alejarse lo bastante rápido de mí.

—¿Y entonces?

—Entonces nada. Se marchó y no hubo mensajes para avisarme de que había llegado a casa bien, o de que lo había pasado genial conmigo.

—A lo de los mensajes no deberías darle importancia, no todo el mundo es tan atento. Respecto al beso, tal vez quiera tomarse las cosas despacio. No tiene que ser algo malo —trató de apaciguarle.

En realidad no era una excusa sino que ciertamente lo pensaba. Ewan no era un tipo al azar, era uno de los mejores amigos de su hermana menor, no podía tratarle como el ligue de una noche. Al menos si esperaba seguir con vida una vez que Jillian se enterara.

—Desde luego no es bueno.

—Estás exagerando. ¿Cuándo vas a volver a verlo? —preguntó con interés.

Se calló lo que pensaba para no meter más presión en su primo. Si mencionaba a Jillian no estaba segura de cómo reaccionaría, después de todo, había ocultado sus sentimientos por Cayden porque no quería que esta se viera en medio de ambos.

—Esta noche. Cenamos en mi casa —hizo una pausa antes de continuar, para darle tiempo a su prima a decir algo. Siguió cuando comprendió que no iba a hablar—, le invité antes de que se fuera a toda prisa. Ahora ni siquiera estoy seguro de que siga en pie.

— No seas ridículo. ¿Quién va a cocinar?

—Gracias por el voto de confianza —se quejó.

—Confío en ti, en lo que no lo hago es en tu capacidad para preparar algo sofisticado.

—¿Crees que he de hacer algo sofisticado?

—¿No?

—¿Me lo estás preguntando?

—¿No?

—¡Dianna!

—Pídele ayuda a mi tía. Es lo que yo haría.

—Hará preguntas —se quejó Ewan.

—Lo sé. Es el precio que vas a tener que pagar —se guaseó.

—No creo que compense —lloriqueó.

Su madre era maravillosa, pero si se enteraba de que iba a salir con Cayden, el hermano de Jillian, no iba a poder escapar de sus preguntas. Ewan estaba seguro de que le llamaría al día siguiente para saber los detalles de la velada y siendo sincero, ya tenía bastante con Dianna para eso.

—En ese caso, ve al Crown, compra algo y di que lo has hecho tú.

—Eso es trampa.

—Es eso o terminar en urgencias con una intoxicación alimentaria —se burló Dianna.

—Te odio.

—No lo haces. Me amas.

Seguía riendo cuando colgó el teléfono despidiéndose de su primo. Sacó el portátil y se puso a trabajar para bajar su interminable lista de pendientes. Decidió comenzar con la campaña del finde, después de todo tenía suficiente material para preparar algo rápido. Dejaría el resto para después de la fiesta de esa noche, que era el plato fuerte del fin de semana.

Se enfrascó tanto en el trabajo que cuando la puerta se abrió y Alden apareció, se sobresaltó.

—Lo siento. Te he asustado.

—No te preocupes, estaba concentrada y me has pillado con la guardia baja. ¿Ya has terminado lo que tenías que hacer?

—Algo así.

—¿Todo bien? —inquirió con preocupación. ¿Acaso se estaba arrepintiendo de ayudarla? Quizás la idea de tener que seguir con la mentira al llegar a Londres le incomodaba.

—Sí, es solo… no sé cómo decirte esto.

Dianna esperó, convencida de saber lo que le iba a decir.

—Sé sincero. Te prometo que no va a suponer un problema para mí.

—De acuerdo, ¿recuerdas esas citas para eventos que mencionamos? —esperó hasta verla asentir para continuar—, ¿crees que podrías conseguir que te invitaran a la semana de la moda de Milán y llevarme como tu acompañante?

Dianna se quedó en silencio unos segundos, sorprendida. Definitivamente eso no era lo que había esperado.

—Es bastante fácil que te inviten, aunque supongo que lo que buscas es asistir a los eventos de alta costura —aventuró.

—Sí, esa era la idea.

—Veré lo que puedo hacer. Tengo más opciones que mi trabajo como *influencer*, ya sabes, *Simply Chic* me abre muchas puertas, así que no veo que haya ningún problema. Sin embargo, sabes que todavía falta para eso, ¿verdad?

—Lo sé, pero no vamos a poder romper tan pronto si queremos salir bien parados.

—Supongo que tienes razón. Veré qué puedo hacer.

—Gracias. Estoy… en medio de una investigación y me vendría muy bien asistir.

Ella le miró con suspicacia.

—¿Una investigación que te llevará a la semana de la moda?

—Sí.

—¿Significa eso que acompañarme a eventos no será tan malo para ti como había imaginado?

—¿Supongo? —dijo, amagando una sonrisa.

—Estupendo, ahora puedo dejar de sentirme culpable por haberme aprovechado de ti. Mi favor era mucho más significativo que ayudarte a comprar un regalo —dijo en un tono tan sincero que atenazó el estómago de Alden, quien en esos instantes era el que se sentía culpable por no haber aprovechado el momento y haberle contado toda la verdad, sin medias tintas.

—Era un regalo estupendo —bromeó.

Ella sonrió de oreja a oreja.

—Lo sé. Soy la reina de los regalos.

Alden abrió la boca como si fuera a decir algo más, pero no lo hizo. Al parecer era demasiado cobarde para arriesgarse a estropear su reciente relación, fuera la que fuera.

Capítulo 24



Ewan estaba nervioso. A pesar de los consejos de su prima de que le pidiera ayuda a su madre, había decidido arriesgarse y buscar él mismo una receta que preparar esa noche, y para ello había recurrido a lo que mejor se le daba: la pasta, a la que le había añadido el toque elegante que la cena requería.

Por lo que su plato de espaguetis habitual se transformó en linguinis picantes con langostinos, tomates *cherry* y *whisky*.

Además, había recogido su casa, ya de por sí organizada, y había atenuado la iluminación encendiendo solo las lamparitas de ambiente y no la lámpara del techo.

Se había planteado poner velas, pero el apresurado beso y la posterior huida todavía le tenía indeciso sobre lo que podía esperar de esa noche. Por todo ello, se vistió lo más natural que pudo: unos pantalones de vestir grises y un jersey de punto color crudo. Lo ideal para su atuendo hubiesen sido unos zapatos o incluso unos mocasines, pero estaba en su casa, quería ir cómodo y que Cayden no pensara que se había arreglado mucho, por lo que optó por unas zapatillas.

Un par de minutos antes de la hora señalada sonó el telefonillo y Ewan, tras respiran profundamente un par de veces, se encaminó a abrir.

Le recibió en la puerta y casi se tragó la lengua cuando le vio vestido con vaqueros, que se ajustaban a sus muslos y a su trasero a la perfección, un jersey verde musgo de cachemir y un chaquetón azul marino.

—Hola, pasa, por favor —pidió apartándose de la puerta para facilitarle el acceso.

Una vez dentro, Cayden le tendió una botella de vino que Ewan, tan concentrado en su invitado, ni siquiera había notado que sostenía.

—Gracias.

—Espero que combine con la cena —comentó con cierta timidez.

—Seguro que sí. La pasta va con todo —bromeó, mientras se dirigía con él a su espalda hacia el comedor.

—¿Pasta? ¿Suena bien?

—Digamos que es lo único que me da confianza servirte.

Cayden no respondió, de repente demasiado interesado en el gato que le miraba con abierta curiosidad.

—Tú debes de ser el famoso Newton.

El felino maulló lastimero y cubrió la distancia que les separaba esperando sus caricias.

—Es un mimado —avisó Ewan—, está esperando que caigas rendido a sus pies, como todos los demás y le rasques la cabeza.

Cayden se agachó frente a él y cumplió con la petición del minino.

—¿Todos los demás?

—Dianna, Sophie, Jillian, Luke… ya sabes, los amigos.

—¿Significa eso que no ha conocido a ninguno de tus novios? —inquirió directamente.

Ewan evadió la pregunta.

—Dame tu chaqueta, por favor. La guardaré en el dormitorio y así evitaremos que se llene de pelos.

—Lo siento. Te ha incomodado mi pregunta —aventuró Cayden al tiempo que le tendía la ropa.

—No, no me has incomodado y no, no ha conocido a ninguno de mis novios.

Cayden se quedó en el salón, sonriendo, mientras Ewan se llevaba su chaqueta para ponerla a salvo.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó, entrando en la cocina, seguido de cerca por Newt, que se había convertido en su sombra.

—¿Por qué no abres el vino mientras yo termino de hervir la pasta?

La mesa ya estaba dispuesta y el resto de los ingredientes preparados. Ewan había intentado dejarlo todo dispuesto para así no tener que dejar solo a su invitado demasiado tiempo.

Mientras la pasta se cocía terminó con la ensalada de rúcula con salsa vinagreta que había preparado y se la pasó a Cayden para que la llevara a la mesa.

Cuando esté regresó le ofreció una copa de vino y ambos brindaron mientras le daban los últimos toques a la cena.

Se encontraban sentados a la mesa, Cayden ya había hecho fotografías a los platos, e iba a llevarse el primer bocado a la boca cuando Ewan le detuvo:

—¡Espera! —pidió muy serio—, deja que lo pruebe primero para asegurarme de que es comestible.

Asombrado y divertido por la ocurrencia Cayden se echó a reír de buena gana, pero no siguió las indicaciones y se llevó la comida a la boca antes de que Ewan emitiera su veredicto.

—Está deliciosa —anunció tras saborear su bocado—. No tienes que preocuparte por nada.

—Es cierto —concedió—, está muy buena.

—Pareces sorprendido.

—Lo estoy. Es la primera vez que hago esta receta.

—Pues te ha salido riquísima.

Siguieron hablando durante un rato de cocina, de la especialidad de cada uno y Cayden terminó confesando que, al vivir solo, después de haberlo hecho con su madre y sus hermanas, se había visto obligado a aprender a cocinar, ya que había desarrollado un gusto por la comida casera que no quería perder, aunque tuviera que cocinarse él mismo al vivir solo.

Tuvo la suerte de que su madre le ayudó mucho y aprendió de ella, sin embargo, había adquirido el resto de los conocimientos yendo a clases de cocina, ya que meterse en la cocina le

relajaba.

—¿Clases de cocina?

Lo vio asentir.

—La mayoría de la gente va a ligar, a mí realmente me interesaba aprender.

—¿A ligar? Eso sí que no me lo esperaba —rio.

—Fue en uno de los cursos donde conocí a Gary —confesó con naturalidad.

—¡Oh!

—Como sea, cocinar me relaja y Dios sabe que lo necesito —rio de sus propias palabras, al mismo tiempo que cambiaba de tema.

—No me extraña. Tienes un trabajo estresante.

—Lo tengo, pero me gusta. Aunque la mayoría de las noticias que doy cada día me atenacen la garganta.

—Espero que no te lo tomes como algo personal, pero no soy de los que ve las noticias. Me afectan más de lo normal —se encogió de hombros—, siendo sincero soy de los que lloran con la mitad de los anuncios.

Cayden sonrió con el comentario.

—Bueno, hay algunos que harían llorar a una roca.

Tras la cena, Ewan sacó un tiramisú, que reconoció que no había hecho, sino que lo había comprado.

Cuando terminaron, Cayden se empeñó en ayudarle a recoger y por mucho que Ewan le pidió que se sentara ya que era el invitado, terminó colocando los platos y cubiertos en el lavavajillas.

Cuando finalmente acabaron se sentaron en el sofá, con Newton en medio de ambos, y una copa de vino en las manos, retomaron la conversación, con la misma complicidad que habían compartido prácticamente desde el momento en que Ewan se había disculpado por ser tan cortante en el ascensor.

—¿Te apetece ver una película? —ofreció—, no quiero que te aburras.

—Nunca me aburre hablar contigo.

—Gracias, pero la oferta era sincera. Incluso te dejo elegir la que quieras —bromeó.

—Te lo agradezco, pero prefiero la charla.

El que quisiera hablar le daba esperanzas a Ewan de que todavía podría pasar algo entre ellos. Hasta el momento, no había habido más que un tenue coqueteo verbal, pero la noche era joven y tenía esperanza.

Era pasada la una de la madrugada cuando Cayden se levantó del sofá, dispuesto a marcharse. Ewan fue hasta su dormitorio para recoger su chaqueta, decepcionado y triste. Se llevó el tejido a la nariz, escondido en su habitación, para inhalar el aroma de Cayden. Otro fracaso de noche, se dijo mientras se dirigía al encuentro de su invitado.

—Lo he pasado de maravilla —comentó el presentador, mientras se inclinaba para darle un beso en la mejilla.

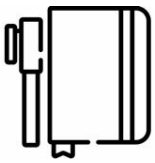
—Sí, yo también. —Logró decir Ewan a través del nudo que atenazaba su garganta.

Acompañó a su invitado hasta la puerta y se despidió de él, como habría hecho con cualquiera que hubiese ido a cenar a su casa.

Cuando se quedó solo, se tumbó dramáticamente en el sofá, sin preocuparse de aplastar al gato que seguía donde se había pasado la noche, y que al ver a su dueño tan decidido saltó a toda prisa del sofá, temeroso de ser apachurrado.

—Definitivamente solo quiere ser tu amigo, Ewan. Asúmelo y pasa página. Nadie puede acusarte de no haberlo intentado.

Capítulo 25



Dianna no se había dado cuenta de lo acertada que era la temática de la fiesta hasta que Alden se lo señaló.

—Gánster, ¿no crees que es toda una declaración de intenciones?

—Francamente, espero que no.

Después de la breve conversación, se habían repartido el espacio y mientras Dianna se había quedado con el cuarto de baño, Alden se vistió en el dormitorio.

Se miró en el espejo una vez vestida, peinada y maquillada, contenta con el resultado. Se había hecho unos rizos grandes que habían acortado su melena rubia. Remató el peinado con un tocado con plumas azules y verdes, de los mismos tonos de su vestido, y una rejilla negra que cubría la mitad de su rostro, hasta la nariz.

El vestido, de tirantes con lentejuelas y flecos en la orilla, se complementaba con un collar de perlas que le daba tres vueltas al cuello, unos tacones de vértigo y un bolsito estilo bombonera.

La llamada en la puerta le anunció que Alden también estaba listo. Emocionada y nerviosa por la fiesta, abrió la puerta y salió al dormitorio. No dio más que un paso fuera del baño cuando su mirada se clavó en su acompañante.

—¡Vaya! —musitó impresionada.

—¿Es un buen vaya o uno malo? No quisiera dejarte en evidencia.

—Es un muy buen vaya —sonrió—, estás increíble. Lo digo completamente en serio.

—Será el sombrero —bromeó él.

Alden iba vestido con un traje de chaqueta de tres piezas negro, de raya diplomática. Camisa blanca y corbata negra. En los pies zapatos bicolor: blancos y negros, y en la cabeza el mentado sombrero, un Fedora también negro con una cinta de raso blanca rodeándolo.

—Es posible.

—Tú estás preciosa, lo que va a convertirme en el hombre más envidiado de la fiesta.

—Tú sí que sabes decir cosas bonitas —bromeó Dianna, recordándoles con ello sus primeros desencuentros.

Ambos rieron de buen humor.

—Si hubiésemos sido jóvenes en los años veinte, en plena ley seca, habríamos arrasado con nuestro estilo —apuntó Alden, antes de ofrecerle el brazo para que ella lo asiera.

—Completamente de acuerdo contigo.

— ¿Sabes? Podría acostumbrarme a esto.

— ¿A salir de fiesta conmigo?

— No, a que me des la razón en todo — le tomó el pelo.

Cuando entraron en el salón que el hotel había habilitado para la fiesta, se encontraron con que ya estaba en pleno auge. Había mesas con comida estilo bufé, para que cada uno se sirviera lo que le apeteciera.

La bebida, sin embargo, había que pedirla en las barras en las que camareros profesionales, ataviados con ropa de la temática de la fiesta, servían a los invitados.

Mientras Alden iba a por sus bebidas, Dianna llenó un plato para los dos. Era mucho más cómodo compartirlo que coger uno para cada uno. Ya lo tenía a rebosar con aquello que le había llamado la atención cuando, al girarse para ver si a Alden le faltaba mucho, se topó con que Bianca Amato estaba acosando, de nuevo, a su pareja.

Se obligó a apartar la mirada cuando algunas compañeras se le acercaron para admirar su vestido, pidiéndole que posara con ellas para sus fotos. En algún momento mientras hablaban y

se hacían fotografías, Alden regresó y fue arrastrado a la inesperada sesión como todos los demás.

—Toma —le tendió un Martini con dos aceitunas—, hasta las bebidas son temáticas —bromeó Alden.

—Deberíamos comer algo antes —dijo Dianna, recuperando su plato de la mesa en la que lo había dejado para poder socializar.

—Deja yo lo sujetaré.

Estar solos en medio de la fiesta era una tarea imposible, por lo que pronto se vieron rodeados por otros invitados. Por suerte Bianca no se acercó de nuevo, y Dianna se olvidó de preguntarle a Alden para que lo había buscado.

La música, que al principio de la noche había sido seleccionada para que los invitados se movieran y disfrutaran, había ido cambiando gradualmente a lenta. Suaves baladas que empujaban a las parejas a bailar pegados.

—Deberíamos seguir el ejemplo de nuestros amigos franceses y deslizarnos por la pista, novia —argumentó Alden en una broma privada.

—Por supuesto, amor.

Se tomaron de la mano y él los llevó a un lateral de la pista de baile lo suficientemente tranquilo como para poder moverse sin chocar con nadie.

Dianna le pasó los brazos por el cuello y él se asió a su cintura, dejándose llevar por la música. Se mecieron a un ritmo lento, y Alden se sorprendió de lo cómodo que se sentía con ella entre sus brazos.

Dianna se dio cuenta de que la música y el ambiente había dejado de importarle. Se sentía como si no hubiera nadie más que ellos, a pesar de lo intensa que era la fiesta a su alrededor. Estar en los brazos de Alden era lo único que la hacía sentir anclada a ese instante.

Se movieron juntos como si estuvieran acostumbrados a hacerlo. En perfecta sincronía, como si se tratara de un baile ensayado, que hubieran bailado muchas veces antes. La voz de Ed Sheeran y su canción *Thinking out loud* se adaptaba perfectamente a sus movimientos:

So honey now
Take me into your loving arms
Kiss me under the light of a thousand stars
Place your head on my beating heart

—Creo que falta algo para que todos crean que somos una pareja disfrutando de un baile romántico —musitó Alden en su oído.

—¿El qué? —inquirió ella, aunque sabía sin necesidad de respuestas a lo que se estaba refiriendo.

—Un beso.

—De acuerdo.

Y no dijo que sí porque hubiese bebido y se sintiese achispada, ni por aparentar, ni siquiera porque el resto de las parejas estaban haciendo lo mismo o similar, dijo que sí porque realmente lo deseaba. Porque Alden Holmes lograba que le hormigueara la piel, que se le acelerara el corazón y que su siempre bien organizado cerebro se derritiera cuando usaba ese tono cálido y susurrante para hablarle.

Dijo que sí porque no podía seguir engañándose. Le gustaba, a pesar de sus malos comienzos, de lo diferentes que eran, y de lo que su sentido común le aconsejaba. Alden Holmes le gustaba y no había vuelta atrás.

Por eso cuando él se inclinó sobre ella y bajó la cabeza para posar sus labios en los suyos, cerró los ojos y se abrió para él. Permitiéndole entrar, dejando que su lengua la devorara, que sus brazos la pegaran a su cuerpo, que su respiración se entrecortara…

Ser besada por Alden fue una experiencia que jamás pensó que sucedería, pero lo hizo, y eso la dejó con las rodillas de gelatina y la sensación de que podía volverse adicta a su boca.

Lo que había comenzado por pura actuación se estaba convirtiendo en algo peligroso que podía terminar muy mal para ella. Después de todo, Alden era demasiado hermético y difícil de leer, y Dianna no tenía la menor idea de lo que pensaba la mayor parte del tiempo.

Cuando la canción terminó, fue como si la magia se desvaneciera. Alden parpadeó y se separó con rapidez de ella. Forzó una sonrisa, pero Dianna sabía que se estaba cuestionando a sí mismo por haberla besado. ¿Se estaba arrepintiendo?

Después de ese instante compartido las cosas entre ellos se volvieron forzadas. Cuando la fiesta terminó y ambos regresaron al dormitorio del hotel fue el momento de volver a establecer turnos y como Dianna era la que iba a tardar más en estar lista, Alden fue quien usó el cuarto de baño primero, mientras ella se deshacía de los ganchos y del tocado.

Cuando finalmente estuvo lista, después de ducharse y lavarse el pelo para deshacerse de la laca con la que se había fijado las ondas, se topó con que él ya había apagado la luz y dormía, o fingía hacerlo para evitar tener que hablar con ella.

Sin hacer ruido se acostó, colocándose lo más cerca posible del borde sin correr el riesgo de caer. Si él se arrepentía del beso, ella se lo iba a poner fácil. Nunca más lo mencionaría y superaría el tonto *crush* que había desarrollado ese fin de semana por él.

No podía ser tan difícil superarlo, ¿verdad? Después de todo, ni siquiera estaba segura de que le cayera bien.

Capítulo 26



Dianna se había despedido de Alden en la puerta de su casa, donde este la había llevado cuando tomaron su coche en el aparcamiento del aeropuerto, donde lo dejaron el viernes. Después, subió a casa para descargar la maleta y las bolsas y sin pensarlo mucho salió disparada a casa de Ewan, quien la recibió con aspecto de haber dormido poco.

Por un momento se olvidó de su propia situación, de lo formal que fue Alden con ella desde que se despertó para encontrarse con que no estaba en la cama porque se había ido al gimnasio, sin siquiera despertarla, y de cómo se habían despedido hacía solo unos minutos sin concertar una cita para volverse a ver.

—Dime que tus ojeras son porque no has dormido esta noche y que no lo has hecho porque estabas en otras actividades más placenteras —pidió, medio en broma medio en serio.

—Eres graciosísima —se quejó Ewan, restregándose los ojos y arrastrando los pies para apartarse y dejarla entrar.

El comentario y el tono en sí, le dieron la respuesta, comprendiendo con ello que su primo estaba igual de desencantado que ella.

Se dio cuenta de que seguía en pijama e iba descalzó, tampoco era que esperara que estuviera vestido para salir, ella misma llevaba mallas, sudadera y zapatillas, su uniforme habitual para viajar.

—De acuerdo —se encaminó hacia el salón adelantándole y se dejó caer en el sofá—, ¿quién

empieza? Te aviso que lo mío es realmente deprimente.

—No esperes menos de mí, pero empieza tú. Así no me sentiré tan mal cuando sea mi turno.

—Muy bien: tengo un *crush* con Alden. Uno fuerte —reveló sin apartar la mirada de Ewan para monitorizar su reacción.

—¿Eso es malo? —era evidente por el modo en que lo preguntó y porque ni siquiera había pestañeado al escucharla, que no estaba ni un poco sorprendido por su confesión.

—No, lo que es malo es que tengo cero posibilidades con él y lo peor, es que ni siquiera sé si quiero tenerlas.

—Nunca has sido de las personas que se engañan a sí mismas, no empieces ahora —advirtió, muy serio.

—Odio que me conozcas tan bien.

—No lo haces, sigue y sé sincera. No sirve de nada que mientas siempre te pillo.

Dianna le ofreció una mirada molesta, con lengua fuera y todo, y siguió con su relato:

—El caso es que todo iba de maravilla entre nosotros, nos llevábamos bien, disfrutábamos de la mutua compañía, hasta que nos besamos y todo se volvió raro. De hecho, no estoy segura de que quiera seguir con nuestra relación falsa.

—¿Lo comenzaste tú? ¿El beso?

—No, él lo sugirió porque estábamos bailando en la fiesta y era lo que se esperaba de nosotros siendo una pareja. Ya sabes… nos habíamos tomado de la mano y hablado entre susurros, también nos sentábamos muy cerca, pero nada que diera a entender que éramos una pareja como podía hacerlo un beso. Además, el ambiente en la pista de baile era propicio y una cosa llevó a la otra y al final, lo hicimos.

—Francamente, si se asusta tanto por un beso que, además, sugirió él, demuestra que es más inmaduro de lo que parece.

Dianna asintió.

—¿Qué crees que debería hacer? Nunca me he disculpado por besar a alguien, ¿debería comenzar ahora?

—Ni se te ocurra. No hagas nada. Deja que se le pase y que sea él quien dé el siguiente paso.

—¿Y si no lo hace? ¿Y si se mantiene alejado y rompe nuestro trato?

—Si no lo hace, igualmente te estará dando su respuesta.

—Supongo que tienes razón, aunque reconozco que será raro si alguna vez nos volvemos a encontrar, y sabes que hay posibilidades de que suceda gracias a Sophie.

—No adelantemos acontecimientos —aconsejó Ewan—, ya llegaremos a ello si se vuelve necesario.

—Me parece bien. Necesito un descanso hasta de mí misma.

—No me extraña, eres demasiado intensa —bromeó Ewan, ganándose un empujón juguetón en el hombro.

Siguieron hablando del fin de semana y de lo que había hecho Dianna en Milán. Ewan se ofreció a ayudarla con las ediciones de los vídeos, como hacía normalmente, y cuando acabaron con el tema pasaron al que el anfitrión había estado evitando: Cayden y la cena-cita de la noche anterior.

—¿No te has parado a valorar que, tal vez, no quiera precipitarse contigo? —preguntó con tacto—. Eres uno de los mejores amigos de su hermana, os conocéis desde hace tiempo, te aprecia, se podría decir que trabajáis juntos…

—Una cosa es querer ir despacio y otra es actuar como si solo fuésemos colegas, que en realidad es lo que somos —la cortó Ewan—. Soy yo el que ha querido ver más allá de lo que había. De hecho, soy yo el que lo comenzó todo cuando le mandé los pasteles tras nuestro encuentro en el ascensor. Es mi culpa que todo se haya desdibujado y me haya creado una confusión.

—No estoy segura de que las cosas sean como dices. Sinceramente creo que le gustas.

—No lo hago y me niego a seguir engañándome con que tengo posibilidades con él. No las tengo y no voy a deprimirme por ello. Lo he intentado, por primera vez en mucho tiempo puedo decir con autenticidad que lo he hecho y no ha salido como esperaba —dio una respiración profunda antes de continuar—, es el momento de pasar página. Para la mayoría de las personas

los primeros amores nunca cuajan.

—Deberías esperar a ver qué sucede después. No es tan loco que quiera ir despacio contigo, acaba de salir de una relación, es una persona ocupada…

—Lo que me recuerda que tienes que comer conmigo mañana, por favor —pidió muy serio—, hace un rato me envió un mensaje para saber si estaba libre mañana para comer juntos y le he dicho que no podía quedar con él porque ya tenía planes contigo.

—¿Se puede saber por qué has hecho eso? Era el movimiento que esperábamos.

—Es evidente que solo le gusto como amigo, lo que no me parece mal, es simplemente que… necesito tiempo para superar la decepción. Cuando lo haya asimilado aceptaré todas las invitaciones amistosas que me lance. De momento voy a tratar de evitarlo.

—Si antes de que supiera de la invitación ya creía que te estabas adelantando, ahora estoy segura de que lo haces.

—No es así. No le gusto, al menos no como quiero. Si le gustara habría aprovechado las dos cenas que hemos compartido, ¿de verdad crees que va a pasar algo entre nosotros si le digo que sí a esta comida?

—Ewan.

—No, Dianna, por favor. No quiero hablar más del tema. Al menos no por ahora.

—¿Eres consciente de que Jillian estará por aquí en menos de una semana y de que querrá saber todo lo que ha sucedido entre tú y su hermano?

—Como no ha sucedido nada, no habrá ningún problema al respecto.

—Ewan, escúchate.

—Tienes razón, la esquivaré. Me esforzaré para no quedarme a solas con ella en ningún momento.

—Cariño.

—Por favor, Di —pidió en un tono lastimero.

—Muy bien, lo dejaré correr, pero está conversación no ha terminado.

—¿Qué hay de comer conmigo mañana?

—¿Dónde y cuándo me necesitas?

—Te quiero —anunció lanzándose a abrazarla.

Ella rio devolviéndole el abrazo.

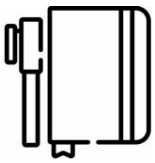
—Y yo a ti, aunque no esté de acuerdo con lo que estás haciendo. Aun así, prometo intentar mantenerte alejado del interrogatorio de Jillian.

—Gracias, eres la mejor. Por cierto, he aprendido a cocinar un plato estupendo de pasta. Cuando quieras te lo preparo.

—¿Qué tal ahora? Estoy hambrienta.

—¡Hecho!

Capítulo 27



La semana pasó, tanto para Dianna como para Ewan, sin incidentes. Mientras Alden no se puso en contacto con ella ni una sola vez, Cayden trató en varias ocasiones de invitar a Ewan a comer, pero este siempre estaba ocupado, por lo que se fue de su pequeño despacho con una expresión apenada, que despertó cuchicheos entre sus compañeros, ¿acaso el jefe estaba enamorado de Ewan Bing y este lo estaba rechazando? A pesar de lo ridículo de los chismes, el protagonista del drama se negó a darse por aludido.

Después de todo, la realidad era completamente al revés, aunque nadie lo supiera.

Como fuera, Ewan había logrado evitar las invitaciones de Cayden durante toda la semana, pero iba a ser imposible esquivarle a él ese sábado, porque era el día en que Jillian, que llevaba un par de días en Londres, se mudaría con su esposo de casa de sus padres, donde se habían estado quedando tras su regreso, a su nueva casa, una vez que el viernes les dieron las llaves.

Lo que sucedió fue que, mientras Ewan iba sobre aviso con que se encontraría con el hermano de su amiga, Dianna en ningún momento imaginó que Alden también estaría allí, como tampoco esperaba a Aaron y Darian, a este último lo conoció ese mismo día, a pesar de que él parecía saber quién era ya que insinuó que Dianna sería la acompañante de Alden en su boda.

Por lo visto su primo había acertado y Willa estaba comprometida con Darian que, a su vez, era amigo de Cayden, Alden y Aaron.

Jillian estaba encantada con que su hermano hubiera buscado ayuda extra para mover los

muebles y las cajas, ya que sus ayudantes eran mucho más musculosos que los de ella.

El camión que habían alquilado en Manchester para traer sus cosas a Londres estaba lleno, por lo que la ayuda era más que bienvenida.

La mañana pasó rápidamente entre la limpieza de la casa y el traslado de los muebles. Tanto Dianna como Ewan estaban encantados de tener a su amiga tan cerca, eran la presencia de los ayudantes los que los tenían un poco alterados.

Alden, por su parte apenas había hablado con Dianna y ella tampoco lo había intentado. Lo sorprendente fue que ella se sintió más dolida que enfadada por el gesto. Antes de llegar a conocerle, Alden despertaba en ella deseos homicidas, en esos momentos echaba de menos sus comentarios ingeniosos y su complicidad.

Cayden al contrario que su amigo, no hacía otra cosa más que tratar de entablar conversación con Ewan, pero este se había vuelto un maestro en esquivarlo.

Nadie mencionó lo que estaba sucediendo en segundo plano, hasta que los tres fueron designados para ir a comprar la comida, ya que la pizzería que les encantaba a todos no disponía de servicio a domicilio a mediodía.

—¿Pedimos un Uber? —preguntó Jillian.

Dianna negó al tiempo que Ewan respondía:

—No está tan lejos. Si queréis lo podemos dejar para la vuelta cuando volvamos cargados con todas las cajas de comida.

—Por mí bien —secundó Dianna.

—De acuerdo —concedió Jillian, poco convencida.

No era una persona que disfrutara haciendo ejercicio, lo que nadie pensaría si se tenía en cuenta su cuerpo delgado y firme. Cualquiera que la viera pensaría que hacía ejercicio habitualmente, nada más lejos de la realidad. Su cuerpo esbelto se debía puramente a la suerte de la genética.

—Muy bien, pero empieza hablar si quieres que camine —pidió mirando a Ewan con fijeza.

—¿De qué quieres hablar?

—No te hagas el tonto —se quejó, ganándose una risita de Dianna, quien en seguida se topó con los ojos desesperados de su primo pidiendo ayuda.

—Alden me ha estado ignorando desde el beso —soltó, consciente de que la mención al beso apartaría, aunque fuera momentáneamente, su atención de Ewan.

—¿Qué beso? ¿Por qué me estoy enterando ahora?

—Porque acabas de regresar.

—Por supuesto, porque los teléfonos no existen, los mensajes de texto ni hablar de ellos, los correos electrónicos tampoco, y no me hagas mencionar las cartas postales…

—Déjalo ya —intervino Ewan—, hemos entendido el mensaje.

—¿De veras? Porque en cuanto me entere de lo del beso secreto me vas a tener que explicar por qué huyes de mi hermano como si tuviera la peste.

—Yo no…

—¡Silencio! Ahora le toca a ella —dijo señalando a Dianna—, tú eres el próximo. Ve preparándote.

Ninguno de los dos se atrevió a contradecirla.

—Ahora sé más específica, ¿qué beso?

Dianna le contó cómo se habían visto obligados por las circunstancias en la fiesta y como el beso había sido increíble y después, cuando terminó, Alden no volvió a actuar con normalidad con ella.

—No me parece que sea de los que se asusta. Tal vez está confundido con lo que siente por ti y necesita un poco de espacio para entenderlo.

—No lo creo. —Ella no era tan optimista como su amiga.

—Yo tampoco le conozco demasiado, pero estoy de acuerdo contigo con que no parece un tipo que se asuste por un simple beso.

—¿Quién dijo que fue simple? —interrumpió a la protagonista de este—, fue un beso increíble.

—Mejor me lo pones —Jillian siguió con su teoría—, el beso hizo que se diera cuenta de que

sentía algo por ti y ahora está tratando de descubrir qué es. Después de todo, no empezasteis con buen pie, por lo que ahora que por fin os lleváis bien quiere estar seguro de lo que siente antes de dar el siguiente paso.

—No lo creo, pero estoy abierta a ver qué hace respecto a nuestra falsa relación.

—Chica lista. Actúa normal con él, si tiene algún problema que dé mueva ficha para solucionarlo. Eso es lo que yo hago con Luke cuando nos enfadamos por alguna tontería, dejo que se le pase hasta que me pide perdón.

—¿Siempre es él el culpable? —inquirió Ewan, confuso por la seguridad de su amiga al decirlo.

—No, pero siempre es él el que se disculpa.

Dianna alzó la mano para que Jillian la chocara.

—Sois lo peor —admitió el único chico, sonriéndoles.

—Y eso que todavía no te he sometido al tercer grado —dijo Jillian muy seria—. ¿Qué os pasa a mi hermano y a ti? Os habéis pasado toda la mañana jugando al gato y al ratón. Huelga decir que tú eras el ratón.

—No nos pasa nada.

—Inténtalo otra vez con más convicción y puede que me lo crea.

—No voy a hablar de tu hermano contigo —se quejó.

—De acuerdo, entonces háblame del tipo que te gusta. Obviaremos que tenemos los mismos padres.

—Es una buena solución —apoyó Dianna.

—¡Traidora! Menos mal que ibas a ayudarme a distraerla.

—Francamente, creo que te vendría bien la opinión de Jill antes de hacer algo drástico.

Ewan suspiró dándose por vencido y se detuvo en mitad de la acera, a solo unos metros de la pizzería a la que iban a por comida.

—¿Pedimos antes y te lo cuento a la vuelta?

—Muy bien, pero espero que sepas que no me voy a olvidar ni nada por el estilo. No hay

manera de que me distraigan —dijo, marcando la última palabra.

—Te conozco. Sé que no lo harás —suspiró sonoramente—. No sé en qué estaba pensando.

Capítulo 28



Alden se marchó con Aaron a casa. Habían comido todos juntos sentados en el suelo del salón de Jillian y Luke, porque la mesa y las sillas no se descargaron del camión hasta después de las cuatro. Tras comerse las pizzas y el antipasto que habían pedido volvieron al trabajo.

Se habían ido todos pasadas las seis de la tarde, Darian trabajaba en el turno de noche y el resto porque estaban tan cansados y agotados que Alden juraría que ninguno iba a hacer honor al sábado y salir de fiesta.

—¿Te dejo en casa o quieres venir a cenar? —preguntó Aaron.

—A casa. Necesito una ducha y tirarme en el sofá a descansar los músculos que ni siquiera sabía que tenía.

—De acuerdo, pero no tienes que esconderte. Estoy seguro de que Sophie no te hará preguntas sobre Dianna, después de todo, ella no ha visto cómo la has evitado durante todo el día.

Su respuesta fue un gruñido ininteligible que hizo sonreír a Aaron.

—¿Se puede saber qué te ha hecho para que huyeras de ella como si padeciera alguna enfermedad altamente contagiosa?

—Muy gracioso tu humor de médico —se quejó.

—Es la verdad. Solo señalo un hecho empírico.

—No estaba huyendo. Nunca hemos sido de los que hablan mucho, al menos que cuentes nuestras discusiones como charla.

—¿Me estás diciendo que os pasasteis el viaje a Milán enzarzados en una pelea tras otra?

—Ni siquiera voy a dignificar tu pregunta con una respuesta.

—O sea que no.

—¿A dónde quieres llegar? —la exasperación coloreaba su voz.

—¿Por qué la evitas?

—Porque es lo mejor para ambos. Es una mujer que podría llegar a gustarme. Mucho.

—¿Y cuál es el problema?

Le lanzó una mirada fulminante que su hermano no vio porque estaba concentrado en la carretera.

—No busco una relación.

—¿Sabes? A veces no es necesario que la busques para que aparezca. Solo no seas idiota, puede que algún día te arrepientas si lo dejas pasar sin ver a dónde os lleva.

—¿Y si no nos lleva a un buen lugar?

Lo vio encogerse de hombros.

—O puede que sí. Como sea, no lo sabrás si no lo intentas — sentenció, Aaron, muy serio.

—Supongo que tienes razón —concedió con desgana.

—Por supuesto que la tengo, soy el hermano mayor y además, el más sabio.

En cuanto llegó a casa, le pidió a Alexa que pusiera una de sus listas de reproducción favoritas y entró en el cuarto de baño donde se desnudó y se metió bajo la ducha. Normalmente cuando estaba bajo el agua era cuando le venían las ideas más increíbles y exitosas, lamentablemente esa tarde le dejó con las mismas dudas con las que había entrado.

Tras quitarse el sudor y el polvo de la jornada, se vistió con una camiseta vieja de publicidad y pantalones del chándal. Por suerte su casa tenía suelo radiante porque era de esas personas que se pasaba la vida descalzo.

Encaminándose a la nevera se preparó un sándwich de queso y una cerveza, que degustó sentado en la mesa de la cocina, con el móvil en las manos, sin terminar de decidirse. Las palabras de su hermano lo habían animado a mover ficha, pero sus propios secretos hacían que la situación fuera más compleja de lo que parecía desde fuera.

Cuando terminó, retiró los platos y se dirigió al salón tumbándose cuan largo era en el sofá. La música de Queen sonaba de fondo cuando mandó el primer mensaje.

No estaba muy seguro de que Dianna respondiera después de lo obvio que había sido al evitarla, pero contra todo pronóstico ella le contestó afirmativamente a su petición de hablar.

Volvió a escribir si le parecía bien que lo hicieran por videollamada y ella volvió a estar de acuerdo.

Nervioso por cómo exponer lo que quería decir, entró en su número y pinchó en la opción de videollamada.

Dianna tardó más de lo normal en responder:

—Perdona, no encontraba mi iPad —se excusó—. No veo muy bien con el móvil, prefiero algo más grande —confesó con las mejillas sonrosadas, Alden no sabía si por la carrera de buscar su iPad o por vergüenza ante su confesión.

Estaba mirándola fijamente cuando se dio cuenta de que llevaba gafas. Unas gafas metálicas, redondas y doradas que la hacían parecer una niña aplicada.

—¡Llevas gafas!

—¡Oh! —hizo el gesto de quitárselas, como si no recordara que las llevara, pero Alden la detuvo.

—Déjatelas. Parece que estuviera hablando con una Dianna más joven —bromeó—. ¿Por qué no te vi con ellas en el hotel?

—No me gusta llevarlas en público —confesó—, así que no suelo usarlas fuera de casa.

—Así que era por eso por lo que por la noche me mirabas medio bizca —se rio de buena gana —, era porque te habías quitado las lentillas y no llevabas gafas.

—No te miraba así —protestó.

—Tienes razón, era una broma.

—Te perdono, supongo que soy así de magnánima —concedió muy seria.

—¿Crees que podrías perdonarme también por haber sido un asno hoy? Estoy muy ensimismado con el trabajo y tiendo a abstraerme, incluso cuando estoy con gente —era una excusa bastante mala, pero Alden esperaba que ella no se lo hiciera notar y lo aceptara.

—No hay problema. Te prometo que no soy rencorosa.

—Bueno saberlo, ¿dónde estás? —preguntó él, tratando de averiguarlo mirando detrás de ella.

—Puede que suene a sexo telefónico, pero te prometo que no es mi intención —se rio—, estoy en mi cama. ¿Y tú?

—En el sofá, completamente desnudo de cintura para abajo y tampoco pretendo que lo confundas con que tengo intención de proponerte sexo telefónico.

La primera reacción de Dianna fue mirarle fijamente, tratando de leer en su expresión para descubrir si hablaba en serio o solo estaba bromeando, sin embargo, Alden se mantuvo impasible.

Pareció decidir que estaba bromeando porque se echó a reír. Las carcajadas de Dianna le obligaron a sonreír, tirando por el suelo su fachada de seriedad.

—¡Dios mío! Por un momento me has hecho dudar —siguió riendo ella.

—¿Necesitas ver mis pantalones o crees que mi palabra? —jugó él.

—Te creo, te creo. No sabía que tuvieras sentido del humor, normalmente eres mortalmente serio.

—Tengo sentido del humor, el problema es que no todo el mundo lo entiende.

Ella todavía soltaba risitas cada vez que se acordaba de la broma.

Hablaron durante un rato de los próximos eventos a los que había sido invitada y Alden aprovechó para hablarle sobre la boda de Darian.

—Lo sé —confesó—. Me lo comentó esta mañana. Para serte sincera no estaba muy segura de que hablara en serio. Era la primera vez que lo veía.

—Eso es culpa mía. Le dije que era posible que te llevara.

—¡Oh!

—No había ninguna posibilidad de que fuésemos juntos al evento de Tofani y que no se especulara sobre nuestra relación.

—La había, no soy tan famosa.

—Lo eres, y sobre todo, lo es tu padre y tampoco es que yo sea un desconocido.

—Sí, supongo que estábamos condenados a entendernos.

—¿Condenados? Eso no dice mucho a mi favor.

Ella sonrió, feliz de que hubieran encontrado el modo de volver a conectar.

—No seas tan literal. Sabes a lo que me refiero.

—¿Lo sé?

—Hoy estás más gracioso de lo habitual.

—¿Lo estoy o solo pretendo hacértelo creer? ¿Estás segura de que no quieres ver mis partes bajas?

—¡Oh, Dios mío! —rio ella.

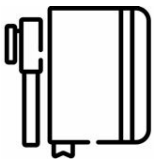
—¡Mierda! Eso ha sonado mal. Me refería a mis pantalones —aclaró.

—Al final voy a tener que decirte que sí solo para que te calles —jugueteó.

Cuando colgaron, cerca de la medianoche, Alden se sentía un poco menos culpable, aunque no le hubiese confesado toda la verdad, había dado un paso más allá en favor de su amistad especial.

Además, había sido capaz comprender lo que significaba para él el increíble beso que habían compartido, el problema era que no estaba seguro de qué hacer para volver a repetirlo o si se merecía intentarlo, dado lo insincero que había sido con ella.

Capítulo 29



El lunes siguiente, tras la fiesta de mudanza de Jillian, Ewan fue convocado a la planta de los ejecutivos, donde tenía sus dominios el director de informativos.

Por suerte había llegado temprano, lo que aseguraba que llevara dos cafés en el cuerpo. Estaba lo suficientemente despejado para lo que fuera que necesitaran de él, mientras que no le hicieran subir para despedirle, pensó con preocupación.

Su contrato no vencía hasta dentro de un par de años y había estado seguro de que cuando llegara la fecha le renovarían por otros tantos, sin embargo tenía que asumir que el despido era uno de los motivos que justificaban que le hubiesen hecho subir. Nunca antes había escuchado de nadie que fuera convocado en presencia del señor Harker de un día para otro.

Por suerte no tuvo que compartir el ascensor, la mayoría de los trabajadores ya estaban en sus puestos de trabajo, lo que lo libraría del mal rato de encontrarse con alguien si sus peores temores se cumplían y acababa de patitas en la calle.

Las puertas del ascensor se abrieron mostrando un espacio diáfano en el que el gran salón de recepción se abría a las puertas de los despachos, en cuyas antesalas se disponían los escritorios de las secretarias.

Fue una de ellas la que lo recibió y le hizo acompañarla hasta el despacho del director de informativos.

Al entrar se topó con que había alguien más con él: Cayden Archer, el presentador estrella de

las noticias. Ewan estaba al tanto de que la cadena había querido que aceptara cambiar a los informativos de la noche, pero él se había negado. ¿Quizás estaba allí porque seguían con la idea de convencerle?

—Ewan Bing, por favor, pasa y toma asiento —pidió Oliver Harker, estrechando su mano—. Sé que la petición de que te reunieras con nosotros ha sido repentina, pero lo cierto es que todo se ha dado así. Apenas hemos tenido tiempo para organizarnos.

Haciendo caso a lo que le había dicho el director, se sentó en la silla junto a la de Cayden, frente al enorme escritorio de roble. Se negó a mirarle para evitar ponerse más nervoso de lo que estaba.

—Verás. Ha habido un contratiempo y necesitamos que tú presentes el tiempo. —Soltó Harker sin preámbulos. Tras ello esperó a ver cómo reaccionaba Ewan, pero este estaba tan sorprendido que no fue capaz de articular una sola palabra.

Había subido temiendo la posibilidad de que fueran a rescindir su contrato y se encontraba con que lo que pretendían era ascenderlo.

—Sé que no te estoy dando tiempo para pensarlo, pero Bruce Stone nos ha dejado colgados y necesitamos que tú tomes las riendas hoy mismo.

—¿Va a cambiar mi horario?

—¿Qué? No —descartó—. Disculpa, ni siquiera me he explicado bien. Tú presentarías el tiempo del mediodía. Por eso le he pedido a Cayden que nos acompañe, ya que será él quien te dé paso cada día.

—Estoy seguro de que estás más que capacitado para asumir el reto —habló Cayden por primera vez desde que Ewan había entrado.

—De acuerdo. Está bien. Contad conmigo —sabía que tenía que callarse, pero estaba demasiado nervioso para hacerlo.

—Maravilloso. Por supuesto, tendrás que firmar otro contrato y tu sueldo mejorará considerablemente.

Harker siguió explicándole los pormenores del trabajo de presentador, pero Ewan desconectó,

asombrado y preocupado a partes iguales. Jamás se había imaginado a sí mismo presentando el tiempo y mucho menos como *partenaire* de Cayden. ¿Y si tartamudeaba o se le olvidaba el texto en pleno directo? ¿Sería lo bastante fotogénico para salir bien en pantalla?

—Hoy mismo te haremos llegar el nuevo contrato para que lo firmes.

Se levantó de la silla para despedirles.

—Dejaré que Cayden te muestre el plató y te presente a tus nuevos compañeros.

—Gracias —temblaba cuando volvió a estrechar su mano.

Siguió a Cayden como un zombi sin siquiera mirar hacia donde iban, se subió en el ascensor con él, bajó de este cuando él lo hizo y siguió caminando tras él hasta que se vio dentro del despacho de este. Fue entonces cuando su cerebro estalló y soltó todos los pensamientos que daban vueltas en su agitada cabeza.

—¿Lo has hecho tú? —preguntó, sonando a acusación.

—No, Bruce ha fichado por otra cadena, por lo que van a pasar a Lola al informativo de la noche, ya que tiene más experiencia que tú.

—¿Por qué yo? Hay más gente en la cadena que puede hacerlo.

—Eres la mejor opción, ya eres alguien relevante en redes sociales y no hay duda de tu capacidad como meteorólogo —explicó, confuso por las preguntas.

—¿Estás seguro de que esos son los únicos motivos para escogerme? ¿No me has recomendado para el puesto?

—Puede que diera mi opinión cuando me preguntaron al respecto, ¿dónde está el problema? —preguntó, sorprendido de su reacción.

—El problema es que no quiero que me consigas un trabajo como premio de consolación solo porque no quieres estar conmigo.

—¿Disculpa? ¿De qué estás hablando?

—De nada. Olvídalo. Gracias por la oportunidad, trataré de hacerlo lo mejor posible —se dio la vuelta, decidido a abandonar el despacho, pero Cayden lo asió del brazo y no le dejó escapar.

—¿Cómo es eso de que no te quiero? ¿De dónde has sacado esa idea?

—¿Quizás de la forma en la que has escapado de mí cada vez que hemos cenado juntos? Sé leer entre líneas, ¿sabes?

La expresión de Cayden pasó de confundida a enfadada en apenas unos segundos.

—Voy a dejar esta conversación para más tarde. Es lo mejor ya que este será tu primer día aquí, pero te advierto que no voy a dejar que pase de hoy para que aclaremos tus dudas y yo deje clara mi postura.

—No tengo dudas.

—Tú estás completamente equivocado, pero ahora no es el momento. Ahora toca ser profesionales y presentarte a tus compañeros.

Dicho eso, tomó la iniciativa para salir del despacho e ir presentándole a todo aquel que se cruzó en su camino. Se detuvieron especialmente con los técnicos de sonido y con los informáticos, que eran los que debían mostrarle cómo cambiar las pantallas tras de él, donde aparecían los mapas y la previsión de lluvia.

Durante todo el tiempo que estuvieron juntos, Cayden no fue más que serio y profesional. Era evidente que estaba enfadado con él, Ewan no estaba seguro del motivo, pero estaba claro que lo estaba.

Se planteó si había alguna posibilidad de que Jillian y Dianna tuvieran razón y solo estuviera tratando de llevar su relación poco a poco para que él viera lo serio que era con ella, porque si ese fuera el caso, el cabreo monumental que se cargaba tendría una explicación.

Sea como fuere, tenía que dejar de lado los temas personales si pretendía ser medio decente en su primera intervención en la televisión nacional.

Por si acaso, iba a guardarse la noticia y a no contárselo ni a su madre ni a Dianna hasta que hubiera superado la prueba. Si es que lo hacía, dado su estado de nervios actual, no estaba muy seguro.

Capítulo 30



Dianna estaba agotada, como siempre que tenían reunión de contenidos. Su energía se extinguía tratando de defender sus proyectos y de no poner los ojos en blanco al escuchar algunas de las propuestas de sus compañeros.

Aunque la peor parte era la organización: después de la reunión tenía que recopilar datos y establecer un horario para cumplir con todo el trabajo que le correspondía. Por ello, se había saltado la hora de la comida y estaba engullendo un sándwich de la máquina y un refresco, cuando le llegó un mensaje de texto.

Apenas apartó la mirada del ordenador hasta que vio quién era el remitente.

Lo abrió sorprendida de ver que era un vídeo, cuya leyenda era: tu primo tiene estilo.

Confundida y ansiosa, pulsó reproducir y la imagen de Ewan, vestido con unos pantalones chinos grises, una camisa blanca debajo de un jersey de cachemir azul marino y el pelo bien peinado le dio la bienvenida.

Ni siquiera se dio cuenta de lo que decía, el que tuviera el monitor del tiempo a su espalda era lo que captó su atención, así como que el vídeo hubiese sido grabado directamente desde la televisión.

Salió del él y escribió a Alden buscando explicaciones.

—¿Es de verdad?

Él respondió casi inmediatamente.

—¿El qué?

—El vídeo.

Su respuesta fue un emoji de una cara confundida.

Decidió que había dejado de perder el tiempo y le llamó directamente.

—No me digas que no lo sabías —pidió Alden, antes de saludarla siquiera.

—No lo sabía. ¿Tienes algún contacto en la cadena?

—Lo tengo, ¿por qué?

—¿Puedes colarme?

Alden se rio de la seriedad con la que ella hablaba.

—Voy a meterme en un lío si lo hago.

—No te preocupes, testificaré que no eres mi cómplice y estarás libre de cargos. Eso sí, te aviso de que voy a matar a mi primo en cuanto lo localice.

—¿Y a qué se debe ese afán asesino que te ha dado?

—A que no me ha informado de que iba a ser el nuevo presentador del tiempo, por supuesto. Espero por su bien que se lo haya dicho a mi tía porque puede que yo lo asesine, pero ella le hará papilla.

La risa de Alden ronca y sexy sonó a través de la línea.

—Sois una familia interesante —bromeó—, en media hora estoy en la puerta de la revista. Baja y te llevaré a la cadena.

—Gracias.

—No me las des —se rio burlón—, adoro los dramas familiares. Sobre todo, si soy un mero espectador.

Alden se lo estaba pasando en grande viendo a Dianna hervir a fuego lento. Hasta el momento todas las veces que la había visto enfadada era él el protagonista de su malhumor, por lo que el cambio de roles le tenía fascinado.

Y pese a todo, era evidente lo mucho que quería a su primo y lo molesta que estaba porque

este le hubiera ocultado su ascenso, y al mismo tiempo, lo orgullosa que se sentía de él. En medio de sus arrebatos no podía dejar de alabarlo por lo bien que lo había hecho o lo estupendo que se veía en la pantalla.

Cuando aparcó en el estacionamiento de la cadena y subieron al hall, recibieron un pase de visitas y se dirigieron a la planta de informativos. La suerte hizo que la primera persona con la que se encontraran fuera Vivian, una vieja amiga de la facultad, que había terminado trabajando de redactora con Cayden.

—Hola, Viv, preciosa —la saludó con un abrazo—, ¿cómo va todo?

—Con algunos cambios inesperados, pero por lo demás bien.

—¿Cambios?

—Bruce Stone ha dejado tirada a la cadena con solo unas horas para que se pudiera organizar su sustitución, así que han enviado a nuestra presentadora del tiempo al informativo de la tarde y nos hemos quedado con el novato.

—Lo ha hecho muy bien —apuntó Dianna, dispuesta a comerse a la tal Vivian si decía algo malo de Ewan.

—Lo ha hecho —aceptó la mujer, mirándola con curiosidad.

—Lo siento —se excusó Alden por no haberlas presentado—, ella es Dianna Doyle, la prima del nuevo presentador —aclaró—, y ella es Vivian Wildes, una vieja amiga de la facultad de periodismo.

—Encantada, Dianna. No pretendía decir nada malo de tu primo, lo ha hecho genial.

—Lo siento, estoy un poco nerviosa. No sabía que iba a salir en las noticias, no me ha dicho nada.

Vivian asintió.

—Seguramente porque ni él mismo lo sabía. Ya os digo que ha sido todo de un momento para otro.

—¿Y dónde está Cayden?

—En su despacho, con el nuevo presentador. Imagino que estará dándole alguna charla

motivadora —dijo con un guiño que ninguno de los dos comprendió hasta varios minutos después, cuando tras llamar a la puerta del despacho de Cayden y en vista de que nadie contestaba, abrieron y se toparon con la imagen de ambos hombres fundidos en un apasionado beso.

—¿Deberíamos volver más tarde? —preguntó Alden en voz alta, logrando con ello que se separaran.

—De eso nada —apuntó Dianna entrando y obligando a su acompañante a hacer lo mismo—, cierra. No quiero que terminen llamando a seguridad.

—Tú, traidor —dijo apuntando a un Ewan todavía aturdido por el beso—, ¿por qué no me has avisado de que ibas a salir en televisión?

—Estabas trabajando —se defendió—, no podías verlo y tampoco estaba seguro de que fuera a salir bien. —Se detuvo a sí mismo al caer en la cuenta de que, efectivamente, su prima debería de estar trabajando—. ¿Cómo…?

—Él —señaló a Alden—, me mandó un vídeo.

—¡Qué rápido me has vendido! —Se lamentó—, encima que lo he dejado todo para traerte.

Dianna le lanzó una mirada fulminante, antes de volver a centrar su atención en Ewan.

—Ahora, explícate.

—Ya te lo he dicho, no sabía sí…

—No, lo vuestro —paseó el dedo entre Cayden y Ewan—. ¿Qué está pasando? ¿Sois amigos… con derechos, ¿pareja?, ¿qué sois?

—Somos novios. Acabamos de empezar a salir —explicó Cayden con una sonrisa brillante—. ¿Qué te parece? ¿Me aceptas como pariente político?

Ella sonrió de oreja a oreja.

—No seas ridículo, desde este momento eres mi primo favorito.

—¡Oye! —se quejó Ewan.

—Tú no hables. Todavía estoy enfadada contigo.

—¿Y si te compenso? —trató de ganársela—, os puedo invitar a comer, me han subido el

sueldo.

—Es un comienzo. Solo dime una cosa ¿se lo has contado a mí tía?

La cara de Ewan se puso blanca primero y verde después.

Dianna se echó a reír de buena gana.

—Te perdono si me dejas estar delante cuando se lo cuentes a mi tía —ofreció—. Sabes que cuánto más tardes va a ser peor?

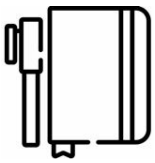
—Yo te acompañaré —se ofreció Cayden—, le diremos la verdad, que ha sido cosa de improviso.

—Suerte con que eso la apacigüe —anunció, de repente ya no estaba enfadada—. La única oportunidad que tienes de que no te mate es que le haga más ilusión que por fin tengas novio.

—¡Dianna!

La expresión indignada de Ewan fue tan exagerada que les hizo reír a todos.

Capítulo 31



Ese era el primer fin de semana en el que Jillian se unía a Dianna y a Ewan en su cita del desayuno. Dadas las nuevas incorporaciones, habían establecido que los sábados, seguirían siendo solo ellos tres, los domingo, ya eran otra cosa, puesto que se les podían unir tanto Luke como Cayden, y el novio de Dianna cuando lo tuviera.

Sarah, su camarera habitual, recibió de buena gana a Jillian y esta quedó encantada con ella. Una vez hechas las presentaciones y sin necesidad de que pidieran nada, comenzaron a llegar los platos de comida.

—No hemos pedido —comentó la novata, confundida.

—No te preocupes, Sarah es una excelente lectora de mentes —bromeó Dianna.

—Tranquila —siguió Ewan—, te va a dar a elegir entre café y té, o puede que te traiga las dos cosas.

Como si hubiese dicho un chiste graciosísimo, los dos primos se echaron a reír sincronizados.

Cuando toda la comida estuvo dispuesta, Jillian tuvo que reconocer que Sarah había dado en el clavo. No había disfrutado de un *Full English* desde hacía mucho tiempo. Normalmente se arreglaba con un café y una tostada y un par de horas más tarde se tomaba un té para matar el gusanillo hasta la hora de comer.

Desayunaron entre bromas y buen humor, hacía mucho tiempo que no vivían los tres en la misma ciudad y el que Jillian se hubiera mudado era como recuperar una parte de su juventud,

cuando eran los tres contra el resto del mundo.

—¿Sabes? —preguntó Jillian mirando a Ewan—. Has cumplido el sueño de la mitad de las adolescentes del mundo —apuntó muy seria—, ligarte al hermano mayor de su mejor amiga. —Suspiró exageradamente—, todavía me acuerdo del hermano de Becky Martin, Erik.

Dianna que había tratado de aguantarse la risa no pudo más y estalló.

—No te rías, es verdad.

—Lo sé, es solo el modo en que lo has dicho —se excusó—, supongo que visto así, Ewan se ha convertido en un héroe.

Volvió a reírse ante la idea.

—Así soy yo —se jactó este—, un tipo increíble.

—Tampoco te pases —se rio Dianna.

—Lo eres, cariño —halagó Jillian—, nunca he visto a mi hermano más feliz y lo mejor de todo, tú no eres Gary.

Tras el comentario Ewan abrió los ojos como platos y Dianna estalló en risas que hicieron que los demás comensales los miraran con curiosidad o reprobación.

—Lo siento —se excusó, tratando de dejar de reír.

—¿Solo me quieres porque no soy Gary?

—Claro que no. Te quería antes de que fueras mi cuñado. Lo que quería decir es que me alegro de que alejaras a Gary de él —se inclinó sobre la mesa y bajó el tono como si temiera que alguien más los escuchara—, ya sabéis lo que quiero decir, el tipo hace honor a su nombre, es baboso, arrastrado y lento.

—¿Su nombre? —preguntó Dianna, perdida.

Ewan bufó.

—Gary, el caracol de Bob Esponja, ¿no tuviste infancia?

—¡Ah! Ahora lo pillo y no, soy demasiado mayor para conocerle —se quejó—, y vosotros también así que…

—Los veía por mis sobrinos —se defendió Jillian a toda prisa.

—Yo los veo por Newton. Le gustan los dibujos —comentó Ewan, con toda la dignidad que pudo encontrar.

Sus dos amigas se echaron a reír y Ewan temió que terminaran echándoles y prohibiéndoles el acceso al Crown.

—¿No te conté que nos lo encontramos la primera vez que salimos? Fue bastante engreído e impertinente.

—No me sorprende. El tipo es arquitecto —se burló Jillian.

—La verdad es que no entiendo como alguien tan genial como Cayden pudo estar tanto tiempo con él —comentó Dianna.

—¿Mi hermano tiene mal gusto?

—¡Oye! —protestó Ewan.

—Lo siento, lo siento. Mi hermano tenía mal gusto.

—Mucho mejor —concedió el nuevo presentador del tiempo.

—Por cierto, no os he contado que estoy trabajando muy en serio para haceros tíos —soltó Jillian, cambiando de tema—, ya estamos en Londres por lo que hay que seguir con el plan original y lo siguiente son bebés.

—Espero que lo disfrutes —bromeó Ewan.

—Gracias, tú también.

—¿Gracias? Pero no hay niños para mí.

—Entonces, solo disfruta.

—Me parece muy desconsiderado de vuestra parte estar restregándome vuestra vida sexual cuando ambos sabéis que yo no tengo de eso.

—No tienes porque no quieres —la regañó Jillian—, eres guapa, inteligente, educada. Búscate a alguien a tu altura y comienza a procrear.

Ewan se atragantó con el sorbo que le había dado a su bebida.

—Muy graciosa. Como si fuera tan fácil.

—¿Qué pasa con Alden?

—No lo sé. ¿Qué pasa?

—No intentes disimular —intervino Ewan—, sabemos que os estáis viendo y que habláis a todas horas.

Se encogió de hombros.

—Supongo que nos hemos hecho amigos.

—¿Y tú quieres eso? ¿Ser solo su amiga? —siguió su primo.

—Me gusta, ya lo sabéis, pero no creo que él sienta lo mismo. Hace tiempo me dijo que no es de relaciones…

—Entonces haz que lo sea —aconsejó Jillian.

—Como si fuera tan fácil.

—Lo es. Deberías aprovechar esta noche que salís juntos y tenéis que haceros pasar por una pareja para coquetearle, seducirle y enamorarle.

Dianna no contestó, pero compuso una expresión de desdén.

¿De verdad creían sus amigos que era tan fácil seducir a un tipo como Alden? La mayoría del tiempo no era capaz de adivinar lo que pensaba.

—Y tú, ¿vas al evento con Cayden? —le preguntó a su primo.

—Sí. Después de ir a todos los eventos contigo, este va a ser mi debut con él.

—¡Ay!, qué bonito —aplaudió Jillian—. ¿Y de qué va la cita de esta noche? Si puede saberse.

—Es la presentación de una colaboración entre una *WAGs* convertida en diseñadora de moda y una marca de ropa deportiva.

—Suena bien —concedió Jillian.

—La mayoría de la colección es masculina —explicó Dianna—, aunque hay algunas prendas de la colección de mujer que merecen mucho la pena.

—Supongo que hay *dress code*.

—Sí, me han enviado un conjunto estupendo que estoy deseando estrenar.

—Hazte muchas fotos. ¿Y tú, Ewan?

—A mí también me han enviado ropa —confesó con orgullo.

Dianna casi saltó por encima de la mesa para llegar a él y pellizcarla la mejilla, como hacían sus abuelos con ellos cuando eran pequeños y todavía vivían.

—Qué orgullosa estoy de ti.

—Debes. Es todo gracias a ti.

—No lo es. Ahora eres un famoso presentador de la televisión —rechazó.

—Apenas llevo una semana. No soy conocido por estar en la televisión y lo sabes —protestó.

—No importa. Ya eras conocido antes de ser presentador y ahora lo eres más, después de que se filtrara que mi hermano te estuvo persiguiendo para que aceptaras salir con él.

Ewan se llevó las manos a las sienes. La gente de la cadena se había montado una película romántica solo porque Cayden había ido un par de veces a su despacho para invitarle a comer y él, que estaba en plena fase de superación de su enamoramiento, había puesto excusas para no hacerlo.

—La gente habla tonterías —se quejó.

—Tampoco están mintiendo —los defendió Dianna—, ¿fue o no fue a invitarte a salir y le dijiste que no?

Asintió con la cabeza.

—Ahí lo tienes —secundo Jillian—, sin mentiras.

—Sois imposibles —zanjó él, dándose por vencido. Con una aún tenía alguna posibilidad de ganar, pero contra las dos era misión imposible.

—Lo somos, pero nos quieres —apuntó Jillian—, ahora los tres somos familia.

—¿En serio? —a Dianna no le salían las cuentas.

Ella asintió con vehemencia.

—Ewan es tu primo, pero también mi hermano político, y como es mi hermano político, por defecto, tú también eres mi prima.

—No creo que funcione así —dejó caer Ewan.

—Eso es genial. Somos familia —se emocionó Dianna—, ahora Cayden es mi primo también así que tú —señaló a Jillian—, como hermana de mi primo eres mi prima.

—¡Chicas!

Su nueva hermana política clavó una mirada seria en él:

—¿Tienes algo que objetar? —inquirió con la voz más formal que le había escuchado nunca.

—Nada que objetar, hermana —respondió a toda prisa.

—Eso pensaba.

Capítulo 32



La relación entre Alden y Dianna había dado un giro de ciento ochenta grados tras su videollamada el día de la mudanza de Jillian. Desde entonces se mantenían en contacto todos los días, si no se veían en persona para tomar café o para ir al gimnasio, habían descubierto que la casualidad había hecho que se matricularan en el mismo centro, aunque no lo descubrieron hasta que, una tarde, Dianna apareció con la bolsa de deporte a la cafetería donde habían quedado. Alden le preguntó por ella y acabaron descubriendo que iban al mismo gimnasio, solo que a horas distintas.

Desde la revelación trataron de coincidir con los horarios del otro. Igualmente, se mandaban mensajes de texto y hacían videollamadas cuando no podían verse en persona.

Respecto a su falso noviazgo, Dianna había asistido a diversos eventos desde Milán: uno de joyas y otro de bolsos, pero se había llevado consigo a Ewan, su primo necesitaba un poco de visibilidad ahora que era presentador, y al mismo tiempo era consciente de que Alden tenía trabajo y no podía estar veinticuatro horas siete días a la semana disponible para ella. Por ese motivo había reservado los eventos más afines a sus gustos para él.

Ese sábado, empero asistirían juntos porque el propio Alden había sido invitado por sí mismo y Ewan iba a ir como acompañante de su novio.

Por ese motivo pasó a recogerla en un taxi. Alden y Cayden habían acordado no conducir, razón por la que iban a compartir vehículo y disfrutar de la fiesta al completo sin estar

preocupados por el consumo de alcohol.

Cuando bajó a su portal Alden y Ewan ya la esperaban en la puerta. Alden iba vestido como lo hacía habitualmente: con pantalones de vestir, camisa y un jersey, el único guiño al *dress code* de la fiesta eran las impresionantes zapatillas que llevaba.

Ewan en cambio estaba impresionante con unos pantalones de vestir oscuros, zapatillas y una sudadera malva con una llamativa impresión, piedras y lentejuelas.

—Estáis guapísimos —los halagó con sinceridad.

—Tú también —señaló Alden, siendo secundado por Ewan.

—Me encantan los pantalones —apuntó el último.

Dianna llevaba un top deportivo de la marca, pantalones dorados de piel de la colección que iban a presentar esa noche y taconazos. Se cubría del frío con una blazer negra.

Una vez en el taxi recogieron a Cayden, que había optado por el mismo estilo de *look* que Alden, ropa habitual y zapatillas de diseño, y se dirigieron al evento, donde tras la presentación y el breve desfile, se sirvieron copas y canapés entre los invitados.

La noche transcurrió entre el buen ambiente, la buena comida, la música y la mejor compañía. Al final, Ewan y Cayden fueron los primeros en marcharse. La idea original era que se fueran juntos, pero Dianna estaba liada con fotografías que tenía que hacerse para las promociones y cuando estos decidieron que ya no podían dar más de sí, ella seguía trabajando.

En un momento dado, Bianca Amato hizo el intento de acercarse a Alden, pero Dianna fue más rápida y bloqueó su acceso agarrando a su falso novio para arrastrarlo a la pista de baile.

Se mecieron al ritmo de la música mientras ella escondía la cara en su cuello y se reía de la situación. Había actuado como una novia celosa, pero había valido la pena porque eso la había llevado a estar de nuevo entre sus brazos, algo con lo que llevaba soñando desde el beso en Milán.

—Lo tuyo con esa chica es épico —bromeó Alden.

—En realidad es ella conmigo. Tiene fijación por entablar amistad con las personas que son cercanas a mí. Lo que tiene cero sentido porque me odia visceralmente.

—¿Por qué te odia?

—No lo sé. Siempre lo ha hecho.

—¿Sabes que ahora tengo curiosidad?

Dianna sonrió.

—Si lo descubres, cuéntamelo —dijo con un guiño al tiempo que se ponía de puntillas para darle un beso en la mejilla—. Gracias por preocuparte.

Alden la miró con fijeza, todavía sintiendo el calor del beso en su piel. Ni siquiera se paró a pensar en donde estaban o en todo lo que no le había dicho a Dianna, no lo pensó. Su cerebro hizo cortocircuito y antes de que se diera cuenta de lo que hacía la estaba besando apasionadamente en medio de la pista de baile. Sin preocuparse lo más mínimo por quién los viera o lo que pensaran de semejante demostración pública.

—Vámonos de aquí —pidió, unos minutos después cuando la urgencia se interpuso.

—De acuerdo.

Habían logrado mantenerse alejados durante el trayecto hasta el apartamento de Dianna, pero en cuanto bajaron del taxi sus bocas se pagaron como imanes y no volvieron a despegarse ni en el ascensor, ni en la misma puerta de acceso a su casa, cuando Dianna abrió sin dejar de besarle y ambos entraron a trompicones, separándose el tiempo justo para cerrar. El blazer tardó menos de un minuto en terminar en el suelo y las suaves manos de Alden se posaron en su abdomen, en sus hombros, en sus pechos. Con el pequeño top de deporte cubriendo la parte superior de su cuerpo el acceso a este era fácil y aun así, Alden tiró hacía arriba con la intención de hacerlo desaparecer.

Bajándose de sus tacones, Dianna se ocupó de mostrarle que ella también quería ver piel, por lo que le ayudó a deshacerse del jersey y de la camisa, quedando los dos en igualdad de condiciones.

Todavía se debatía sobre qué superficie de piel suave y velluda lamer primero, cuando Alden tomó la iniciativa asiéndola de la mano y llevándola hasta el sofá, donde gentilmente la hizo

sentarse para ponerse de rodillas ante ella y dedicarse a rendir el homenaje oportuno a sus pechos.

La acarició con su lengua, al tiempo que sus manos continuaban disfrutando del puro placer de acariciarla.

Sintió sus gemidos contra su boca, y la lengua de Dianna emprendió su propio viaje. Tomando la iniciativa, besando y lamiendo su cuello, su clavícula, cada centímetro de él al que podía acceder.

Su cuerpo reaccionó violentamente, y antes de que se diera cuenta de lo que hacía, estaba tratando de desabrochar sus pantalones, ansioso por verla sin ellos. Desesperado por tener acceso completo a su cuerpo, tiró de ellos arrastrando al mismo tiempo su ropa interior. Desnuda y a su merced, la levantó del sofá, apenas consciente de donde estaban y de que ella merecía una cama, la cogió por la parte posterior de sus muslos mientras ella abría automáticamente las piernas y las envolvía alrededor de sus caderas, agarrándose a él por los hombros.

—Ha pasado un tiempo para mí —confesó Dianna, y fue como si al decirlo, Alden volviera de golpe a la realidad de lo que estaba sucediendo, y no podía ir más allá sin que ella supiera toda la verdad.

No podía seguir sin ser sincero del todo sobre sus motivos para ayudarla. Le gustaba, y aunque había un riesgo de que ella se enfadara, y se negara a volver a verlo, aun así, tenía que ser sincero.

—Espera —pidió, apartándose de ella, todavía temblando por el deseo—, tengo que decirte algo.

—¿Ahora?

—Sí, es importante.

Con cuidado la bajó de sus brazos y trató de alejarse unos pasos. La visión de su cuerpo y su propio deseo, le estaban complicando ser coherente.

—¿Estás casado? — inquirió Dianna de repente.

—¿Qué? No.

—¿Entonces? ¿No puede esperar?

—No puedo acostarme contigo sin decírtelo.

—De acuerdo, ahora me estoy asustando —confesó, tomando la camisa de Alden del suelo y poniéndosela para sentirse menos expuesta.

—¿Recuerdas cuando me pediste que te acompañara a Milán? ¿Recuerdas que Cayden mencionó que tenía colegas que estaban investigando a Tofani y su implicación con la mafia?

—Sí.

—Era yo. Yo soy la persona que está investigando. Evidentemente, no puedo asegurar que soy el único, pero eso no es lo importante ahora. Lo importante es que no te lo dije y te dejé creer que era yo el que te estaba haciendo un favor a ti, cuando la realidad es que nos estábamos ayudando mutuamente.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó sin el menor atisbo de molestia en su voz. Había curiosidad, pero Alden no notó ira o enfado.

—Inicialmente no pensé que fuera necesario y después…

—¿Después? —insistió al ver que se quedaba callado.

—Me dio miedo. Temí que fuera demasiado tarde y que si te lo contaba estropeara las cosas entre nosotros.

—Y aun así, me lo cuentas ahora. En un momento tan… delicado.

—No me lo perdonaría si hubiésemos llegado al final sin contarte la verdad.

—Te lo agradezco — respondió en un tono plano.

—¿Estamos bien o crees que podremos estarlo? De verdad me gustas, Dianna. Mucho, como para una relación y ya te dije que yo no soy de los que las tienen. —Se tomó un segundo para ordenar sus ideas—. Es por esa razón por la que te lo estoy contando todo ahora. Si comenzamos algo quiero que sea en igualdad de condiciones, sin secretos.

—Estamos bien, aunque en este momento… creo que quiero irme a la cama.

—Por supuesto —accedió, buscando su ropa para ponérsela.

Cuando encontró el jersey, Dianna hizo el amago de quitarse la camisa y devolvérsela, pero él

no lo permitió.

—No, ya me la darás otro día. Tampoco es como que no vayamos a vernos más ¿verdad?

—Claro que no. Te espero mañana para ir a desayunar —le recordó—, tanto Cayden como Ewan te han invitado.

—¿Y tú?

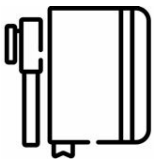
—Y yo, por supuesto — confirmó con una breve sonrisa.

Desconcertado por no saber cómo se lo había tomado realmente Dianna, quien, aparentemente estaba bien, se encaminó hacia la puerta para marcharse.

—Buenas noches, novia —se despidió, recuperando su broma que, en esa ocasión, no fue devuelta por ella.

—Buenas noches, Alden.

Capítulo 33



Tal y como había prometido, Alden se presentó a recoger a Dianna en su casa para acudir a desayunar con sus amigos. Contra todo lo esperado, ella se mostró como siempre, y aunque no le dio un beso al entrar en su coche, sí que le regaló una sonrisa, lo que apaciguó un poco sus temores.

El trayecto comenzó un poco incómodo, Alden no sabía cómo iniciar una conversación, lo que le hizo sentir tonto, ¿desde cuándo estaba tan preocupado de decir algo incorrecto? Definitivamente, el que Dianna le gustara lo estaba volviendo un completo imbécil y no estaba acostumbrado a sentirse tan indefenso.

—¿Has estado alguna vez en el *Crown*? —preguntó ella, acabando con el tenso silencio.

—No, ¿qué debería pedir para comer?

Dianna se rio como si hubiese dicho algún chiste especialmente gracioso.

—¿La comida no es buena?

—La comida es estupenda, pero dudo que Sarah te permita pedir nada —explicó—, te mirará y elegirá lo que vas a desayunar. La parte buena es que tiene buen ojo —dijo sin dejar de sonreír.

—¿Si no podéis escoger vuestra comida por qué vais cada semana?

—Ya te lo he dicho: la comida es buena y Sarah es genial. Si algún día necesitas un consejo, búscala, le encanta compartirlos.

Alden apartó la vista de la carretera para mirarla con suspicacia.

—Tú y tu primo estáis locos y lo peor es que nos habéis arrastrado a todos en vuestra locura.

Dianna se encogió de hombros.

—Supongo que sois personas con suerte.

—Supongo que lo somos.

Fueron los últimos en llegar, sin embargo Sarah todavía no había hecho su magia, decidida a esperar a que estuvieron todos.

—No ha querido traernos ni un café hasta que estuviéramos todos —se quejó Luke, el marido de Jillian.

—Bueno, ya estamos aquí —lo tranquilizó—, y estoy segura de que habrá café en la mesa.

Luke la miró con extrañeza, al parecer no estaba al tanto del servicio que se iba a encontrar en el Crown.

Cinco minutos después, apareció Sarah con una sonrisa enorme al ver que la mesa de sus chicos había crecido para añadir a amigos y parejas.

—Esto es para ti —dijo la camarera, dejando una taza de humeante café frente a Luke—, solo y doble. Tienes cara de necesitarlo.

El aludido se quedó con la boca abierta, viendo como todos menos su esposa recibían café a su gusto sin siquiera pedirlo.

—Para ti un té, querida. Tienes mejillas de embarazada —anunció silenciando el parloteó de la mesa.

La sonrisa de oreja a oreja de Jillian fue tan sincera que se ganó la alegría de todos.

—¿De veras, Sarah?, ¿crees que estoy embarazada?

Ella asintió.

—Tienes las mismas mejillas sonrosadas y prominentes que tenía yo en cada uno de mis embarazos —apuntó muy seria—. Ahora os traigo el resto, chicos.

Se fue sin preguntar lo que querían desayunar.

—Antes de ir a casa tenemos que pasar por una farmacia —le dijo a Luke, quien seguía

asombrado por la situación.

—De acuerdo, pero no creo que debas emocionarte mucho, cariño. Ella no es médico y otra cosa… ¿qué comida va a traer si no nos ha preguntado?

Fue Alden el que respondió.

—Al parecer es el modo en el que funciona esta cafetería. Comerás lo que sea que Sarah decida que debes comer.

Iba a abrir la boca, pero la cerró cuando le plantaron un plato de *pancakes* delante.

—Te he traído sirope de arándanos casero —explicó—, ¿quieres otra salsa? Tenemos jarabe de arce, miel…

—No, así es perfecto. Gracias, Sarah.

—De nada, querido.

Nadie se atrevió a decir nada delante de ella, pero no hicieron más que burlarse de Luke cuando la mujer descargó la comida de todos.

—¿Qué te parece, Luke?, ¿ha acertado? —se guaseó Ewan.

—Si no te gusta, dámelo a mí —bromeó Cayden, quien bajo ningún concepto estaba dispuesto a cambiar sus huevos con salchichas.

—Si, Luke, ¿tu madre no te hace *pancakes* para desayunar cada vez que vamos a su casa? —preguntó Jillian, fingiendo no estar segura.

—No puedo creer que te unas a ellos —se quejó su marido, al tiempo que engullía su comida.

Cuando se cansaron de meterse con él, desviaron su atención a Dianna y a Alden, que eran los que permanecían silenciosos, a pesar de estar compartiendo la comida del plato de uno y otro.

Ninguno de los dos se había dado cuenta, pero actuaban como una pareja de mucho tiempo.

—¿Va todo bien con vosotros? Estáis raros —comentó Jillian, mirándolos a ambos—. Más raros de lo normal.

—Tiene razón —secundó Ewan—, estáis compartiendo comida y cuchicheos como si estuvierais solos en la mesa.

—¡Oh! Es que tenemos un secreto —admitió Dianna, muy seria.

—¿Lo tenemos? —inquirió Alden, de repente nervioso por lo que fuera a decir.

—Por supuesto.

Él asintió, a cada segundo más confundido.

—¿Y cuál es? —insistió Ewan.

—Uno bueno, en realidad. Alden y yo estamos saliendo —soltó Dianna—, sorprendiéndolos a todos, incluso al propio Alden—. Esta vez no es una tapadera. ¿Verdad, novio?

—Sí, amor — sentenció él, con una sonrisa satisfecha.

Dianna no había planeado soltar semejante bomba. De hecho, ni siquiera lo pensó hasta el momento en que lo dijo. Aunque lo sorprendente de la situación era la sonrisa encantada que Alden le estaba ofreciendo en esos momentos. No había nada falso en ella, era pura y simple aceptación.

—¿Sabes? —dijo, inclinándose para hablarle en la oreja, por encima de las preguntas curiosas de sus amigos—. Ninguna mujer me había pedido salir antes. Al menos no, como tú los has hecho.

—¿Cómo lo he hecho?

Él la miró con fijeza.

—No puedes retractarte ahora que he dicho que sí —avisó, muy serio.

—No lo voy a hacer, pero ¿qué quieres decir…?

—Las mujeres me han pedido citas —explicó—, pero nunca que fuera su novio. —Arrugó el ceño—, o puede que alguna lo hiciera cuando era adolescente, si no lo recuerdo no pasó. Como sea, ahora soy tu novio y tienes que conservarme. No queremos que la gente especule sobre nosotros.

—Claro que no, novio.

—Me alegra ser tu novio, amor.

Ella rio, feliz y todavía un poco alucinada por los recientes acontecimientos.

—¿De qué estáis cuchicheando ahí? —se quejó Jillian—, queremos saber.

—Cosas de novios —zanjó Alden, con un guiño travieso que aceleró el corazón de Dianna.

Más tarde, mientras conducían a casa de Alden para pasar el día, Dianna se sintió valiente y sacó el tema que le había preocupado desde el momento en que formalizaron su relación.

—Ya es oficial, somos novios. ¿Crees que tu conciencia te permita terminar lo que empezamos ayer o quieres ir despacio?

—Mi conciencia está perfecta, pero no te olvides de que soy un caballero —apuntó con una sonrisa traviesa—, primero he de llevarte a una cita adecuada.

—Suena bien.

—En ese caso, resérvame el próximo sábado —pidió sonriente.

—¿Hasta la semana que viene? —se quejó.

—Por supuesto que no —rio, divirtiéndose con la situación—, nos veremos entre semana, como siempre. Solo te he dicho que el sábado te llevo a cenar.

Dianna le miró con los ojos entrecerrados.

—Lo estás disfrutando ¿verdad?

—Más bien anticipando.

Capítulo 34



La semana pasó más rápido de lo que Dianna había imaginado. Hubo noches que cenó con Ewan, otras en las que se les unieron Cayden y Alden y algunas que pasó en casa trabajando.

Del mismo modo, también coincidió con su novio en el gimnasio y mantuvo conversaciones picantes con él a través de videollamada, no obstante, a excepción de algunos toqueteos y muchos besos, la cosa no pasó a mayores.

Tanto Jillian como Ewan estuvieron de acuerdo en que era especial que Alden quisiera llevarla a cenar antes de meterse en su cama, y Dianna, aunque frustrada, no pudo discrepar.

El sábado llegó por fin y comenzó con el habitual desayuno con sus amigos y una tarde de compras. No era que no tuviera nada que ponerse para su cita, tenía el armario lleno a rebosar de ropa, sino más bien que la idea de ir de compras con ellos le apetecía especialmente.

Al final la escapada duró más de lo esperado y terminó corriendo a casa para arreglarse antes de que fuera la hora en la que había quedado con Alden para que pasara a recogerla.

Se metió a toda prisa en la ducha y se arregló en tiempo récord. Había optado por un vestido cruzado con lentejuelas, negro y largo hasta medio muslo. Lo remataba con unas *Mary Jane* y calcetines del mismo color que el vestido. El abrigo largo y el bolso eran del mismo tono cromático que el resto de su atuendo. El cabello se lo había dejado suelto con ondas. Su perfume favorito en lugares estratégicos y estaba lista para lo que le deparara la noche.

Acaba de retocarse el pintalabios cuando Alden le aviso de que ya estaba esperándola.

Al salir del portal se encontró con que él estaba fuera del coche aguardando para darle un beso y abrirle la puerta.

—Gracias.

—Un placer —respondió, antes de cerrar y dar la vuelta hasta el asiento del conductor.

Arrancó el motor y la música de U2 comenzó a sonar de fondo en la radio, pero duró poco porque enseguida pasaron al tema principal de la emisora: el fútbol.

—¿Te molesta? —preguntó él.

—Para nada.

—¿Te gusta el fútbol? —la esperanza se notaba en su voz y Dianna se tragó una sonrisa.

—No especialmente. ¿A dónde vamos? —dado que Alden estaba resultando ser un fanático del deporte, lo mejor era cambiar de tema, decidió ella, antes de que descubriera lo tedioso que le parecía ver a veintidós hombres corriendo en pantalón corto detrás de una pelota.

—He reservado en *Pergola on the Roof* en Paddington. ¿Te parece bien?

—Por supuesto. He oído hablar de sus hamburguesas, pero nunca las he probado.

—La comida está buena, pero lo que es espectacular es el restaurante en sí —explicó.

Continuaron hablando de todo un poco hasta que llegaron a su destino y Dianna tuvo que reconocer que Alden no había exagerado.

—Me pareció un topicazo llevarte a un italiano o a un asiático —explicó mientras seguían al camarero por las filas de mesas—, así que he pecado de original y te ofrezco comida alemana, americana y china. Todo en el mismo lugar.

—Totalmente original —concedió, sonriendo.

Una vez en su mesa se fijó en lo que la rodeaba. Se trataba de un espacio de estilo industrial con grandes mesas de madera y bancos para sentarse. Repleto de luces con amplias tuberías de aluminio sobre sus cabezas.

—No creí que te gustaran estos sitios.

—Lo que quieres decir es que crees que soy demasiado *snob* para este lugar —tradujo Alden, sin mostrar sus cartas.

—No, yo…

—Estoy bromeando —explicó—, puede que sea un poco clasista con el trabajo, pero en la vida real soy un tipo bastante normal.

—Si tú lo dices… —concedió Dianna.

—Ya verás que sí. Después de todo ahora eres mi novia —se encogió de hombros—, estás obligada a pasar tiempo conmigo.

—Si no hay más remedio.

Los dos terminaron decidiéndose por la hamburguesa completa que, tal y como había escuchado Dianna, estaba espectacular. Tras la cena, fueron al *The Golden Bee* a tomarse una copa, pero los dos pensaban en lo que iba después, por lo que no tardaron mucho en coger el coche y dirigirse a casa de Dianna.

Llegaron más rápido de lo esperado, dado el tráfico de Londres un sábado por la noche, pero aun así, no fue lo suficiente para el anhelo que los embargaba a ambos. Hasta el momento se habían permitido pequeños gestos de cariño: besos, abrazos, caricias superficiales y tomarse de las manos, nada que consiguiera apagar el deseo que ambos sentían.

Entraron en el apartamento de Dianna y tras quitarse los abrigos se fundieron en un beso intenso que dejó a ambos jadeantes y necesitados de más.

—Creo lo que mejor será que nos movamos al dormitorio antes de que las cosas se vuelvan intensas —comentó Alden, consciente de que la vez anterior apenas habían llegado al sofá, y eso que no habían terminado de quitarse la ropa.

—De acuerdo. ¡Vamos! —ella lo asió de la mano y lo llevó hasta su cuarto, abriéndolo para que pasara primero.

Una vez dentro se negó a perder más el tiempo por lo que la tomó por los hombros y la pegó a su cuerpo para tenerla cerca y poder besarla a placer.

Se separaron con la respiración entrecortada para deshacerse de las molestas ropas.

—¿Me echas una mano con la cremallera? —Dianna se dio la vuelta y se apartó el pelo para

que pudiera bajársela.

Fascinado, se tomó más tiempo del necesario para hacerlo, besando cada centímetro del piel suave que iba quedando a la vista.

Cuando la cremallera estuvo completamente bajada, Dianna se dio la vuelta para tenerle de frente mientras seguía con su tarea.

Las manos de Alden, que habían ido a su propia ropa, se inmovilizaron en la cintura de sus pantalones, demasiado maravillado con el espectáculo que tenía delante como para moverse o parpadear.

Dianna se estaba deshaciendo del vestido mostrando el conjunto de lencería que llevaba debajo y que había logrado que él se olvidara de respirar.

—Ven aquí, por favor —pidió con la voz ronca por el deseo.

Le deslizó las manos por la espalda desnuda hasta las caderas. La acarició hasta que su propia respiración se alteró, y entonces se apoderó de su boca. Su beso fue exigente, y ella se perdió en su fuerza. Su lengua penetró en su boca, y Dianna celebró la sensación salvajemente erótica de besar a Alden.

El beso se hizo más profundo. La intensidad de su excitación le apretaba el vientre mientras le pasaba las manos por los costados. Bajando la cabeza, le besó los pechos, todavía cubiertos de encaje y se los succionó a través de la delgada tela hasta hacerla tambalear de deseo.

—Estás vestido —se quejó con voz entrecortada.

—No por mucho tiempo —repuso él, apartándose para quitarse a toda prisa la ropa.

— Tú también — pidió y como con el vestido, Dianna le dio todo un espectáculo deshaciéndose del seductor conjunto.

Escuchó una risita nerviosa de ella cuando estuvo fuera de su ropa, pero siguió con su propia tarea hasta quedar tan desnudo como lo estaba Dianna.

La acostó sobre la cama.

—Eres tan hermosa.

Relajándose, Dianna le dejó separarle las piernas y acariciar la piel blanda y firme del interior

de sus muslos. No tardó en sentirse rendida, confiada por completo a él. Cuando Alden la abrió, ella se le rindió. No se resistió a sus dedos cuando facilitaron el paso. Lo recibió con gozo ardiente y desbocado cuando él estuvo desnudo y acostado entre sus muslos abiertos.

—Ahora despacio, cariño —dijo él con voz áspera mientras no dejaba de acariciarla—. Necesito tomarme mi tiempo. Llevo toda la semana soñando con lo que estamos a punto de hacer.

Dianna no pudo responder cuando sintió su aliento cálido entre sus muslos, besándola, lamiéndola, provocándola.

Cuando Alden notó el éxtasis de su amante en la punta de la lengua, se apartó cubriendo su boca abierta con la suya, tragándose sus gemidos. Sus dientes rasparon; Sus lenguas se encontraron. Se separó lo justo para buscar un preservativo en el bolsillo de sus pantalones.

Dianna todavía estaba temblorosa por el orgasmo cuando él se enterró en ella, moviéndose con suavidad, decidido a disfrutar de la asombrosa sensación de estar dentro de ella.

Marcó un ritmo lento, pero profundo, intenso por lo que suponía, por lo que sentía, más allá del placer entre dos cuerpos. Nunca había estado tan emocionado por algo como lo estaba por ella, tanto, que estaba seguro de que se acercaba peligrosamente a estar enamorado. El conocimiento de que ya lo estaba le golpeó tan fuerte que por instinto aumentó el ritmo, consiguiendo con ello que ella sujetara sus glúteos, acompañándolo en el movimiento.

Hizo un esfuerzo sobrehumano por aguantar hasta que la vio explotar ante sus ojos: bella y apasionada, y solo entonces se dejó llevar.

Cuando volvió a recuperar el sentido estaba encima de Dianna, todavía dentro de su dulce cuerpo.

—Lo siento, te estoy aplastando —se excusó, levantándose al tiempo que se deshacía del preservativo, haciéndolo un nudo y enrollándolo en un pañuelo que sacó de la caja que ella tenía en su tocador.

—Estoy bien.

Se tumbó a su lado en silencio. Uno frente al otro, sonrientes y somnolientos.

—Tengo que decirte algo —soltó de repente.

Dianna gimió entre risas.

—¿Otra vez? —bromeó.

—Hemos dicho que no más secretos —le recordó.

Ella asintió.

—Te quiero. Pensé que debías saberlo.

La sonrisa de Dianna le provocó un escalofrío de placer tan intenso que fue como si no acabara de derramarse en ella unos minutos antes.

—Yo también te quiero —respondió, muy feliz.

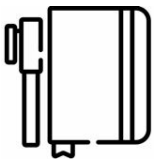
—¿Y qué hay de quererme ahora? —preguntó con picardía.

—Sí, ahora también te quiero —dijo en el mismo tono.

—¡Bien!

No perdió el tiempo en más conversaciones. La besó y con ello selló el trato.

Epílogo



Londres, fiesta de Navidad de la revista Simply Chic.

Alden estaba rodeado de amigos en la fiesta de Navidad de la revista que dirigía su cuñada. Ese año, Sophie había tirado la casa por la ventana y había invitado a más gente que el año anterior. Además, había tenido especial cuidado para que Aaron tuviera la noche libre, al igual que Darian, que como recién casado, estaba en medio de la pista de baile abrazando a su esposa de quien apenas se había separado en toda la noche.

—¿De verdad os vais a cambiar a los informativos de la tarde? —les preguntó a Cayden y a Ewan, quienes se encontraban en el mismo grupo que él, junto a su hermano y su cuñada.

Ewan cabeceó afirmativamente mientras Cayden se explicaba.

—Sí, es lo mejor. Dentro de nada seremos tíos —hizo un gesto con la cabeza hacia donde estaba, Jillian con un refresco en la mano y una barriga voluminosa. Junto a ella se encontraba Luke, que estaba pendiente de cumplir hasta el mínimo deseo de su mujer—, y trabajando de noches tendremos todo el día o gran parte de él para disfrutar del bebé.

—¿Y qué hay de los eventos? —intervino Aaron.

Ewan se había convertido en un *influencer* por méritos propios, lo que hacía que el cambio de horario fuera un pequeño escollo en su carrera.

—Iremos igualmente. La mayoría comienzan después de las noticias —explicó el

meteorólogo—, y seguimos estando libres los fines de semana.

— Y ¿tú cómo llevas el ser nominado como uno de los periodistas del año? — preguntó Cayden con una sonrisa.

Su artículo sobre Tofani había batido récords de lectura en la página web del periódico y le había valido el reconocimiento de la *Interpol*. Quienes habían contactado con él para que les hiciera llegar las pruebas y los testimonios que había ido recopilando.

Durante todo el proceso Dianna y su padre habían sido piezas clave. No solo apoyándole, sino facilitándole toda la información que ellos mismos podían recopilar de sus contactos.

— Bien, estoy satisfecho gane o no.

— Estoy seguro de que vas a ganar — afirmó Ewan.

— Gracias — aceptó con una sonrisa .

Continuaron hablando de planes futuros, pero a Alden no se le había escapado el gesto de Sophie cuando Cayden mencionó que iba a ser tío, su cuñada se había tocado por instinto su plano abdomen, lo que le llevo a pensar que, o bien estaban embarazados y esperando a que pasaran los tres meses de rigor, o estaban en ello. Como fuera, la familia estaba a punto de crecer y la idea le resultaba fascinante.

Se había desconectado de la conversación, perdido en sus propios pensamientos, por lo que paseó la mirada por la sala, emocionándose cuando vio que se acercaba a él una atractiva mujer rubia con un divertido gorro de elfo en la cabeza.

Se paró delante de él sin dejar de sonreír.

—Hola, guapo ¿quieres bailar?

Escuchó las risas de sus amigos de fondo, mientras eran testigos del intercambio entre ellos.

—No lo sé, ¿no deberías estar ayudando a Papá Noel con los juguetes?

—Se las arreglará sin mí un rato.

—En ese caso —le ofreció el brazo y ella se agarró a él mientras caminaban hacia la pista de baile.

Como si el destino estuviera haciendo de las suyas, la música cambio y *Thinking out loud* de

Ed Sheeran comenzó a reproducirse.

Se mecieron abrazados, perdidos el uno en el otro. Alden pensó en lo idiota que había sido un año atrás cuando se negó a conocerla. Dianna era, con diferencia, lo mejor que le había pasado nunca.

—¿En qué piensas? —preguntó ella, con la cabeza escondida en su cuello.

—En lo mucho que te quiero.

Ella rio y se separó de él para mirarle a los ojos.

—¿Puedo confesarte algo?

—Sabes que sí. Sin secretos, ¿recuerdas?

Asintió.

—Es posible que hace un año te odiara tan apasionadamente como te amo ahora —confesó avergonzada al estar admitiéndolo.

Él se lo tomó a risa y la hizo dar una vuelta mientras bailaban.

—Siempre he pensado que eras una mujer inteligente —bromeó—. Estoy seguro de que me gané a pulso tu animadversión.

—¿Y tú?, ¿también me odiabas?

Lo pensó unos segundos tratando de decidir si lo hacía.

—No, no te odiaba. Como mucho odiaba lo que me hacías sentir. Eras respondona y no dejabas que mi sarcasmo te afectara. Me pareciste demasiado interesante y no me gustaba la sensación.

—¿Estás tratando de decir que siempre te atraje?

Asintió, muy serio.

—Me gustabas tanto que estaba siempre a la defensiva contigo, sí.

—Tiene sentido —rio ella—, soy irresistible.

—No me oirás protestar —anunció—, te quiero, feliz Navidad, novia.

—Feliz navidad, amor.

Sobre la autora

Olga Salar, nació el veintidós de enero de 1978 en Valencia. Se licenció en filología hispánica para saciar su curiosidad por las palabras al tiempo que compaginaba su pasión por la lectura.

Escribió su primera novela con una teoría, para ella brillante y contrastada, sobre lo desastroso de las primeras veces: *Un amor inesperado* (Amazon), y tras ella siguieron más de cincuenta novelas de género romántico, de corte histórico, contemporáneas y juveniles.

Publica tanto vía editorial como a través de autopublicación. Durante más de una década ha sido una autora apreciada en el ámbito de la novela romántica. Sus libros están disponibles en varios idiomas y en todos los formatos: digital, papel y audiolibro.

También es la autora de *Vamos a escribir una novela (romántica)*, un manual que recopila consejos y recomendaciones para planificar la escritura de una novela, pautas para la organización de ideas, la creación de personajes y la estructuración de tramas, facilitando el trabajo al escritor novato, o a aquel que cree que su método falla y que necesita otra perspectiva basada en la formación, y sobre todo, la experiencia.

Conoce el resto de sus obras:



Playlist de A lo peor te quiero



[1] Cocido de pescado elaborado con cebolla, chile, tomate, hojas de cilantro y malagueta, todo ello elaborado con aceite de palma y leche de coco